

Jean-Jacques Rousseau *Discurso sobre el
origen de la desigualdad*

DISCURSO
SOBRE EL SIGUIENTE TEMA PROPUESTO
POR LA ACADEMIA DE DIJON
¿CUAL ES EL ORIGEN DE LA DESIGUALDAD
ENTRE LOS
HOMBRES?, ¿ESTA ELLA AUTORIZADA POR LA
LEY NATURAL?

*Non in depravatis, sed in his quae
bene secundum naturam se habent,
considerandum est quid sit naturale.*
ARISTOT, *Politic.* Lib. I, cap. II.

ADVERTENCIA SOBRE LAS NOTAS

He añadido algunas notas a esta obra, según mi costumbre perezosa de trabajar sin ilación. Dichas notas se alejan algunas veces bastante del objeto, para ser leídas con el texto. Las he, por esta razón, colocado al fin del Discurso, en el cual he procurado seguir, haciendo todo lo posible, el camino más recto. Los que se sientan con ánimo para comenzar de nuevo, podrán divertirse una segunda vez batiendo los zarzales y tentando de recorrerlos. Poco se perderá con que los otros no las lean en lo absoluto.

A LA REPUBLICA DE GINEBRA

Honorables y soberanos señores:

Convencido de que sólo al ciudadano virtuoso corresponde rendir a su patria honores que pueda conocer como suyos, hace treinta años que trabajo por merecer poder ofreceros un homenaje público, y en esta feliz ocasión que suple en parte lo que mis esfuerzos no han podido hacer, he creído que me sería permitido consultar el celo que me anima más que el derecho que debería autorizarme. Habiendo tenido la felicidad de nacer entre vosotros, ¿cómo podría meditar sobre la igualdad que la naturaleza ha establecido entre los hombres, sobre la desigualdad que ellos han instituido, sin pensar en la profunda sabiduría con que la una y la otra felizmente combinadas en este Estado concurren, de la manera más semejante a la ley natural y la más favorable a la sociedad, al mantenimiento del orden público y al bienestar de los particulares? Escudriñando las mejores máximas que el buen sentido pueda sugerir sobre la constitución de un gobierno, he sido de tal manera sorprendido de verlas todas en práctica en el vuestro, que en el caso mismo de no haber nacido dentro de vuestros muros, me habría creído obligado a ofrecer este cuadro de la sociedad humana, a aquel que, de todos los pueblos me parece poseer las más grandes ventajas y haber el mejor prevenido los abusos

Si me hubiese sido dado escoger el lugar de mi nacimiento, habría escogido una sociedad de una magnitud limitada por la extensión de las facultades humanas, es decir, por la posibilidad de ser bien gobernada, y en donde cada cual bastase a su empleo, en donde nadie fuese obligado a confiar a otros las funciones de que estuviese encargado; un Estado en donde todos los particulares, conociéndose entre sí, ni las intrigas oscuras del vicio ni la modestia de la virtud, pudiesen sustraerse a las miradas y a la sanción públicas, y en donde ese agradable hábito de verse y de conocerse hace del amor de la patria el amor de los ciudadanos con preferencia al de la tierra

Yo habría querido nacer en un país en donde el soberano y el pueblo tuviesen un mismo y solo interés, a fin de que todos los movimientos de la máquina social no tendiesen jamás que hacia el bien común, lo cual no puede hacerse a menos que el

pueblo y el soberano sean una misma persona. De esto se deduce que yo habría querido nacer bajo el régimen de un gobierno democrático, sabiamente moderado. Yo habría querido vivir y morir libre, es decir, de tal suerte sumiso a las leyes, que ni yo ni nadie hubiese podido sacudir el honorable yugo; ese yugo saludable y dulce que las cabezas más soberbias soportan con tanta mayor docilidad cuanto menos han sido hechas para soportar ninguno otro.

Yo habría querido que nadie en el Estado pudiese considerarse como superior o por encima de la ley, ni que nadie que estuviese fuera de ella, pudiese imponer que el Estado reconociese, porque cualquiera que pueda ser la constitución de un gobierno, si se encuentra en él un solo hombre que no sea sumiso a la ley, todos los demás quedan necesariamente a la discreción de él¹; y si hay un jefe nacional y otro extranjero, cualquiera que sea la división de autoridad que puedan hacer, es imposible que ambos sean bien obedecidos ni que el Estado sea bien gobernado.

Yo no habría querido vivir en una república de instituciones nuevas, por buenas que fuesen las leyes que pudiese tener, por temor de que, constituido quizás el gobierno de manera diferente de la adecuada por el momento, no conviniendo a los nuevos ciudadanos o los ciudadanos al nuevo gobierno, el Estado fuese sujeto a ser sacudido y destruido desde su nacimiento; porque sucede con la libertad como con esos alimentos sólidos y suculentos o con esos vinos generosos propios para nutrir y fortificar los temperamentos robustos que están acostumbrados, pero que deprimen, arruinan y embriagan a los débiles y delicados no hechos a ellos. Los pueblos, una vez acostumbrados a tener amos o señores, no pueden después vivir sin ellos. Si intentan sacudir el yugo, lo que hacen es alejarse de la libertad, tanto más cuanto que, tomando por ella el libertinaje o el abuso desenfrenado que les es opuesto, sus revoluciones los llevan casi siempre a convertirse en sediciosos, no haciendo otra cosa que remachar sus cadenas. El mismo pueblo romano, modelo de todos los pueblos libres, no estuvo en absoluto en condiciones de gobernarse cuando sacudió la opresión de los tarquinos. Envilecido por la esclavitud y los trabajos ignominiosos que le habían impuesto, no fue al principio sino un estúpido populacho que fue preciso conducir y gobernar con la más grande sabiduría, a fin de que, acostumbrándose poco a poco a respirar el saludable aire de la libertad, esas almas enervadas o mejor dicho embrutecidas por la tiranía, adquirieran por grados esa severidad de costumbres y esa grandeza de valor que hicieron de él al fin el más respetable de todos los pueblos. Yo habría, pues, buscado por patria una feliz y tranquila república, cuya ancianidad se perdiese en cierto modo en la noche de los tiempos, que no hubiese experimentado otros contratiempos que aquellos que tienden a manifestar y a afirmar en sus habitantes el valor y el amor por la patria y en donde los ciudadanos, habituados desde mucho tiempo atrás a una sabia independencia, fuesen no solamente libres, sino dignos de serlo.

Yo habría querido escoger una patria sustraída, por benéfica impotencia, al amor feroz de las conquistas, y garantizada por una posición más dichosa aún, del temor

de ser ella misma conquistada por otro Estado; un país libre, colocado entre varios pueblos que no tuviesen ningún interés en invadirlo y en donde cada uno tuviese interés en impedir a los demás hacerlo; una república, en una palabra, que no inspirase la ambición a sus vecinos y que pudiese razonablemente contar con el apoyo de ellos en caso de necesidad. De ello se deduce que, colocada en una posición tan feliz, no tendría nada que temer si no era de ella misma y que si sus ciudadanos se ejercitasen en las armas, fuese más bien por conservar o sostener entre ellos ese ardor guerrero y esa grandeza de valor que sienta tan bien a la libertad y que sostiene su amor, que por la necesidad de proveer a su propia defensa.

Yo habría buscado un país en donde el derecho de legislación fuese común a todos los ciudadanos, porque, ¿quién puede saber mejor que ellos bajo qué condiciones les conviene vivir reunidos en una misma sociedad? Pero no habría, con todo, aprobado plebiscitos semejantes a los de los romanos, en donde los jefes del Estado y los más interesados en su conservación, eran excluidos de las deliberaciones de las cuales dependían a menudo su felicidad y en donde, por una absurda inconsecuencia, los magistrados eran privados de los derechos de que gozaban los simples ciudadanos.

Por el contrario, yo habría deseado que, para impedir los proyectos interesados y mal concebidos y las innovaciones peligrosas que perdieron al fin a los atenienses, nadie tuviese el poder de proponer a su fantasía nuevas leyes; que ese derecho perteneciese solamente a los magistrados, que usasen de él con tanta circunspección, que el pueblo por su parte fuese tan reservado a dar su consentimiento a dichas leyes y que su promulgación no pudiese hacerse sino con tal solemnidad, que antes que la constitución fuese alterada, hubiese el tiempo de convencerse que es sobre todo la gran antigüedad de las leyes lo que las hace santas y venerables; que el pueblo desprecia pronto las que ve cambiar todos los días y que acostumbrándose a desatender o descuidar los antiguos usos, con el pretexto de hacerlos mejor, introducen a menudo grandes males para corregir pequeños.

Yo habría huido sobre todo, como necesariamente mal gobernada, de una república en donde el pueblo, creyendo poder privarse de sus magistrados o no dejándoles sino una autoridad precaria, guardase imprudentemente la administración de los negocios civiles y la ejecución de sus propias leyes: tal debió ser la grosera constitución de los primeros gobiernos inmediatamente después de haber salido del estado primitivo, y tal fue aún uno de los vicios que perdieron la república de Atenas.

Pero habría escogido una en donde los particulares, contentándose con sancionar las leyes y con decidir en cuerpo y de acuerdo con los jefes los más importantes negocios públicos, establecieran tribunales respetados, regularizando con esmero los diversos departamentos, eligieran todos los años los más capaces y más íntegros de sus conciudadanos para administrar la justicia y gobernar el Estado y en donde

la virtud de los magistrados llevando como distintivo la sabiduría del pueblo, los unos y los otros se honrasen mutuamente. De suerte que, si alguna vez malas interpretaciones viniesen a turbar la concordia pública, aun esos mismos tiempos de ceguedad y de error, fuesen marcados por demostraciones de moderación, de estimación recíproca y de un común respeto por las leyes, presagio y garantía de una reconciliación sincera y perpetua.

Tales son, honorables y soberanos señores, las ventajas que yo habría buscado en la patria que hubiera escogido, y si la Providencia hubiese además añadido una situación encantadora, un clima templado, un país fértil y el aspecto más delicioso que se pueda concebir bajo el cielo, yo no habría deseado como colmo de mi felicidad, sino gozar de todos esos bienes en el seno de esa dichosa patria, viviendo apaciblemente y en agradable sociedad con mis conciudadanos, ejerciendo con ellos y a su ejemplo, la humanidad, la amistad y todas las virtudes, y dejando tras de mí la honrosa memoria de un hombre de bien y de un honrado y virtuoso patriota.

Si, menos dichoso o demasiado tarde juicioso, me hubiese visto reducido a terminar en otros climas una débil y lánguida carrera, deplorando inútilmente la tranquilidad y la paz de las que una juventud imprudente me hubiese privado, habría al menos alimentado en mi alma esos mismos sentimientos de que no había podido hacer uso en mi país, y penetrado de una afección tierna y desinteresada por mis conciudadanos distantes, les habría dirigido desde el fondo de mi corazón, más o menos, este discurso: "Mis queridos conciudadanos o, mejor dicho, mis queridos hermanos: Puesto que los lazos de la sangre como los de las leyes nos unen casi a todos, grato me es no pensar en vosotros sin pensar al mismo tiempo en todos los bienes de que gozáis y de los cuales nadie de vosotros tal vez conoce mejor el valor que yo, que los he perdido. Mientras más reflexiono sobre vuestra situación política y civil, menos puedo imaginarme que la naturaleza de las cosas humanas pueda permitir una mejor. En todos los otros gobiernos, cuando se trata de asegurar el mayor bien del Estado, todo se limita siempre a proyectos y a simples posibilidades; para vosotros, vuestra felicidad está hecha; no tenéis sino que gozar de ella, y no tenéis necesidad para ser perfectamente dichosos que saber contentaros con serlo. Vuestra soberanía, adquirida o recobrada con la punta de la espada y conservada durante dos siglos a fuerza de valor y de prudencia, está al fin plena y universalmente reconocida. Tratados honrosos fijan vuestros límites, aseguran vuestros derechos y consolidan vuestro reposo. Vuestra Constitución es excelente, dictada por la más sublime razón y garantizada por potencias amigas y respetadas; vuestro Estado está tranquilo, no tenéis ni guerras ni conquistadores a quienes temer; no tenéis otros amos que las sabias leyes que vosotros mismos habéis hecho, administradas por magistrados íntegros escogidos por vosotros; no sois ni suficientemente ricos para enervaros por la molición y perder en vanas delicias el gusto por la verdadera felicidad y sólidas virtudes, ni bastante pobres para tener necesidad de otros recursos extranjeros que aquellos que os procura vuestra

industria; y esa libertad preciosa que no se sostiene en las grandes naciones sino a costa de impuestos exorbitantes, no os cuesta a vosotros casi nada conservarla. "¡Que dure por siempre, para la felicidad de sus ciudadanos y ejemplo de los pueblos, una república tan sabia y afortunadamente constituida! He allí el solo voto que os resta hacer y el solo cuidado que debéis tener. A vosotros sólo toca en adelante hacer no vuestra felicidad, vuestros antecesores os han evitado el trabajo, sino hacerla duradera sirviéndoos con sabiduría de ella. De vuestra unión perpetua, de vuestra obediencia a las leyes, de vuestro respeto por sus ministros depende vuestra conservación. Si existe entre vosotros el menor germen de agrura o desconfianza, apresuraos a destruirlo corno funesta levadura que será causa, tarde o temprano, de vuestras desgracias y de la ruina del Estado. Os conjuro a todos a que os reconcentréis en el fondo de vuestro corazón y que consultéis la voz secreta de la conciencia. ¿Conoce alguien de vosotros en parte alguna del universo un cuerpo más íntegro, más esclarecido, más respetable que el de vuestra magistratura? ¿Todos sus miembros no os dan el ejemplo de la moderación, de la simplicidad en las costumbres, del respeto a las leyes y de la más sincera reconciliación? Dad, pues, sin reserva a tan sabios jefes esa saludable confianza que la razón debe a la virtud; pensad que son escogidos por vosotros y que los honores debidos a los que habéis constituido en dignidad recaen necesariamente sobre vosotros mismos.

Ninguno de vosotros es tan poco instruido para ignorar que en donde cesa el vigor de las leyes y la autoridad de sus defensores, no puede haber ni seguridad ni libertad para nadie. ¿De qué se trata, pues, entre vosotros, sino es de hacer con gusto y con confianza lo que de todos modos estáis obligados a hacer por verdadero interés, por deber y por razón? Que una culpable y funesta indiferencia por el sostenimiento de la constitución no os haga jamás descuidar o desatender en caso de necesidad los prudentes avisos de los más ilustrados y de los más celosos de entre vosotros; pero que la equidad, la moderación y la más respetuosa energía continúen sirviendo de norma a todos vuestros actos y dad, a todo el universo, el ejemplo de un pueblo ufano y modesto, tan celoso de su gloria como de su libertad. Cuidaos sobre todo, y éste será mi último consejo, de no escuchar jamás interpretaciones falsas y discursos envenenados cuyas causas secretas son a menudo más dañinas que las acciones de que son objeto. Toda una casa se despierta, se alarma a los primeros gritos de un buen y fiel guardián que no ladra sino a la aproximación de los ladrones, pero se aborrece la importunidad de esos animales alborotadores que turban sin cesar el reposo público y cuyos avisos continuos e impertinentes no se hacen justamente sentir en los momentos en que son necesarios.

Y vosotros, honorables y soberanos señores, vosotros dignos y respetables magistrados de un pueblo libre, permitidme que os ofrezca particularmente mis homenajes. Si hay en el mundo un rango propio para ilustrar a los que lo ocupan, es sin duda aquel que dan el talento y la virtud, ése de que os habéis echo dignos y a cual vuestros conciudadanos os han elevado. Su propio mérito añade aún al vuestro

un nuevo resplandor, pues escogidos por hombres capaces de gobernar a otros para ser ellos gobernados, os considero tan por encima de otros magistrados como por encima está el pueblo libre, y sobre todo el que vosotros tenéis el honor de conducir, por sus luces y raciocinio, del populacho de los otros Estados.

Séame permitido citar un ejemplo del cual deberían haber quedado mejores huellas y que perdurará por siempre en mi memoria. Jamás me acuerdo sin que sea con la más dulce emoción, de la memoria del virtuoso ciudadano que me dio el ser y que a menudo alimentó mi infancia del respeto que os era debido. Yo lo veo todavía, viviendo del sudor de su frente y nutriendo su alma con las verdades más sublimes. Veo ante él a Tácito, a Plutarco y a Grotius, mezclados con los instrumentos de su oficio. Veo a su lado un hijo querido, recibiendo con muy poco fruto las tiernas instrucciones del mejor de los padres. Pero silos extravió de una loca juventud me hicieron olvidar durante algún tiempo tan sabias lecciones, tengo al fin la dicha de experimentar que, por inclinado que sea al vicio, es difícil que una educación en la cual el corazón ha tomado parte permanezca perdida para siempre.

Tales son, honorables y soberanos señores, los ciudadanos y aun los simples habitantes nacidos en el Estado que vosotros gobernáis; tales son esos hombres instruidos y sensatos de quienes, bajo el nombre de obreros y de pueblo, tienen en otras naciones tan bajas y tan falsas ideas. Mi padre, lo confieso con gozo, no era un hombre distinguido entre sus conciudadanos, no era más que lo que son todos, y tal cual él era, no hay país donde su sociedad no haya sido solicitada y hasta cultivada con provecho por los hombres más honrados. No me pertenece a mí, y gracias al cielo, no es necesario hablaros de los miramientos que pueden esperar de vosotros hombres de ese temple, vuestros iguales tanto por educación como por derecho natural y de nacimiento; vuestros inferiores por su propia voluntad, por la preferencia que le deben a vuestros méritos, que ellos mismos os han acordado, y por la cual vos les debéis a vuestra vez una especie de reconocimiento. Veo con una viva satisfacción con cuánta dulzura y condescendencia temperáis con ellos la gravedad adecuada a los ministros de la ley; cómo les devolvéis en atenciones y estimación lo que ellos os deben en obediencia y respeto, conducta llena de justicia y de sabiduría propia para alejar cada vez más el recuerdo de sucesos desgraciados que es preciso olvidar para no volverlos a ver jamás; conducta tanto más juiciosa cuanto que este pueblo equitativo y generoso hace de su deber un placer, le gusta por naturaleza honrarlos y los más ardientes sostenedores de sus derechos son los más dispuestos a respetar los vuestros.

No es sorprendente que los jefes de una sociedad civil amen su gloria y su felicidad, pero lo es demasiado para el reposo de los hombres que aquellos que se miran como los magistrados o, mejor dicho, como los dueños de una patria más santa y más sublime testimonien algún amor por la patria terrestre que los sustenta. ¡Cuán placentero me es poder hacer en favor nuestro una excepción tan rara y colocar en el rango de nuestros mejores ciudadanos esos celosos depositarios de dogmas

sagrados autorizados por las leyes, esos venerables pastores de almas cuya viva y dulce elocuencia lleva tanto mejor a los corazones las máximas del Evangelio, cuanto que comienzan por practicarlas ellos mismos! Todo el mundo sabe con qué éxito el gran arte de la predicación es cultivado en Ginebra; pero demasiado acostumbrado a oír decir una cosa y ver hacer otra, pocos son los que saben hasta qué punto el espíritu cristiano, la santidad de las costumbres, la severidad consigo mismo y la dulzura con los demás, reinan en el ánimo de nuestros ministros. Tal vez corresponde únicamente a la ciudad de Ginebra presentar el ejemplo edificante de tan perfecta unión entre una sociedad de teólogos y gentes de letras; confiado en gran parte en su sabiduría y en su moderación reconocidas y en su celo por la prosperidad del Estado, es en lo que fundo la esperanza de su eterna tranquilidad, y observo con un placer mezclado de asombro y de respeto, con cuánto horror miran las espantosas máximas de esos hombres sagrados y bárbaros de quienes la historia provee mas de un ejemplo, y quienes, por sostener los pretendidos derechos de Dios, es decir, sus propios intereses, eran tanto más ávidos de sangre humana, cuanto más se lisonjeaban de que la suya sería respetada.

¿Podré yo olvidar esa preciosa mitad de la república que hace la felicidad de la otra y cuya dulzura y sabiduría sostienen la paz y las buenas costumbres? ¡Amables y virtuosas ciudadanas, el destino de vuestro sexo será siempre el de gobernar el nuestro! ¡Feliz, cuando vuestro casto poder, ejercido solamente por medio de la unión conyugal, no se haga sentir más que por la gloria del Estado y en pro del bienestar público! Es así como las mujeres gobernaban en Esparta y es así como vosotras merecéis gobernar en Ginebra. ¿Qué hombre bárbaro podría resistir a la voz del honor de la razón salida de la boca de una tierna esposa? ¿Y quién no despreciaría un vano lujo viendo vuestra simple y modesta compostura, que por el esplendor que tiene de vosotras semeja ser la más favorable a la belleza? Es a vosotras a quienes corresponde mantener siempre con vuestro amable e inocente imperio y por vuestro espíritu insinuante, el amor a las leyes en el Estado y la concordia entre los ciudadanos; reunir por medio de felices matrimonios las familias divididas, y sobre todo corregir con la persuasiva dulzura de vuestras lecciones y con las modestas gracias de vuestras pláticas, las extravagancias o caprichos que nuestra juventud va a adquirir en otros países, de donde, en lugar de aprovechar de tantas cosas útiles que existen, no traen sino, revestidos de un tono pueril y aire ridículo, aprendidos entre mujeres perdidas, la admiración de yo no sé qué pretendidas grandezas, frívolas compensaciones de la servidumbre, que no valdrá jamás lo que vale la augusta libertad.

Sed, pues, siempre lo que sois, las castas guardianas de las costumbres y de los dulces lazos de la paz, y continuad haciendo valer en toda ocasión, los derechos del corazón y de la naturaleza en beneficio del deber y de la virtud.

Me lisonjeo de que no seré desmentido por los acontecimientos fundando sobre tales garantías la esperanza de la felicidad común de los ciudadanos y de la gloria de

la república. Confieso que con todas esas ventajas, ella no brillará con ese resplandor con que la mayoría se deslumbra y cuyo pueril y funesto gusto es el enemigo más mortal de la felicidad y de la libertad. Que una juventud disoluta vaya a buscar en el exterior placeres fáciles y prolongados arrepentimientos; que las pretendidas gentes de gusto admiren en otros lugares la pompa de los espectáculos y todos los refinamientos de la molicie y del lujo: en Ginebra no se encontrarán sino hombres, pero tal espectáculo tiene, sin embargo, su valor, y los que lo busquen valdrán bien por los admiradores de los otros.

Dignaos, honorables y soberanos señores, recibir todos con la misma bondad, los respetuosos testimonios del interés que me tomo por vuestra prosperidad común. Si he sido bastante desdichado para ser culpable de ciertos transportes indiscretos en esta viva efusión de mi corazón, os suplico los perdonéis en honor a la tierna afección de un verdadero patriota y al celo ardiente y legítimo de un hombre que no aspira a otra felicidad mayor para sí, que la de veros a todos dichosos.

Soy con el más profundo respeto, honorables y soberanos señores, vuestro muy humilde, obediente servidor y conciudadano.

J. J. ROUSSEAU

En Chambery, 12 de junio de 1754.

PREFACIO

El más útil y el menos avanzado de todos los conocimientos humanos, es en mi concepto, el relacionado con el hombre²; y me atrevo a decir que la sola inscripción del templo de Delfos, contenía un precepto más importante y más difícil que todos los contenidos en los grandes volúmenes de los moralistas. Asimismo considero que el objeto de este discurso es una de las cuestiones más interesantes que la filosofía pueda proponer, como también desgraciadamente para nosotros, una de las más espinosas para los filósofos resolver. Porque, ¿cómo conocer la fuente de la desigualdad entre los hombres, si antes no se les conoce a ellos? Y ¿cómo llegará el hombre a contemplarse tal cual lo ha formado la naturaleza, a través de todos los cambios que la sucesión del tiempo y de las cosas ha debido producir en su complexión original, y distinguir entre lo que forma su propia constitución y lo que las circunstancias y su progreso han añadido o cambiado a su estado primitivo? Semejante a la estatua de Glauco, que el tiempo, el mar y las tormentas habían de tal suerte desfigurado que parecía más bien una bestia feroz que un dios, el alma humana, alterada en el seno de la sociedad por mil causas que se renuevan sin cesar, por la adquisición de una multitud de conocimientos y de errores, por las modificaciones efectuadas en la constitución de los cuerpos y por el choque continuo de las pasiones, ha, por decirlo así, cambiado de apariencia hasta tal punto, que es casi incognoscible, encontrándose, en vez del ser activo que obra siempre bajo principios ciertos e invariables, en vez de la celeste y majestuosa sencillez que su autor habíale impreso, el deforme contraste de la pasión que cree razonar y el entendimiento que delira.

Y lo más cruel aún, es que todos los progresos llevados a cabo por la especie humana, la alejan sin cesar de su estado primitivo. Mientras mayor es el número de conocimientos que acumulamos, más difícil nos es adquirir los medios de llegar a poseer el más importante de todos; y es que, a fuerza de estudiar el hombre, lo hemos colocado fuera del estado conocable.

Fácilmente se concibe que en estos cambios sucesivos de la constitución humana, es donde hay que buscar al origen primero de las diferencias que distinguen a los

hombres, los cuales son, por ley natural, tan iguales entre sí, como lo eran los animales de cada especie antes que diversas causas físicas hubiesen introducido en algunas de ellas las variedades que hoy notamos. En efecto, no es concebible que esos primeros cambios, cualquiera que haya sido la manera como se han operado, hayan alterado de golpe de igual suerte todos los individuos de la especie, sino que, habiéndose perfeccionado o degenerado los unos y adquirido diversas cualidades, buenas o malas, que no eran en lo absoluto inherentes a su naturaleza, hayan permanecido los otros por largo tiempo en su estado original. Tal fue entre los hombres la primera fuente de desigualdad, la cual es más fácil de demostrar en general que de determinar con precisión sus verdaderas causas.

No se imaginen mis lectores que yo me ufano de haber logrado ver lo que me parece tan difícil ver. He razonado, me he atrevido a hacer algunas conjeturas, pero ha sido más con la intención de esclarecer la cuestión, llevándola a su verdadero terreno, que con la esperanza de solucionarla. Otros podrán fácilmente ir más lejos en esta vía, pero a nadie le será dado con facilidad llegar a su verdadero fin, pues no es empresa sencilla la de distinguir lo que hay de original y lo que hay de artificial en la naturaleza actual del hombre, ni de conocer perfectamente un estado que ya no existe, que tal vez no ha existido, que probablemente no existirá jamás y del cual es necesario, sin embargo, tener nociones justas para poder juzgar bien de nuestro estado presente. Sería preciso que fuese más filósofo que lo que puede ser el que emprendiese la tarea de determinar con exactitud las precauciones que deben tenerse en cuenta para hacer sobre esta materia sólidas observaciones; y por esto juzgo que una buena solución del problema siguiente, no sería indigna de los Aristóteles y de los Plinios de nuestro siglo: *¿Qué experiencias serían necesarias para llegar a conocer el hombre primitivo y cuáles son los medios para llevar a cabo esas experiencias en el seno de la sociedad?* Lejos de emprender la solución de este problema, creo haber meditado bastante sobre él para atreverme a decir de antemano que los más grandes filósofos no serán capaces de dirigir tales experiencias, ni los más poderosos soberanos de realizarlas; concurso éste que no sería razonable esperar que se llevase a efecto, sobre todo con la perseverancia, o mejor aún, con el contingente de luces y de buena voluntad necesarias de ambas partes para alcanzar el éxito.

Estas investigaciones tan difíciles de ejecutar y en las cuales se ha pensado tan poco hasta ahora son, sin embargo, los únicos medios que nos quedan para vencer una multitud de dificultades que nos impiden adquirir el conocimiento de las bases reales sobre las cuales descansa la sociedad humana. Esta ignorancia de la naturaleza del hombre, es la que arroja tanta incertidumbre y oscuridad sobre la verdadera definición del derecho natural; pues la idea del derecho, dice Burlamaqui, y sobre todo la del derecho natural, son evidentemente ideas relativas a la naturaleza del hombre. Es, pues, de esta misma naturaleza, continúa el citado autor, de su constitución y de su estado de donde deben deducirse los principios de esta ciencia.

No sin sorpresa y sin escándalo se nota el desacuerdo que reina sobre tan importante materia entre los diversos autores que la han tratado. Entre los más serios escritores, apenas si se encuentran dos que opinen de la misma manera. Sin tomar en cuenta los filósofos antiguos, que parecen haberse dado a la tarea de contradecirse mutuamente sobre los principios más fundamentales, los jurisconsultos romanos sometían indiferentemente el hombre y todos los demás animales a la misma ley natural, porque consideraban más bien bajo este nombre la ley que la naturaleza se impone a sí misma, que la que ella prescribe, o mejor dicho, a causa de la acepción particular que tales jurisconsultos daban a la palabra ley, la que parece no tomaban en esta ocasión más que por la expresión de las relaciones generales establecidas por la naturaleza entre todos los seres animados por su común conservación. Los modernos, no reconociendo bajo el nombre de ley más que una regla prescrita a un ser moral, es decir, a un ser inteligente, libre y considerado en sus relaciones con otros seres, limitan al solo animal dotado de razón, es decir, al hombre, la competencia de la ley natural, pero definiéndola cada cual a su modo, básiñla sobre principios tan metafísicos, que hay, aun entre nosotros mismos, pocas personas que puedan comprenderlas y encontrarlas por sí mismas. De suerte que todas las definiciones de estos sabios, en perpetua contradicción entre ellos mismos, sólo están de acuerdo en lo siguiente: que es imposible comprender la ley natural y por consecuencia obedecerla, sin ser un gran razonador y un profundo metafísico; lo que significa precisamente que los hombres han debido emplear para el establecimiento de la sociedad, luces y conocimientos que sólo se desarrollan a fuerza de trabajo y en muy reducido número de talentos en el seno de la sociedad misma.

Conociendo tan poco la naturaleza y estando tan en desacuerdo sobre el sentido de la palabra ley, sería muy difícil convenir en una buena definición de la ley natural. Así, pues, todas las que se encuentran en los libros, además del defecto de no ser uniformes, tienen el de ser deducciones de diversos conocimientos que los hombres no poseen naturalmente, y de ventajas cuya idea no pueden concebir sino después de haber salido del estado natural. Se comienza por buscar las reglas, las cuales, para que sean de utilidad común, sería preciso que los hombres las acordasen entre sí; y luego dan el nombre de ley natural a esa colección de reglas, sin otra razón que el bien que se cree resultaría de su práctica universal.

He allí sin duda, una manera muy cómoda de componer definiciones y de explicar la naturaleza de las cosas por medio de conveniencias casi arbitrarias.

Pero, entre tanto no conozcamos el hombre primitivo, es inútil que queramos determinar la ley que ha recibido o la que conviene más a su constitución. Todo lo que podemos ver claramente con respecto a esta ley, es que para que lo sea, es necesario no solamente que la voluntad de quien la cumple sea consultada, sino que es preciso aún, para que sea natural, que hable directamente por boca de la naturaleza.

Dejando, pues, a un lado todos los libros científicos que sólo nos enseñan a ver los hombres tales como ellos se han hecho, y meditando sobre las primeras y más simples manifestaciones del alma humana, creo percibir dos principios anteriores a la razón, de los cuales el uno interesa profundamente a nuestro bienestar y a nuestra propia conservación, y el otro nos inspira una repugnancia natural a la muerte o al sufrimiento de todo ser sensible y principalmente de nuestros semejantes. Del concurso y de la combinación que nuestro espíritu esté en estado de hacer de estos dos principios, sin que sea necesario el de la sociabilidad, es de donde me parece que dimanen todas las reglas del derecho natural, reglas que la razón se ve obligada en seguida a restablecer sobre otras bases, cuando, a causa de sus sucesivos desarrollos llega hasta el punto de ahogar la naturaleza.

De esta suerte no se está obligado a hacer del ser humano un filósofo antes que un hombre; sus deberes para con los demás no le son dictados únicamente por las tardías lecciones de la sabiduría, Y mientras no haga resistencia al impulso interior de la conmiseración, jamás hará mal a otro hombre ni a ser sensible alguno, excepto en el caso legítimo en que su vida se encuentre en peligro y véase forzado a defenderla. Por este medio se terminan también las antiguas controversias sobre la participación que corresponde a los animales en la ley natural; pues es claro que, desprovistos de inteligencia y de libertad, no pueden reconocer esta ley; pero teniendo algo de nuestra naturaleza por la sensibilidad de que están dotados, se juzgará justo que también participen del derecho natural y que el hombre se vea forzado hacia ellos a ciertos deberes.

Parece, en efecto, que si yo estoy obligado a no hacer mal ninguno a mis semejantes, es menos por el hecho de que sea un ser razonable que porque es un ser sensible, cualidad que, siendo común a la bestia y al hombre, debe al menos darle el derecho a la primera de no ser maltratada inútilmente por el segundo.

Este mismo estudio del hombre primitivo, de sus verdaderas necesidades y de los principios fundamentales de sus deberes, es el único buen medio que puede emplearse para vencer las mil dificultades que se presentan sobre el origen de la desigualdad moral, sobre los verdaderos fundamentos del cuerpo político sobre los derechos recíprocos de sus miembros y sobre multitud de otras cuestiones semejantes, tan importantes como mal aclaradas.

Considerando la sociedad humana con mirada tranquila y desinteresada, me parece que no se descubre en ella otra cosa que la violencia de los poderosos y la opresión de los débiles. El espíritu se rebela contra la dureza de los unos o deplora la ceguera de los otros, y como nada es menos estable entre los hombres que estas relaciones exteriores que el azar produce más a menudo que la sabiduría y que se llaman debilidad o poder, riqueza o pobreza, las sociedades humanas parecen, al primer golpe de vista, fundadas sobre montones de arena movediza. Sólo después de haberlas examinado de cerca, después de haber separado el polvo y la arena que rodean al edificio, es cuando se descubre la base inamovible sobre la cual descansa,

y cuando se aprende a respetar sus fundamentos. Ahora, sin el estudio serio del hombre, de sus facultades naturales y de sus desarrollos sucesivos, no se llegará jamás a hacer estas distinciones, ni a descartar, en la actual constitución de las cosas, lo que es obra de la voluntad divina de lo que el arte humano ha pretendido hacer. Las investigaciones políticas y morales a que se presta el importante tema que examino son, pues, útiles de todas maneras, ya que la historia hipotética de los gobiernos es para el hombre una lección instructiva a todas luces. Considerando lo que seríamos, abandonados a nosotros mismos, debemos aprender a bendecir la mano bienhechora que, corrigiendo nuestras instituciones y dándonos una base duradera, ha prevenido los desórdenes que podrían resultar de ellas y hecho surgir nuestra felicidad de los medios mismos que parecían destinados a colmar nuestra miseria.

Quem te Deus esse

Jussit, et humana qua parte locatus es in re

Disce.

PERS., *Sat.* III, v. 71

DISCURSO

Tengo que hablar del hombre, y el tema que examino me dice que voy a hablarles a hombres, pues no se proponen cuestiones semejantes cuando se teme honrar la verdad. Defenderé, pues, con confianza la causa de la humanidad ante los sabios que a ello me invitan y me consideraré satisfecho de mí mismo si me hago digno del tema y de mis jueces.

Concibo en la especie humana dos clases de desigualdades: la una que considero natural o física, porque es establecida por la naturaleza y que consiste en la diferencia de edades, de salud, de fuerzas corporales y de las cualidades del espíritu o del alma, y la otra que puede llamarse desigualdad moral o política, porque depende de una especie de convención y porque está establecida, o al menos autorizada, por el consentimiento de los hombres. Ésta consiste en los diferentes privilegios de que gozan unos en perjuicio de otros, como el de ser más ricos, más respetados, más poderosos o de hacerse obedecer.

No puede preguntarse cuál es el origen de la desigualdad natural, porque la respuesta se encontraría enunciada en la simple definición de la palabra. Menos aún buscar si existe alguna relación esencial entre las dos desigualdades, pues ello equivaldría a preguntar en otros términos si los que mandan valen necesariamente más que los que obedecen, y si la fuerza corporal o del espíritu, la sabiduría o la virtud, residen siempre en los mismos individuos en proporción igual a su poderío o riqueza, cuestión tal vez a propósito para ser debatida entre esclavos y amos, pero no digna entre hombres libres, que razonan y que buscan la verdad.

¿De qué se trata, pues, precisamente en este discurso? De fijar en el progreso de las cosas el momento en que, sucediendo el derecho a la violencia, la naturaleza fue sometida a la ley; de explicar por medio de qué encadenamiento prodigioso el fuerte pudo resolverse a servir al débil y el pueblo a aceptar una tranquilidad ideal en cambio de una felicidad real.

Los filósofos que han examinado los fundamentos de la sociedad, han sentido todos la necesidad de remontarse hasta el estado natural, pero ninguno de ellos ha tenido éxito. Los unos no han vacilado en suponer al hombre en este estado con la noción

de lo justo, y de lo injusto, sin cuidarse de demostrar que debió tener tal noción, ni aun que debió serle útil. Otros han hablado del derecho natural que cada cual tiene de conservar lo que le pertenece, sin explicar lo que ellos entienden por pertenecer. Algunos, concediendo al más fuerte la autoridad sobre el más débil, se han apresurado a fundar el gobierno sin pensar en el tiempo que ha debido transcurrir antes que el sentido de las palabras autoridad y gobierno, pudiese existir entre los hombres.

En fin, todos, hablando sin cesar de necesidad, de codicia, de opresión, de deseos y de orgullo, han transportado al estado natural del hombre las ideas que habían adquirido en la sociedad: todos han hablado del hombre salvaje a la vez que retrataban el hombre civilizado.

Ni siquiera ha cruzado por la mente de la mayoría de nuestros contemporáneos la duda de que el estado natural haya existido, entre tanto que es evidente, de acuerdo con los libros sagrados, que el primer hombre, habiendo recibido inmediatamente de Dios la luz de la inteligencia y el conocimiento de sus preceptos, no se encontró jamás en tal estado, y si a ello añadimos la fe que en los escritos de Moisés debe tener todo filósofo cristiano, es preciso negar que, aun antes del Diluvio, los hombres jamás se encontraron en el estado netamente natural, a menos que hubiesen caído en él a consecuencia de algún suceso extraordinario, paradoja demasiado embrollada para defender y de todo punto imposible de probar.

Principiemos, pues, por descartar todos los hechos que no afectan la cuestión. No es preciso considerar las investigaciones que pueden servirnos para el desarrollo de este tema como verdades históricas, sino simplemente como razonamientos hipotéticos y condicionales, más propios a esclarecer la naturaleza de las cosas que a demostrar su verdadero origen, semejantes a los que hacen todos los días nuestros físicos con respecto a la formación del mundo. La religión nos manda creer que Dios mismo, antes de haber sacado a los hombres del estado natural inmediatamente después de haber sido creados, fueron desiguales porque así él lo quiso; pero no nos prohíbe hacer conjeturas basadas en la misma naturaleza del hombre y de los seres que lo rodean, sobre lo que sería el género humano si hubiese sido abandonado a sus propios esfuerzos. He aquí lo que se me pide y lo que yo me propongo examinar en este discurso. Interesando el tema a todos los hombres en general, procuraré usar un lenguaje que convenga a todas las naciones; o mejor dicho, olvidando tiempos y lugares para no pensar sino en los hombres a quienes me dirijo, me imaginaré estar en el Liceo de Atenas, repitiendo las lecciones de mis maestros teniendo a los Plutones y a los Jenócrates por jueces y al género humano por auditorio.

¡Oh, hombres! Cualquiera que sea tu patria, cualesquiera que sean tus opiniones, escucha: He aquí tu historia, tal cual he creído leerla, no en los libros de tus semejantes, que son unos farsantes, sino en la naturaleza que no miente jamás. Todo lo que provenga de ella será cierto; sólo dejaré de serlo lo que yo haya mezclado de

mi pertenencia, aunque sin voluntad. Los tiempos de que voy a hablarte son muy remotos. ¡Cuánto has cambiado de lo que eras! Es, por decirlo así, la vida de tu especie la que voy a describir de acuerdo con las cualidades que has recibido y que tu educación y tus costumbres han podido depravar, pero que no han podido destruir. Hay, lo siento, una edad en la cual el hombre individual quisiera detenerse: tú buscarás la edad en la cual desearías que tu especie se detuviese. Descontento de tu estado actual por razones que pronostican a tu malhadada posteridad disgustos mayores aún, querrás tal vez poder retroceder, siendo este sentimiento el elogio de tus antepasados, la crítica de tus contemporáneos y el espanto de que tengan la desgracia de vivir después de ti.

PARTE PRIMERA

Por importante que sea, para juzgar bien el estado natural del hombre, para considerarlo desde su origen y examinarlo, por decir así, en el primer embrión de la especie no seguiré su organización a través de sus sucesivos cambios; no me detendré a investigar en el sistema animal lo que pudo ser en un principio para llegar a ser lo que es en la actualidad. No examinaré si sus uñas de hoy, fueron en otro tiempo, como piensa Aristóteles, garras encorvadas; si era velludo como un oso y si andando en cuatro pies³ dirigiendo sus miradas hacia la tierra en un limitado horizonte de algunos pasos, no indicaba a la vez que su carácter, lo estrecho de sus ideas. Yo no podría hacer a este respecto sino conjeturas vagas y casi imaginarias. La anatomía comparada ha hecho todavía pocos progresos, las observaciones de los naturalistas son aún demasiado inciertas para que se pueda establecer sobre fundamentos semejantes la base de un razonamiento sólido. Así, pues, sin recurrir a los conocimientos sobrenaturales que tenemos al respecto y sin tornar en cuenta los cambios que han debido sobrevenir en la conformación tanto interior como exterior del hombre, a medida que aplicaba sus miembros a nuevos ejercicios y que se nutría con otros alimentos, lo supondré conformado en todo tiempo tal cual lo veo hoy, caminando en dos pies, sirviéndose de sus dos manos como hacemos nosotros con las nuestras, dirigiendo sus miradas sobre la naturaleza entera y midiendo con ella la vasta extensión del cielo.

Despojando este ser así constituido de todos los dones sobrenaturales que haya podido recibir y de todas las facultades artificiales que no ha podido adquirir sino mediante largos progresos; considerándolo, en una palabra, tal cual ha debido salir de las manos de la naturaleza, veo en él un animal menos fuerte que unos y menos ágil que otros, pero en conjunto mejor organizado que todos; lo veo saciar su hambre bajo una encina, su sed en el arroyo más cercano, durmiendo bajo el árbol mismo que le proporcionó su sustento, y de esta suerte satisfacer todas sus necesidades.

La tierra abandonada a su fertilidad natural⁴ y cubierta de inmensos bosques que el hacha no mutiló jamás, ofrece a cada paso alimento y refugio a los animales de toda

especie. Los hombres, diseminados entre ellos, observan, imitan su industria y se instruyen así hasta posesionarse del instinto de las bestias, con la ventaja de que cada especie no tiene sino el suyo propio y de que el hombre, no teniendo tal vez ninguno que le pertenezca, se los apropia todos, como se nutre igualmente con la mayor parte de los diversos alimentos⁵ que los otros animales se dividen, encontrando por consiguiente su subsistencia con más facilidad que ellos.

Habitados desde la infancia a las intemperies del aire y al rigor de las estaciones; ejercitados en la fatiga y obligados a defender, desnudos y sin armas, sus vidas y sus presas contra las otras bestias feroces, o a escaparse mediante la fuga, los hombres adquieren un temperamento robusto y casi inalterable. Los niños, que vienen al mundo con la misma excelente constitución de sus padres y que la fortifican por medio de los mismos ejercicios, adquieren así todo el vigor de que es capaz la especie humana. La naturaleza obra precisamente con ellos como la ley de Esparta con los hijos de los ciudadanos: hace fuertes y robustos aquellos que están bien constituidos y suprime los demás, diferente en esto de nuestras sociedades, en donde el Estado, haciendo los hijos onerosos a sus padres los mata indistintamente antes de haber nacido.

Siendo el cuerpo del hombre salvaje el solo instrumento que conoce, lo emplea en diversos usos, para los cuales, por falta de ejercicio, los nuestros son incapaces, pues nuestra industria nos quita la fuerza y la agilidad que la necesidad le obliga a él a adquirir. En efecto, si hubiera tenido un hacha, ¿habría roto con el brazo las gruesas ramas de los árboles? Si hubiera dispuesto de una honda, ¿habría lanzado con la mano una piedra con tanta violencia? Si hubiera tenido una escala, ¿habría subido a un árbol con tanta ligereza? Si hubiera poseído un caballo, ¿habría sido tan veloz en la carrera? Si dais al hombre civilizado el tiempo de reunir todos estos auxiliares a su alrededor, no puede dudarse que aventajará fácilmente al hombre salvaje; pero si queréis ver un combate más desigual aún, colocadlos a ambos desnudos, el uno frente al otro, y reconoceréis muy pronto la ventaja de tener constantemente todas sus fuerzas a su servicio, de estar siempre dispuesto para cualquier evento y de llevar siempre, por decirlo así, todo consigo⁶.

Hobbes pretende que el hombre es naturalmente intrépido y que únicamente desea atacar y combatir. Un filósofo ilustre piensa lo contrario, y Cumberland y Puffendorf aseguran también que no hay nada más tímido que el hombre primitivo, que siempre está temblando y dispuesto a huir al menor ruido que escucha o al más pequeño movimiento que percibe. Puede ser tal vez así, pero, con respecto a aquellos objetos que no conozca y no dudo en lo absoluto que le aterrorice todo espectáculo nuevo que se ofrezca a su vista, siempre que no pueda distinguir el bien y el mal físico que debe esperar, ni haya comparado sus fuerzas con los peligros que tenga que correr, circunstancias raras en el estado natural en el cual todas las cosas marchan de manera tan uniforme y en el que la superficie de la tierra no está sujeta a esos cambios bruscos y continuos que causan las pasiones y la inconstancia de los

pueblos reunidos en sociedad. Pero viviendo el hombre salvaje dispersado entre los animales y encontrándose desde temprana edad en el caso de medir sus fuerzas con ellos, establece pronto la comparación y sintiendo que los sobrepuja en habilidad más de lo que ellos le exceden en fuerza, se acostumbra a no temerles. Poned un oso o un lobo en contienda con un salvaje robusto, ágil, valeroso, como lo son todos, armado de piedras y un buen palo y veréis que el peligro será más o menos recíproco y que después de varias experiencias semejantes, las bestias feroces que no les gusta atacarse mutuamente, dejarán tranquilo al hombre a quien habrán encontrado tan feroz como ellas.

Con respecto a los animales que tienen más fuerza que el hombre destreza, hállese éste en caso análogo al de otras especies más débiles que él y que no por eso dejan de subsistir, con la ventaja para el hombre que, no menos dispuesto que ellos para correr, y encontrando en los árboles un refugio casi seguro, tiene a su arbitrio aceptar o rehuir la contienda. Añadamos el hecho de que, según parece, ningún animal hace la guerra por instinto al hombre, salvo en el caso de defensa propia o de extrema hambre, ni tampoco manifiesta contra él esas violentas antipatías que parecen anunciar que una especie está destinada por la naturaleza a servir de pasto a otra.

He aquí, sin duda, las razones por las cuales los negros y los salvajes se preocupan tan poco de las bestias feroces que puedan encontrar en los bosques. Los caribes de Venezuela, entre otros, viven, por lo tocante a esto, en la mayor seguridad y sin el menor inconveniente.

Aunque están casi desnudos, dice Francisco Correal, no dejan de exponerse atrevidamente por entre los bosques, armados únicamente con la flecha y el arco, sin que se haya oído decir jamás que ninguno ha sido devorado por las fieras.

Otros enemigos más temibles y contra los cuales el hombre no tiene los mismos medios de defensa, son las enfermedades naturales, la infancia, la vejez y las dolencias de toda clase, tristes señales de nuestra debilidad, de los cuales los dos primeros son comunes a todos los animales y el último, con preferencia, al hombre que vive en sociedad.

Observo además, con relación a la infancia, que la madre, llevando consigo por todas partes su hijo, tiene mayores facilidades para alimentarlo que las hembras de muchos animales, forzadas a ir y venir sin cesar, con sobra de fatiga, ya en busca del alimento para ellas, ya para amamantar o nutrir sus pequeñuelos. Es cierto que si la madre llega a perecer, el hijo corre mucho riesgo de perecer con ella; mas este peligro es común a cien otras especies cuyos pequeñuelos no están por largo tiempo en estado de procurarse por sí mismos su alimento, y si la infancia es más larga entre nosotros, la vida lo es también, de donde resulta que todo es más o menos igual en este punto⁷, aunque haya con respecto al número de hijos⁸, otras reglas que no incumben a mi objeto. Entre los viejos que se agitan y transpiran poco, la necesidad de alimentación disminuye en relación directa de sus fuerzas, y como la vida salvaje

aleja de ellos la gota y el reumatismo, y la vejez es de todos los males el que menos pueden aliviar los recursos humanos, extingúense al fin, sin que los demás se perciban de que han dejado de existir y casi sin darse cuenta ellos mismos.

Respecto a las enfermedades, no repetiré las vanas y falsas declamaciones que hacen contra la medicina la mayoría de las gentes que gozan de salud; pero sí preguntaría si existe alguna observación sólida de la cual pueda deducirse que, en los países en donde este arte está más descuidado, por término medio, la vida en el hombre sea más corta que en los que es cultivado con la más grande atención. Y ¿cómo podría ser así, si nosotros mismos nos procuramos mayor número de males que remedios puede proporcionarnos la medicina? La extrema desigualdad en la manera de vivir, el exceso de ociosidad en unos, el exceso de trabajo en otros; la facilidad de irritar y de satisfacer nuestros apetitos y nuestra sensualidad; los alimentos demasiado escogidos de los ricos, cargados de jugos enardecientes que los hacen sucumbir de indigestiones; la mala nutrición de los pobres, de la cual carecen a menudo y cuya falta los lleva a llenar demasiado sus estómagos cuando la ocasión se presenta; las vigiliias, los excesos de toda especie, los transportes inmoderados de todas las pasiones, las fatigas y decaimiento del espíritu, los pesares y tristezas sin número que se experimentan en todas las clases y que roen perpetuamente las almas, he ahí las funestas pruebas de que la mayor parte de nuestros males son nuestra propia obra y de que los habríamos evitado casi todos conservando la manera de vivir sencilla, uniforme y solitaria que nos estaba prescrita por la naturaleza. Si ésta nos ha destinado a vivir sanos, me atrevo casi a asegurar que el estado de reflexión es un estado contra natura y que el hombre que medita es un animal depravado. Cuando se piensa en la buena constitución de los salvajes, al menos la de aquellos que no hemos perdido con nuestros fuertes licores; cuando se sabe que no conocen casi otras enfermedades que las heridas y la vejez, créese que es tarea fácil la de hacer la historia de las enfermedades humanas siguiendo la de las sociedades civiles.

Esta es, por lo menos, la opinión de Platón, quien juzga, por ciertos remedios empleados o aprobados por Podalirio y Macaón durante el sitio de Troya, que diversas enfermedades que los dichos remedios debían excitar no eran todavía conocidas entonces entre los hombres, y Celso refiere que la dieta, hoy tan necesaria, no fue inventada sino por Hipócrates.

Con tan pocas fuentes verdaderas de males, el hombre en su estado natural apenas si tiene necesidad de remedios y menos todavía de medicinas. La especie humana no es a este respecto de peor condición que las otras, y es fácil saber por los cazadores si en sus excursiones encuentran muchos animales enfermos. Muchos hallan, en efecto, algunos de ellos con heridas considerables perfectamente cicatrizadas, que han tenido huesos y aun miembros rotos y que se han curado sin otro cirujano que el tiempo, sin otro régimen que su vida ordinaria y que no están menos bien por no haber sido atormentados con incisiones, envenenados con drogas ni extenuados por

el ayuno. En fin, por útil que pueda ser entre nosotros la medicina bien administrada no deja de ser siempre cierto que si el salvaje enfermo, abandonado a sus propios auxilios, no tiene nada que esperar si no es de la naturaleza, en cambio no tiene que temer más que a su mal, lo cual hace a menudo su situación preferible a la nuestra. Guardémonos, pues, de confundir al hombre salvaje con los que tenemos ante nuestros ojos. La naturaleza trata a todos los animales abandonados a sus cuidados con una predilección que parece demostrar cuán celosa es de su derecho. El caballo, el gato, el toro, el asno mismo, tienen la mayor parte una talla más alta, todos una constitución más robusta, más vigor, más fuerza y más valor cuando están en la selva que cuando están en nuestras casas: al ser domesticados pierden la mitad de estas cualidades. Diríase que todos nuestros cuidados, tratando y alimentando bien estos animales, sólo logran degenerarlos.

Lo mismo pasa con el hombre: haciéndose sociales y esclavos, tórnase débil, tímido y servil, y su manera de vivir delicada y afeminada termina por enervar a la vez su fuerza y su valor. Añadamos que entre las condiciones de salvaje y civilizado, la diferencia de hombre a hombre debe ser más grande aún que la de bestia a bestia, pues habiendo sido el animal y el hombre tratados igualmente por la naturaleza, todas las comodidades que éste se proporciona más que los animales que domina, son otras tantas causas particulares que le hacen degenerar más sensiblemente.

No es, pues, una gran desgracia, para los hombres primitivos, ni sobre todo un gran obstáculo para su conservación la desnudez, la falta de habitación y la privación de todas esas frivolidades que nosotros creemos necesarias. Si no tienen la piel velluda, ninguna falta les hace en los países cálidos, y en los países fríos saben bien aprovecharse de las de los animales que han vencido. Si no tienen más que dos pies para correr, tienen dos brazos para proveer a su defensa y a sus necesidades. Sus hijos empiezan a caminar tal vez tarde y penosamente, pero las madres los conducen con facilidad, ventaja de que carecen las otras especies, en las que la madre, siendo perseguida, se ve constreñida a abandonar sus pequeñuelos o a arreglar su paso al de ellos. En fin, a menos que se acepte el concurso de circunstancias singulares y fortuitas de las cuales hablaré más adelante y que podrían no ocurrir jamás, es evidente, que el primero que se hizo un vestido o se construyó una habitación, se proporcionó cosas poco necesarias, puesto que se había pasado hasta entonces sin ellas, y no se explica por qué no podría soportar, ya hombre, un género de vida que ha soportado desde su infancia.

Solo, ocioso y siempre rodeado de peligros, el hombre salvaje debe gustarle dormir y tener el sueño ligero, como los animales que pensando poco, duermen, por decirlo así, todo el tiempo que no piensan.

Constituyendo su propia conservación casi su único cuidado, debe ser causa de que sus facultades más ejercitadas sean aquellas que tienen por objeto principal el ataque y la defensa, ya sea con el fin de subyugar su presa, ya sea para evitar serla él de algún otro animal, resultando lo contrario con los órganos que no se

perfeccionan sino por medio de la molicie y de la sensualidad, que deben permanecer en un estado de rudeza que excluye toda delicadeza. Encontrándose, en consecuencia, sus sentidos divididos en este punto, tendrá el tacto y el gusto de una tosquedad extrema y la vista, el oído y el olfato de la más grande sutilidad. Tal es el estado animal en general y tal es también, según los relatos de los viajeros, la de la mayor parte de los pueblos salvajes. Así, no se debe extrañar que los hotentotes del cabo de Buena Esperanza, descubran a la simple vista los navíos en alta mar, a la misma distancia que los holandeses con los anteojos; ni que los salvajes de América descubriesen a los españoles por el rastro como habrían podido hacerlo los mejores perros, ni que todas esas naciones bárbaras soporten sin pena su desnudez, refinen su gusto a fuerza de pimienta y beban los licores europeos corno agua.

He considerado hasta aquí el hombre físico; tratemos de observarlo ahora por el lado metafísico y moral.

No veo en todo animal más que una máquina ingeniosa, a la cual la naturaleza ha dotado de sentidos para que se remonte por sí misma y para que pueda garantizarse, hasta cierto punto, contra todo lo que tienda a destruirla o a descomponerla. Percibo precisamente las mismas cosas en la máquina humana, con la diferencia de que la naturaleza por sí sola ejecuta todo en las operaciones de la bestia, en tanto que el hombre concurre él mismo en las suyas como agente libre. La una escoge o rechaza por instinto y el otro por un acto de libertad, lo que hace que la bestia no pueda separarse de la regla que le está prescrita, aun cuando le fuese ventajoso hacerlo, mientras que el hombre se separa a menudo en perjuicio propio. Así se explica el que un pichón muera de hambre al pie de una fuente llena de las mejores viandas y un gato sobre un montón de frutas o de granos, no obstante de que uno y otro podrían muy bien alimentarse con lo que desdeñan, si les fuese dado ensayar, y así se explica también el que los hombres disolutos se entreguen a excesos que les originan la fiebre y la muerte, porque el espíritu pervierte los sentidos y la voluntad continúa hablando aun después que la naturaleza ha callado.

Todo animal tiene ideas, puesto que tiene sentidos y aun las coordina hasta cierto punto. El hombre no difiere a este respecto de la bestia más que por la cantidad, habiendo llegado algunos filósofos hasta a afirmar que la diferencia que existe es mayor de hombre a hombre que de hombre a bestia. No es, pues, tanto el entendimiento lo que establece entre los animales y el hombre la distinción específica, sin su calidad de agente libre. La naturaleza ordena a todos los animales y la bestia obedece. El hombre experimenta la misma impresión, pero se reconoce libre de ceder o de resistir, siendo especialmente en la conciencia de esa libertad que se manifiesta la espiritualidad de su alma, pues la física explica en parte el mecanismo de los sentidos y la formación de las ideas, pero dentro de la facultad de querer o mejor dicho de escoger, no encontrándose en el sentimiento de esta facultad sino actos puramente espirituales que están fuera de las leyes de la mecánica.

Pero, aun cuando las dificultades que rodean todas estas cuestiones permitiesen discutir sobre la diferencia entre el hombre y el animal, hay otra cualidad muy especial que los distingue y que es incontestable: la facultad de perfeccionarse, facultad que, ayudada por las circunstancias, desarrolla sucesivamente todas las otras y que reside tanto en la especie como en el individuo; en tanto que un animal es al cabo de algunos meses, lo mismo que será toda su vida, y su especie será después de mil años la que era el primero. ¿Por qué únicamente el hombre está sujeto a degenerar en imbécil? No es que vuelve así a su estado primitivo y que, mientras que la bestia que nada ha adquirido y que por consiguiente nada tiene que perder, permanece siempre con su instinto; el hombre perdiendo a causa de la vejez o de otros accidentes todo lo que su *perfectibilidad* le había hecho alcanzar, cae de nuevo más bajo aun que la bestia misma. Sería triste para vosotros estar obligados a reconocer que esta facultad distintiva y casi ilimitada es el origen de todas las desgracias del hombre, que es ella la que le aleja a fuerza de tiempo de ese estado primitivo en el cual deslizábanse sus días tranquilo e inocente; que es ella la que, haciendo brotar con el transcurso de los siglos sus luces y sus errores, sus vicios y sus virtudes, lo convierte a la larga en tirano de sí mismo y de la naturaleza⁹. Sería espantoso tener que ensalzar como un ser bienhechor al primero que sugirió la idea al habitante de las orillas del Orinoco del uso de esas planchas que aplicaba sobre las sienes de sus hijos, asegurándoles una imbecilidad, al menos parcial, y por lo tanto su felicidad original.

Entregado por la naturaleza el hombre salvaje al solo instinto, o más bien indemnizado del que le falta, tal vez por facultades capaces de suplirle al principio y de elevarlo después mucho más, comenzará, pues, por las funciones puramente animales¹⁰. Percibir y sentir será su primer estado, que será común a todos los animales; querer y no querer, desear y tener, serán las primeras y casi las únicas funciones de su alma hasta que nuevas circunstancias originen en ella nuevas manifestaciones.

A pesar de cuanto digan los naturalistas, el entendimiento humano debe mucho a las pasiones, las cuales débenle a su vez también mucho. Mediante su actividad nuestro corazón se perfecciona, pues ansiamos conocer porque deseamos gozar, siendo imposible concebir que aquel que no tenga ni deseos ni temores, se dé la pena de razonar.

Las pasiones son el fruto de nuestras necesidades y sus progresos el de nuestros conocimientos porque no se puede desear ni tener las cosas sino por las ideas que de ellas pueda tenerse, o bien simple impulsión de la naturaleza; y el hombre salvaje, privado de toda luz, no siente otras pasiones que las de esta última especie, es decir: las naturales.

Sus deseos se reducen a la satisfacción de sus necesidades físicas¹¹; los solos goces que conoce en el mundo son: la comida, la mujer y el reposo; los solos males que teme, el dolor y el hambre. He dicho el dolor y no la muerte, porque el animal no

sabría jamás lo que es morir. El conocimiento o la idea de lo que es la muerte y sus terrores ha sido una de las primeras adquisiciones que el hombre ha hecho al alejarse de la condición animal.

Seríame fácil, si me fuese necesario, apoyar lo expuesto con hechos y hacer ver que en todas las naciones del mundo los progresos del espíritu han sido absolutamente proporcionales a las necesidades naturales o a las que las circunstancias las haya sujetado, y por consiguiente a las pasiones que las arrastrara a la satisfacción de tales necesidades. Podría demostrar cómo en Egipto las artes nacen y se extienden con el desbordamiento del Nilo; podría seguir sus progresos entre los griegos, en donde se las vio germinar, crecer y elevarse hasta los cielos entre las arenas y las rocas del Ática; sin lograr echar raíces en las fértiles orillas del Eurotas; haría notar, en fin, que en general los pueblos del Norte son más industrioses que los del Mediodía, porque pueden menos dejar de serlo, como si la naturaleza quisiera así igualar las cosas dando a los espíritus la fertilidad que niega a la tierra.

Pero, sin recurrir a los inciertos testimonios de la historia, ¿quién no ve que todo parece alejar del hombre salvaje la tentación y los medios de dejar de serlo? Su imaginación no le pinta nada; su corazón nada le pide. Sus escasas necesidades puede satisfacerlas tan fácilmente, y tan lejos está de poseer el grado de conocimientos necesarios para desear adquirir otros mayores, que no puede haber en él ni previsión ni curiosidad. El espectáculo de la naturaleza termina por serle indiferente a fuerza de serle familiar, pues impera en ella siempre el mismo orden y efectúanse siempre idénticas revoluciones. Ningún asombro causan a su espíritu las más grandes maravillas y no es en él en donde hay que buscar la filosofía que necesita el hombre para saber observar una vez lo que ha visto todos los días. Su alma, que nada conmueve, se entrega al solo sentimiento de su existencia actual sin ninguna idea del porvenir, por próximo que pueda estar, y sus proyectos, limitados como sus conocimientos, extiéndense apenas hasta el fin de la jornada. Tal es todavía hoy el grado de previsión del caribe, que vende por la mañana su lecho de algodón y viene llorando por la tarde a comprarlo nuevamente, por no haber previsto que tendría necesidad de él la próxima noche.

Cuanto más se medita sobre este asunto, más crece a nuestra vista la distancia que media entre las sensaciones puras y los simples conocimientos, siendo imposible concebir cómo un hombre habría podido por sus propios esfuerzos, sin el auxilio de la comunicación y sin el aguijón de la necesidad, franquear tan grande intervalo. ¡Cuántos siglos han tal vez transcurrido antes que los hombres hayan estado en capacidad de ver otro fuego que el del cielo! ¡Cuántos azares diferentes no habrían experimentado antes de aprender los usos más comunes de este elemento! ¡Cuántas veces no lo habrán dejado extinguirse antes de haber adquirido el arte de reproducirlo! ¡Y cuántas veces tal vez cada uno de estos secretos habrá muerto con el que lo había descubierto! ¿Qué diremos de la agricultura, arte que exige tanto trabajo y tanta previsión, que depende de tantas otras artes, que evidentemente no

es practicable sino en una sociedad por lo menos comenzada, y que no nos sirve tanto para recoger de la tierra los alimentos que suministraría bien sin ellos, como para hacerla producir con preferencia aquellos que son más de nuestro gusto? Pero supongamos que los hombres se hubiesen multiplicado de tal manera que las producciones naturales no bastasen a nutrirlos, suposición que, dicho sea de paso, demostraría una gran ventaja para la especie humana en esta manera de vivir; supongamos que sin forjas ni talleres, los instrumentos de labor cayesen del cielo en manos de los salvajes; que éstos hubiesen aprendido a prever de lejos sus necesidades; que hubiesen adivinado la forma cómo se cultiva la tierra, cómo se siembran los granos y se plantan los árboles; que hubiesen descubierto el arte de moler el trigo y hacer fermentar la uva, cosas todas que ha sido preciso que les fuesen enseñadas por los dioses, pues no se concibe cómo las hubieran podido aprender por sí mismos; ¿quién sería, después de todo eso, bastante insensato para atormentarse cultivando un campo del cual sería despojado por el primer llegado, hombre o bestia indiferentemente, al que la cosecha le agradase o conviniese? Y ¿cómo se resolvería ninguno a pasar su vida en un trabajo penoso, del cual está seguro que no recibiría la recompensa necesaria? En una palabra: ¿cómo situación semejante podría llevar a los hombres a cultivar la tierra antes de que fuese repartida entre ellos, es decir, mientras que el estado natural no hubiese dejado de subsistir? Aun cuando quisiéramos suponer un hombre salvaje tan hábil en arte de pensar como nos lo pintan nuestros filósofos; aun cuando hiciésemos de él, a ejemplo de ellos, un filósofo también, descubriendo por sí solo las más sublimes verdades, dictándonos, por efecto de sus razonamientos muy abstractos, máximas de justicia y de razón sacadas del amor por el orden en general o de la voluntad conocida de su creador; aun cuando lo supiéramos, en fin, con tanta inteligencia y conocimientos como los que debe tener, en vez de la torpeza y estupidez que en realidad posee, ¿qué utilidad sacaría la especie de toda esta metafísica, que no podría transmitirse a otros individuos y que por consiguiente perecería con el que la hubiese inventado? ¿Qué progreso podría proporcionar al género humano esparcido en los bosques y entre los animales? Y ¿hasta qué punto podrían perfeccionarse e ilustrarse mutuamente los hombres que, no teniendo ni domicilio fijo ni ninguna necesidad el uno del otro, se encontrarían quizá dos veces en su vida, sin conocerse y sin hablarse? Piénsese la multitud de ideas de que somos deudores al uso de la palabra; cuánto la gramática adiestra y facilita las operaciones del espíritu, y piénsese en las penas inconcebibles y en el larguísimo tiempo que ha debido costar la primera invención de las lenguas; añádanse estas reflexiones a las precedentes, y se juzgará entonces cuántos millares de siglos habrán sido precisos para desarrollar sucesivamente en el espíritu humano las operaciones de que era susceptible o capaz. Séame permitido examinar por un instante las dudas sobre el origen de las lenguas. Podría contentarme con citar o repetir aquí las investigaciones que el abate de Condillac ha hecho sobre esta materia, las cuales confirman plenamente mi opinión

y han sido tal vez las que me han hecho concebir las primeras ideas al respecto; pero la manera como este filósofo resuelve las dificultades que él mismo se plantea sobre el origen de los signos instituidos, demostrando que ha supuesto lo mismo que yo traigo al debate, es decir, una especie de sociedad ya establecida entre los inventores del lenguaje, creo, remitiéndome a sus reflexiones, deber añadir a las suyas las mías para exponer las mismas dificultades con la claridad que conviene a mi objeto. La primera que se presenta es la de imaginar cómo han podido llegar a ser necesarias, toda vez que los hombres no tenían correspondencia alguna ni necesidad tampoco de tenerla, lo cual no permite concebir ni la invención, ni su posibilidad, no siendo, como no lo era, indispensable. Yo podría decir, como tantos otros que las lenguas han nacido de las relaciones domésticas entre padres, madres e hijos; pero además de que tal aseveración no resolvería el punto sería cometer la misma falta de los que, razonando acerca del estado natural, trasladan a él las ideas adquiridas en la sociedad, contemplan la familia reunida siempre en una misma habitación, guardando sus miembros entre sí una unión tan íntima y tan permanente como la que existe hoy entre nosotros, en donde tantos intereses comunes los une, muy diferente al estado primitivo, en el cual no teniendo ni casas, ni cabañas, ni propiedades de ninguna especie, cada uno se alojaba al azar y a menudo por una sola noche; los machos y las hembras se unían fortuitamente, según se encontraban y según la ocasión y el deseo, sin que la palabra fuese un intérprete muy necesario para las cosas que tenían que decirse. Así también se separaban con la misma facilidad¹². La madre amamantaba sus hijos primero, por propia necesidad y luego, a fuerza de costumbre, por amor; pero tan pronto como éstos estaban en disposición de buscar por sí mismos su alimento, no tardaban en separarse de la madre, y como no había casi otro medio de volverse a encontrar si se perdían de vista, en breve terminaban por no reconocerse los unos a los otros. Nótese además que teniendo el hijo que explicar todas sus necesidades y estando por consiguiente obligado a decir más cosas a la madre que ésta a él, debe corresponderle la mayor parte en la invención, y ser el lenguaje por él empleado casi obra exclusiva suya, lo cual ha multiplicado tanto las lenguas como individuos hay que las hablen, contribuyendo a ello la misma vida errante y vagabunda que no permitía a ningún idioma el tiempo de adquirir consistencia, pues decir que la madre enseña al hijo las palabras de que deberá servirse para pedirle tal o cual cosa, demuestra bien cómo se enseñan los idiomas ya formados, pero no la manera cómo se forman.

Supongamos esta primera dificultad vencida; franqueemos por un momento el inmenso espacio de tiempo que ha debido transcurrir entre el estado natural y en el que se impuso la necesidad¹³ de las lenguas e investiguemos cómo pudieron comenzar a establecerse. Nueva dificultad peor aún que la precedente, porque si los hombres han tenido necesidad de la palabra, y aun cuando se comprendiese cómo los sonidos de la voz han sido tomados como intérpretes de las ideas, quedaría siempre por saber quiénes han podido ser los intérpretes de esta ingeniosa

convención que, no teniendo un objeto perceptible, no podían indicarse ni por el gesto ni por la voz; de suerte que apenas si podemos formarnos aceptables conjeturas sobre el origen de este arte de transmitir el pensamiento y de establecer un comercio entre los espíritus; arte sublime que está ya muy distante de su origen, pero que el filósofo ve todavía a tan prodigiosa distancia de su perfección, que no hay hombre bastante audaz que pueda asegurar que la alcanzará jamás, aun cuando las resoluciones naturales que con el transcurso del tiempo se efectúan fuesen interrumpidas o suspendidas en su favor, aun cuando todos los prejuicios al respecto fuesen obra de las academias o éstas permaneciesen en silencio ante ellos y aun cuando pudiesen ocuparse de tan espinosa tarea durante siglos enteros sin interrupción.

El primer lenguaje del hombre, el lenguaje más universal, el más enérgico y el único del cual tuvo necesidad antes de que viviera en sociedad, fue el grito de la naturaleza. Como este grito no era arrancado más que por una especie de instinto en las ocasiones apremiantes, para implorar auxilio en los grandes peligros o alivio en los males violentos, no era de mucho uso en el curso ordinario de la vida en la que reinan sentimientos más moderados. Cuando las ideas de los hombres comenzaron a extenderse y a multiplicarse y se estableció entre ellos una comunicación más estrecha, buscaron signos más numerosos y un lenguaje más extenso; multiplicaron las inflexiones de la voz añadiéndole gestos que, por su naturaleza, son más expresivos y cuya significación depende menos de una determinación anterior. Expresaban, pues, los objetos visibles y móviles por gestos y los que herían el oído por sonidos imitativos; pero como el gesto no puede indicar más que los objetos presentes o fáciles de describir y las acciones visibles, que no son de uso universal, puesto que la oscuridad o la interposición de un cuerpo las inutiliza, y puesto que exige más atención que la que excita, descubrieron al fin la manera de substituirlo por medio de las articulaciones de la voz, las cuales sin tener la misma relación con ciertas ideas, son más propias para representarlas todas como signos instituidos; substitución que no puede hacerse sino de común acuerdo y de manera bastante difícil de practicar por hombres cuyos groseros órganos no tenían todavía ejercicio alguno, y más difícil aún de concebir en sí misma, puesto que este acuerdo unánime debió tener alguna causa y la palabra debió ser muy necesaria para establecer su uso.

Cabe suponer que las primeras palabras de que hicieron uso los hombres tuvieron en sus espíritus una significación mucho más extensa que las que se emplean en las lenguas ya formadas, y que ignorando la división de la oración en sus partes constitutivas, dieron a cada palabra el valor de una proposición entera. Cuando comenzaron a distinguir el sujeto del atributo y el verbo del nombre, lo cual no dejó de ser un mediocre esfuerzo de genio, los sustantivos no fueron más que otros tantos nombres propios y el presente del infinitivo el único tiempo de los verbos. En cuanto a los adjetivos, la noción de ellos debió desarrollarse muy difícilmente,

porque todo adjetivo es una palabra abstracta y las abstracciones son operaciones penosas y poco naturales.

Cada objeto recibió al principio un nombre particular, sin poner atención a los géneros y a las especies, que esos primeros institutores no estaban en estado de distinguir, presentándose todos los individuos aisladamente en sus espíritus como lo están en el cuadro de la naturaleza. Si un roble se llamaba A, otro se llamaba B, pues la primera idea que se saca de dos cosas es que no son las mismas, siendo preciso a menudo mucho tiempo para poder observar lo que tienen de común; de suerte que, mientras más limitados eran los conocimientos más extenso era el diccionario. El obstáculo de toda esta nomenclatura no pudo ser vencido fácilmente, pues para ordenar los seres bajo denominaciones comunes y genéricas, era preciso conocer las propiedades y las diferencias, hacer observaciones y definiciones, es decir, conocer la historia natural y la metafísica, cosas muy superiores a las que los hombres de aquel tiempo podían realizar.

Por otra parte, las ideas generales no pueden introducirse en el espíritu más que con ayuda de las palabras, abarcándolas el entendimiento sólo por proposiciones. Es ésta una de las razones por las cuales los animales no pueden formarse tales ideas ni adquirir la perfectibilidad que de ellas depende. Cuando un mono va sin vacilar de una nuez a otra, ¿puede pensarse que tenga la idea general de esta clase de fruta y que establecer pueda el arquetipo de las dos? No, sin duda, pero la vista de una de las dos nueces, trae a su memoria las sensaciones que ha recibido de la otra y sus ojos, transformados hasta cierto punto, anuncian a su paladar la diferencia que va a experimentar al saborear el nuevo fruto. Toda idea general es puramente intelectual, y por poco que la imaginación intervenga, conviértese enseguida en particular.

Ensayad trazaros la imagen de un árbol en general, y jamás lo alcanzaréis, pues a pesar vuestro lo veréis pequeño o grande, escaso de hojas o frondoso, claro u oscuro, y si dependiese de vosotros ver solamente en él lo que tiene todo árbol, tal imagen no sería la verdadera encarnación de él. Igual cosa sucede con los seres puramente abstractos, que sólo se conciben por medio del discernimiento. La definición del triángulo os dará de ello una exacta idea: tan pronto como concibáis uno en vuestro cerebro, será aquel y no otro, sin que podáis evitar formároslo ya con las líneas sensibles, ya con el plano brillante.

Es preciso, pues, enunciar proposiciones, es necesario hablar para tener ideas generales, toda vez que tan pronto como la imaginación se detiene, el espíritu se inmoviliza. Si los primeros inventores no han podido por lo tanto dar nombre más que a las ideas ya concebidas, dedúcese que los primeros sustantivos no fueron jamás sino nombres propios.

Mas cuando, por medios que no logro concebir, nuestros nuevos gramáticos comenzaron a extender sus ideas y a generalizar sus palabras, la ignorancia de los inventores debió sujetar este método a límites muy estrechos, y como habían multiplicado demasiado los nombres de los individuos por falta de conocimientos

acerca de los géneros y de las especies, hicieron después pocas de éstas y de aquéllas a causa de no haber considerado los seres en todas sus diferencias. Para haber hecho las divisiones debidamente, habríales sido preciso experiencia y luces que no podían tener, más investigaciones y un trabajo que no querían darse. Si hoy mismo se descubren diariamente nuevas especies que hasta el presente habíanse escapado a nuestras observaciones, calcúlese, ¡cuántas han debido sustraerse a la penetración de hombres que sólo juzgaban de las cosas por su primer aspecto! En cuanto a las clases primitivas y a las nociones generales, es superfluo añadir que han debido también pasárseles inadvertidas. ¿Cómo habrían podido, por ejemplo, imaginar o comprender las palabras materia, espíritu, substancia, moda, figura, movimiento, si nuestros filósofos que se sirven de ellas hace tanto tiempo apenas si alcanzan a comprenderlas ellos mismos, y si las ideas que se les agrega, siendo puramente metafísicas, no podían encontrarles ningún modelo en la naturaleza? Me detengo en estas primeras consideraciones y suplico a mis jueces que suspendan su lectura, para considerar, respecto a la invención tan sólo de los sustantivos físicos, es decir de la parte de la lengua más fácil de encontrar, el camino que aún queda por recorrer para explicar todos los pensamientos de los hombres, para adquirir una forma constante, para poder ser hablada en público e influir en la sociedad: suplícoles que reflexionen acerca del tiempo y de los conocimientos que han sido necesarios para encontrar los números¹⁴, las palabras abstractas, los aoristos y todos los tiempos de los verbos, las partículas, la sintaxis, ligar las proposiciones, los razonamientos y formar toda la lógica del discurso. En cuanto a mí, espantado ante las dificultades que se multiplican, y convencido de la imposibilidad casi demostrada de que las lenguas hayan podido nacer y establecerse por medios puramente humanos, dejo a quien quiera emprenderla, la discusión de tan difícil problema, el cual ha sido el más necesario de la sociedad ya ligada a la institución de las lenguas o de las lenguas inventadas al establecimiento de la sociedad.

Cualesquiera que hayan sido los orígenes, se ve, por lo menos, el poco cuidado que se ha tomado la naturaleza para unir a los hombres por medio de las necesidades mutuas ni para facilitarles el uso de la palabra; cuán poco ha preparado su sociabilidad y cuán poco ha puesto de su parte en todo lo que ellos han hecho para establecer estos lazos.

En efecto, es imposible imaginarse por qué un hombre, en estado primitivo, pudiera tener más necesidad de otro hombre que un mono o un lobo de su semejante, ni aun aceptada esta necesidad, qué motivo podría obligar al otro a satisfacerla, ni tampoco en este último caso, cómo podrían convenir en las condiciones.

Sé que se nos repite sin cesar que no hubo nada tan miserable como el hombre en ese estado; pero si es cierto, como creo haberlo probado, que no pudo sino después de muchos siglos haber tenido el deseo y la ocasión de salir de él, debe hacerse responsable a la naturaleza y no a quien así lo había constituido. Pero, si comprendo

bien este término de *miserable*, no es otra cosa que una palabra sin sentido o que no significa más que una dolorosa privación y el sufrimiento del cuerpo y del alma. Ahora bien, yo quisiera que se me explicara cuál puede ser el género de miseria de un ser libre cuyo corazón disfruta de paz y tranquilidad y cuyo cuerpo goza de salud. Yo preguntaría cuál de las dos, la vida civilizada o la natural, está más sujeta a hacerse insoportable a los que gozan de ella. No vemos casi a nuestro alrededor más que gentes que se lamentan de su existencia, y aun muchas que se privan de ella tanto cuanto de ellas depende, siendo apenas suficiente la reunión de las leyes divinas y humanas para contrarrestar este desorden. Pregunto si jamás se ha oído decir que un salvaje en libertad haya pensado siquiera en quejarse de la vida y en darse la muerte.

Júzguese, pues, con menos orgullo, de qué lado está la verdadera miseria. Nada, por el contrario, hubiese sido tan miserable como el hombre salvaje deslumbrado por las luces de la inteligencia, atormentado por las pasiones y razonando sobre un estado diferente del suyo. Por esto, debido a una muy sabia providencia, las facultades de que estaba dotado debían desarrollarse únicamente al ponerlas en ejercicio, a fin de que no le fuesen ni superfluas ni onerosas antes de tiempo. Tenía con el solo instinto todo lo que le bastaba para vivir en el estado natural, como tiene con una razón cultivada lo suficiente para vivir en sociedad.

Es de suponerse que los hombres en ese estado, no teniendo entre ellos ninguna especie de relación moral ni de deberes conocidos, no podían ser ni buenos ni malos, ni tener vicios ni virtudes, a menos que, tomando estas palabras en un sentido material, se llame vicio en un individuo a las cualidades que puedan ser perjudiciales a su propia conservación y virtudes a las que puedan contribuir a ella, en cuyo caso el más virtuoso sería aquel que resistiese menos los simples impulsos de la naturaleza. Mas, sin alejarnos de su verdadero sentido, es conveniente suspender el juicio que podríamos hacer sobre tal situación y desconfiar de nuestros prejuicios hasta tanto que, balanza en mano, háyase examinado si hay más virtudes que vicios entre los hombres civilizados, o si sus virtudes son más ventajosas que funestos son sus vicios; si el progreso de sus conocimientos constituye una indemnización suficiente a los males que mutuamente se hacen a medida que se instruyen en el bien que deberían hacerse, o si no se encontrarían, en todo caso, en una situación más dichosa no teniendo ni mal que temer ni bien que esperar de nadie, que estando sometidos a una dependencia universal y obligados a recibirlo todo de los que no se comprometen a dar nada.

No concluyamos sobre todo con Hobbes, que dice, que por no tener ninguna idea de la bondad, es el hombre naturalmente malo; que es vicioso porque desconoce la virtud; que rehúsa siempre a sus semejantes los servicios que no se cree en el deber de prestarles, ni que en virtud del derecho que se atribuye con razón sobre las cosas de que tiene necesidad, imagínase locamente ser el único propietario de todo el universo. Hobbes ha visto perfectamente el defecto de todas las definiciones

modernas del derecho natural, pero las consecuencias que saca de la suya demuestran que no es ésta menos falsa. De acuerdo con los principios por él establecidos, este autor ha debido decir que, siendo el estado natural el en que el cuidado de nuestra conservación es menos perjudicial a la de otros, era por consiguiente el más propio para la paz y el más conveniente al género humano. Pero él dice precisamente lo contrario a causa de haber comprendido, intempestivamente, en el cuidado de la conservación del hombre salvaje, la necesidad de satisfacer una multitud de pasiones que son obra de la sociedad y que han hecho necesarias las leyes. El hombre malo, dice, es un niño robusto. Falta saber si el salvaje lo es también.

Y aun cuando así se admitiese, ¿qué conclusión se sacaría? Que si cuando es robusto es tan dependiente de los otros como cuando es débil, no habría excesos a los cuales no se entregase; pegaría a su madre cuando tardara demasiado en darle de mamar; estrangularía a algunos de sus hermanos menores cuando lo incomodasen; mordería la pierna a otro al ser contrariado. Pero ser robusto y a la vez depender de otro son dos suposiciones contradictorias. El hombre es débil cuando depende de otro y se emancipa antes de convertirse en un ser fuerte.

Hobbes no ha visto que la misma causa que impide a los salvajes usar de su razón, como lo pretenden nuestros jurisconsultos, les impide asimismo abusar de sus facultades, según lo pretende él mismo; de suerte que podría decirse que los salvajes no son malos precisamente porque no saben lo que es ser buenos, pues no es ni el desarrollo de sus facultades ni el freno de la ley, sino la calma de las pasiones y la ignorancia del vicio lo que les impide hacer mal. *Tanto plus in illis proficit vitiorum ignorantia quam in his cognitio virtutis*. Hay, además, otro principio del cual Hobbes no se ha percatado, y que habiendo sido dado al hombre para dulcificar en determinadas circunstancias la ferocidad de su amor propio o el deseo de conservación antes del nacimiento de éste¹⁵, modera o disminuye el ardor que siente por su bienestar a causa de la repugnancia innata que experimenta ante el sufrimiento de sus semejantes. No creo caer en ninguna contradicción al conceder al hombre la única virtud natural que ha estado obligado a reconocerle hasta el más exagerado detractor de las virtudes humanas. Hablo de la piedad, disposición propia a seres tan débiles y sujetos a tantos males como lo somos nosotros, virtud tanto más universal y útil al hombre, cuanto que precede a toda reflexión, y tan natural que aun las mismas bestias dan a veces muestras sensibles de ella. Haciendo caso omiso de la ternura de las madres por sus hijos y de los peligros que corren para librarlos del mal, obsérvese diariamente la repugnancia que sienten los caballos al pisar o atropellar un cuerpo vivo. Ningún animal pasa cerca de otro animal muerto, de su especie, sin experimentar cierta inquietud: hay algunos que hasta le dan una especie de sepultura, y los tristes mugidos del ganado al entrar a un matadero, anuncian la impresión que le causa el horrible espectáculo que presencia. Vese con placer al autor de *La fábula de las Abejas*, obligado a reconocer en el hombre un ser

compasivo y sensible, salir, en el ejemplo que ofrece, de su estilo frío y sutil para pintarnos la patética imagen de un hombre encerrado que contempla a lo lejos una bestia feroz arrancando un niño del seno de su madre, triturando con sus sanguinarios dientes sus débiles miembros y destrozando con las uñas sus entrañas palpitantes. ¡Qué horrorosa agitación no experimentará el testigo de este acontecimiento al cual, sin embargo, no le une ningún interés personal! ¡Qué angustia no sufrirá al ver que no puede prestar ningún auxilio a la madre desmayada ni al hijo expirante!

Tal es el puro movimiento de la naturaleza, anterior a toda reflexión, tal es la fuerza de la piedad natural, que las más depravadas costumbres son impotentes a destruir, pues que se ve a diario en nuestros espectáculos enternecerse y llorar ante las desgracias de un infortunado que, si se encontrase en lugar del tirano, agravaría aun los tormentos de su enemigo; semejante al sanguinario Scylla, tan sensible a los males que él no había causado, o a Alejandro de Piro, que no osaba asistir a la representación de ninguna tragedia, por temor de que le vieran gemir con Andrómaca y Príamo, mientras que oía sin emoción los gritos de tantos ciudadanos degollados todos los días por orden suya.

*Mollissima corda
Humano generi
dare se natura
fatetur,
Quae lacrimas
dedit.*

Juv. , Sat. XV, v. 131.

Mandeville ha comprendido bien que con toda su moral los hombres no habrían sido siempre más que monstruos, si la naturaleza no les hubiera dado la piedad en apoyo de la razón; pero no ha visto que de esta sola cualidad derívanse todas las virtudes sociales que quiere disputar a los hombres. En efecto, ¿qué es la generosidad, la clemencia, la humanidad, sino la piedad aplicada a los débiles, a los culpables, o a la especie humana en general? La benevolencia y la amistad misma son, bien entendidas, producciones de una piedad constante, fijada sobre un objeto particular, porque desear que nadie sufra, ¿qué otra cosa es sino desear que sea dichoso? Aun cuando la conmiseración no fuese más que un sentimiento que nos coloca en lugar del que sufre, sentimiento oscuro, y vivo en el hombre salvaje, desarrollado pero débil en el hombre civilizado, ¿qué importaría esta idea ante la verdad de lo que digo, sin darle mayor fuerza? Efectivamente, la conmiseración será tanto más enérgica, cuanto más íntimamente el animal espectador se identifique con el animal que sufre. Ahora, es evidente que esta identificación ha debido ser infinitamente más íntima en el estado natural que en el estado de raciocinio. La razón engendra el amor propio y

la reflexión la fortifica; es ella la que reconcentra al hombre en sí mismo; es ella la que lo aleja de todo lo que le molesta y aflige. La filosofía lo aísla impulsándolo a decir en secreto, ante el aspecto de un hombre enfermo: "Perece, si quieres, que yo estoy en seguridad." Únicamente los peligros e la sociedad entera turban el tranquilo sueño del filósofo y hácenle abandonar su lecho. Impunemente puede degollarse a un semejante bajo su ventana, le bastará con taparse los oídos y argumentarse un poco para impedir que la naturaleza se rebele y se identifique con el ser que asesinan. El hombre salvaje no posee este admirable talento, y falto de sabiduría y de razón, se le ve siempre entregarse atolondradamente al primer sentimiento de humanidad. En los tumultos, en las querellas en las calles, el populacho se aglomera, el hombre prudente se aleja. La canalla, las mujeres del pueblo, son las que separan a los combatientes e impiden que se maten las gentes honradas. Es, pues, perfectamente cierto que la piedad es un sentimiento natural que, moderando en cada individuo el exceso de amor propio, contribuye a la conservación mutua de toda la especie. Es ella la que nos lleva sin reflexión a socorrer a los que vemos sufrir; ella la que, en el estado natural, sustituye las leyes, las costumbres y la virtud, con la ventaja de que nadie intenta desobedecer su dulce voz; es ella la que impedirá a todo salvaje robusto quitar al débil niño o al anciano enfermo su subsistencia, adquirida penosamente, si tiene la esperanza de encontrar la suya en otra parte; ella la que, en vez de esta sublime máxima de justicia razonada: *Haz a otro lo mismo que quieras que te hagan a ti*, inspira a todos los hombres esta otra de bondad natural, menos perfecta, pero más útil tal vez que la precedente: *Haz tú bien con el menor mal posible a los otros*. Es, en una palabra, en este sentimiento natural, más que en argumentos sutiles, donde debe buscarse la causa de la repugnancia que todo hombre experimenta al hacer mal, aun independientemente de las máximas de la educación. Aun cuando sea posible a Sócrates y a los espíritus de su temple adquirir la virtud por medio de la razón, ha mucho tiempo que el género humano hubiera dejado de existir si su conservación sólo hubiese dependido de los razonamientos de los que lo componen.

Con las pasiones tan poco activas y un freno tan saludable, los hombres, más bien feroces que malos, y más atentos a preservarse del mal que pudiese sobrevenirles que tentados de hacerlo a los demás, no estaban sujetos a desavenencias muy peligrosas. Como no tenían ninguna especie de comercio entre ellos y no conocían por consecuencia ni la vanidad ni la consideración, ni la estimación, ni el desprecio; como no tenían la menor noción de lo tuyo y de lo mío, ni verdadera idea de la justicia; como consideraban las violencias de que podían ser objeto como un mal fácil de reparar y no como una injuria que es preciso castigar, y como no pensaban siquiera en la venganza, a no ser tal vez maquinalmente y sobre la marcha, al igual del perro que muerde la piedra que le arrojan, sus disputas rara vez hubieran tenido resultados sangrientos si sólo hubiesen tenido como causa sensible la cuestión del alimento. Pero veo una más peligrosa de la cual faltame hablar.

Entre las pasiones que agitan el corazón del hombre, hay una ardiente, impetuosa, que hace un sexo necesario al otro; pasión terrible que afronta todos los peligros, vence todos los obstáculos y que en sus furores, parece destinado a destruir al género humano en vez de conservarlo. ¿Qué serían los hombres víctimas de esta rabia desenfrenada y brutal, sin pudor, sin moderación y disputándose diariamente sus amores a costa de su sangre? Es preciso convenir ante todo en que, cuanto más violentas son las pasiones más necesarias son las leyes para contenerlas. Pero además de los desórdenes y crímenes que estas pasiones causan diariamente, demuestran suficientemente la insuficiencia de ellas al respeto, por lo cual sería conveniente examinar si tales desórdenes no han nacido con ellas, porque entonces, aun cuando fuesen eficaces para reprimirlos, lo menos que podría exigírseles sería que impidiesen un mal que no existiría sin ellas.

Principiemos por distinguir lo moral de lo físico en el sentimiento del amor. Lo físico es ese deseo general que impulsa un sexo a unirse a otro. Lo moral determina este deseo, fijándolo en un objeto exclusivo, o al menos, haciendo sentir por tal objeto preferido un mayor grado de energía. Ahora, es fácil ver que lo moral en el amor es un sentimiento ficticio, nacido de la vida social y celebrado por las mujeres con mucha habilidad y esmero para establecer su imperio y dominar los hombres. Estando este sentimiento fundado sobre ciertas nociones de mérito o de belleza que un salvaje no está en estado de concebir, y sobre ciertas comparaciones que no puede establecer, debe ser casi nulo para él, pues como su espíritu no ha podido formarse ideas abstractas de regularidad y de proporción, su corazón no es más susceptible a los sentimientos de admiración y de amor que, aun sin percibirse, nacen de la aplicación de estas ideas; déjase guiar únicamente por el temperamento que ha recibido de la naturaleza y no por el gusto que no ha podido adquirir y toda mujer satisface sus deseos.

Limitados al solo amor material, y bastante dichosos para ignorar esas preferencias que irritan el sentimiento aumentando las dificultades, los hombres deben sentir con menos frecuencia y menos vivacidad los ardores del temperamento, y por consecuencia, ser entre ellos las disputas más raras y menos crueles. La imaginación que tantos estragos hace entre nosotros, no afecta en nada a los corazones salvajes; cada cual espera apaciblemente el impulso de la naturaleza, se entrega a él sin escoger, con más placer que furor, y una vez la necesidad satisfecha, todo deseo se extingue.

Es, pues, un hecho indiscutible que el mismo amor como todas las otras pasiones, no ha adquirido en la sociedad ese ardor impetuoso que lo hace tan a menudo funesto a los hombres, siendo tanto más ridículo representar a los salvajes como si se estuviesen matando sin cesar para saciar su brutalidad, cuanto que esta opinión es absolutamente contraria a la experiencia, pues los caribes, que es hasta ahora, de los pueblos existentes, el que menos se ha alejado del estado natural, son precisamente los más sosegados en sus amores y los menos sujetos a los celos, a

pesar de que viven bajo un clima ardiente que parece prestar constantemente a sus pasiones una mayor actividad.

Respecto a las inducciones que podrían hacerse de los combates entre los machos de diversas especies animales, que ensangrentan en todo tiempo nuestros corrales o que hacen retumbar en la primavera nuestras selvas con sus gritos disputándose las hembras, preciso es comenzar por excluir todas las especies en las cuales la naturaleza ha manifiestamente establecido en la relativa potencia de los sexos otras relaciones distintas a las nuestras. Así las riñas de los gallos no constituyen una inducción para la especie humana. En las especies donde la proporción es mejor observada, tales combates no pueden tener por causa sino la escasez de las hembras en comparación al número de machos o los exclusivos intervalos durante los cuales la hembra rechaza constantemente la aproximación del macho lo cual equivale a lo mismo, pues si cada hembra no acepta el macho más que durante dos meses del año, es, desde este punto de vista, como si el número de hembras estuviese reducido a menos de cinco sextas partes. Ahora, ninguno de estos dos casos es aplicable a la especie humana, en donde el número de mujeres excede generalmente al de los hombres y en donde jamás se ha observado, ni aun entre los salvajes, que las mujeres tengan, como las hembras de otras especies, épocas de celo y periodos de exclusión. Además, entre muchos de estos animales, entrando toda la especie a la vez en estado de efervescencia, viene un momento terrible de ardor común, de tumulto, de desorden y de combate, momento que no existe para la especie humana, en la cual el amor no es jamás periódico. No puede, por lo tanto, deducirse de los combates de ciertos animales por la posesión de las hembras, que la misma cosa ocurriera al hombre en el estado natural, y aun cuando pudiese sacarse esta conclusión, como estas disensiones no destruyen las demás especies, debe creerse al menos que no serían tampoco más funestas a la nuestra, siendo hasta muy factible que causasen menos estragos en ella que los que ocasionan en la vida social, sobre todo en los países donde, respetándose en algo las costumbres, los celos de los amantes y la venganzade los maridos originan a diario duelos, asesinatos y aun cosas peores; en donde el deber de una eterna fidelidad, sólo sirve para cometer adulterios, y en donde las leyes mismas de la continencia y del honor aumentan necesariamente el libertinaje y multiplican los abortos.

Digamos, pues, para concluir que, errantes en las selvas, sin industria, sin palabra, sin domicilio, sin guerras y sin alianzas, sin ninguna necesidad de sus semejantes como sin ningún deseo de hacerles mal y aun hasta sin conocer tal vez a ninguno individualmente, el hombre salvaje, sujeto a pocas pasiones y bastándose a sí mismo, no tenía más que los sentimientos y las luces propias a su estado; no sentía más que sus verdaderas necesidades, no observaba más que lo que creía de interés ver y su inteligencia no hacía mayores progresos que su vanidad. Si por casualidad hacía algún descubrimiento, podía con tanta menos facilidad comunicarlo cuanto que desconocía hasta sus propios hijos. El arte perecía con el inventor. No había ni

educación ni progreso; las generaciones se multiplicaban inútilmente partiendo todas del mismo punto, los siglos transcurrían en toda la rudeza de las primeras edades, la especie había ya envejecido y el hombre permanecía siendo un niño.

Si me he extendido tanto acerca de la supuesta condición primitiva, ha sido porque habiendo antiguos errores y prejuicios inventados que destruir, he creído deber profundizar hasta la raíz y demostrar, en el verdadero cuadro de la naturaleza, cuán distante está la desigualdad, aun la natural, de tener la realidad e influencia que pretenden nuestros escritores.

En efecto, fácil es ver que entre las diferencias que distinguen a los hombres, muchas que pasan por naturales son únicamente obra del hábito y de los diversos géneros de vida que adoptan en la sociedad. Así, un temperamento robusto o delicado, o bien la fuerza o la debilidad que de ellos emane, provienen a menudo más de la manera ruda o afeminada como se ha sido educado que de la constitución primitiva del cuerpo. Sucede lo mismo con las fuerzas del espíritu. La educación no solamente establece la diferencia entre las inteligencias cultivadas y las que no lo están, sino que la aumenta entre las primeras en proporción de la cultura; pues si un gigante y un enano caminan en la misma dirección, cada paso que dé aquél será una nueva ventaja que adquirirá sobre éste. Ahora, si se compara la prodigiosa diversidad de educación y de géneros de vida que reinan en las diferentes clases de la sociedad con la simplicidad y uniformidad de la vida animal y salvaje, en la cual todos se nutren con los mismos alimentos, viven de la misma manera y ejecutan exactamente las mismas operaciones, se comprenderá cuán menor debe ser la diferencia de hombre a hombre en el estado natural en la especie humana a causa de la desigualdad de instituciones.

Pero aun cuando la naturaleza afectase en la distribución de sus dones tantas preferencias como se pretende, ¿qué ventajas sacarían de ellas los más favorecidos en perjuicio de los otros, en un estado de cosas que no admitiría casi ninguna clase de relación entre ellos? Donde no exista el amor, ¿de qué servirá la belleza? Y de ¿qué la inteligencia a gentes que no hablan, ni la astucia a los que no tienen negocios? Oigo repetir siempre que los más fuertes oprimirán a los más débiles; mas quisiera que se me explicara lo que quieren decir o lo que entienden por opresión. Unos dominarán con violencia, los otros gemirán sujetos a todos sus caprichos. He allí precisamente lo que yo observo entre nosotros, mas no comprendo cómo pueda decirse otro tanto del hombre salvaje, a quien sería penoso hacerle entender lo que es esclavitud y dominación. Un hombre podrá perfectamente apoderarse de las frutas que otro haya cogido, de la caza y del antro que le servía de refugio, pero ¿cómo llegará jamás al extremo de hacerse obedecer? Y ¿cuáles podrían ser las cadenas de dependencia entre hombres que no poseen nada? Si se me arroja de un árbol, quedo en libertad de irme a otro; si se me atormenta en un sitio, ¿quién me impedirá de trasladarme a otro? ¿Encuétrase un hombre de una fuerza muy superior a la mía y bastante más depravado, más perezoso y más feroz para obligarme a proporcionarle

su subsistencia mientras él permanece ocioso? Es preciso que se resuelva a no perderme de vista un solo instante, a tenerme amarrado cuidadosamente y muy bien mientras duerma, por temor de que me escape o que lo mate; es decir, estará obligado a exponerse a un trabajo mucho más grande que el que trata de evitarse y que el mismo que me impone. Después de todo eso, descuida un momento su vigilancia; un ruido imprevisto le hace volver la cabeza, yo doy veinte pasos en la selva, mis ligaduras están rotas y no vuelve a verme durante toda su vida.

Sin prolongar inútilmente estos detalles, cada cual puede ver que, no estando formados los lazos de la esclavitud más que por la dependencia mutua de los hombres y las necesidades recíprocas que los unen, es imposible avasallar a nadie sin haberlo antes colocado en situación de no poder prescindir de los demás; situación que, no existiendo en el estado natural, deja a todos libres del yugo y hace quimérica la ley del más fuerte.

Después de haber probado que la desigualdad es apenas sensible en el estado natural y que su influencia es casi nula, réstame demostrar su origen y sus progresos en los sucesivos desarrollos del espíritu humano. Demostrado que la perfectibilidad, las virtudes sociales y las demás facultades que el hombre salvaje recibiera no podían jamás desarrollarse por sí mismas, sino que han tenido necesidad para ello del concurso fortuito de varias causas extrañas, que podían no haber surgido jamás, y sin las cuales habría vivido eternamente en su condición primitiva, fáltame considerar y unir las diferentes circunstancias que han podido perfeccionar la razón humana deteriorando la especie, que han convertido el ser en malo al hacerlo sociable, y desde tiempos tan remotos, trae al fin el hombre y el mundo a la condición actual en que los vemos.

Como los acontecimientos que tengo que describir han podido sucederse de diversas maneras, confieso que no puedo decidirme a hacer su elección más que por simples conjeturas; pero además de que éstas son las más razonables y probables que pueden deducirse de la naturaleza de las cosas y los únicos medios de que podemos disponer para descubrir la verdad, las consecuencias que sacaré no serán por eso conjeturables, puesto que respecto a los principios que acabo de establecer, no podría formularse ningún otro sistema que no dé los mismos resultados y del cual no se pueda obtener iguales conclusiones.

Esto me eximirá de extender mis reflexiones acerca de la manera cómo el lapso de tiempo compensa la poca verosimilitud de los acontecimientos sobre el poder sorprendente de causas muy ligeras cuando éstas obran sin interrupción; de la imposibilidad en que estamos, de una parte, de destruir ciertas hipótesis, si de la otra nos encontramos sin los medios de darles el grado de estabilidad de los hechos; de que dos acontecimientos, aceptados como reales, ligados por una serie de hechos intermediarios, desconocidos o considerados como tales, es a la historia, cuando existe, a quien corresponde establecerlos, y en defecto de ésta, a la filosofía determinar las causas semejantes que pueden ligarlos; en fin, de que en materia de

acontecimientos, la similitud los reduce a un número mucho más pequeño de clases diferentes de lo que puede imaginarse. Bástame ofrecer tales propósitos a la consideración de mis jueces, y haber obrado de suerte que el vulgo no tenga necesidad de examinarlos.

PARTE SEGUNDA

El primero que, habiendo cercado un terreno, descubrió la manera de decir: *Esto me pertenece*, y halló gentes bastante sencillas para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Qué de crímenes, de guerras, de asesinatos, de miserias y de horrores no hubiese ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o llenando la zanja, hubiese gritado a sus semejantes: "Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos pertenecen a todos y que la tierra no es de nadie! "Pero hay grandes motivos para suponer que las cosas habían ya llegado al punto de no poder continuar existiendo como hasta entonces, pues dependiendo la idea de propiedad de muchas otras ideas anteriores que únicamente han podido nacer sucesivamente, no ha podido engendrarse repentinamente en el espíritu humano. Han sido precisos largos progresos, conocer la industria, adquirir conocimientos, transmitirlos y aumentarlos de generación en generación, antes de llegar a este último término del estado natural. Tomemos, pues, de nuevo las cosas desde su más remoto origen y tratemos de reunir, para abarcarlos desde un solo punto de vista, la lenta sucesión de hechos y conocimientos en su orden más natural.

El primer sentimiento del hombre fue el de su existencia; su primer cuidado el de su conservación. Los productos de la tierra le proveían de todos los recursos necesarios, y su instinto lo llevó a servirse de ellos. El hambre, y otros apetitos, hicieronle experimentar alternativamente diversas maneras de vivir, entre las cuales hubo una que lo condujo a perpetuar su especie; mas esta ciega inclinación, desprovista de todo sentimiento digno, no constituía en él más que un acto puramente animal, pues satisfecha la necesidad, los dos sexos no se reconocían y el hijo mismo no era nada a la madre tan pronto como podía pasarse sin ella.

Tal fue la condición del hombre primitivo; la vida de un animal, limitada en un principio a las puras sensaciones y, aprovechándose apenas de los dones que le ofrecía la naturaleza sin pensar siquiera en arrancarle otros. Pero pronto se presentaron dificultades que fue preciso aprender a vencer: la altura de los árboles que le impedía alcanzar sus frutos, la concurrencia de los animales que buscaba para

alimentarse, la ferocidad de los que atentaban contra su propia vida, todo le obligó a dedicarse a los ejercicios del cuerpo, siéndole preciso hacerse ágil, ligero en la carrera y vigoroso en el combate. Las armas naturales, que son las ramas de los árboles y las piedras, pronto encontráronse al alcance de su mano y en breve aprendió a vencer los obstáculos de la naturaleza, a combatir en caso de necesidad con los demás animales, a disputar su subsistencia a sus mismos semejantes o a resarcirse de lo que le era preciso ceder al más fuerte.

A medida que el género humano se extendió, los trabajos y dificultades se multiplicaron con los hombres. La variedad de terrenos, de climas, de estaciones, obligóles a establecer diferencias en su manera de vivir. Los años estériles, los inviernos largos y rudos, los veranos ardientes que todo lo consumen, exigieron de ellos una nueva industria. En las orillas del mar y de los ríos inventaron el sedal y el anzuelo y se hicieron pescadores e ictiófagos. En las selvas construyéronse arcos y flechas y se convirtieron en cazadores y guerreros. En los países fríos cubriéronse con las pieles de los animales que habían matado. El trueno, un volcán o cualquiera otra feliz casualidad les hizo conocer el fuego, nuevo recurso contra el rigor del invierno; aprendieron a conservar este elemento, después a reproducirlo y por último, a preparar con él las carnes que antes devoraban crudas.

Esta reiterada aplicación de elementos extraños y distintos los unos a los otros, debió engendrar naturalmente en el espíritu del hombre la percepción de ciertas relaciones. Las que expresamos hoy por medio de las palabras grande, pequeño, fuerte, débil, veloz, lento, miedoso, atrevido y otras semejantes, comparadas en caso de necesidad y casi sin darnos cuenta de ello, produjeron al fin en él cierta especie de reflexión o más bien una prudencia maquinal que le indicaba las precauciones más necesarias que debía tomar para su seguridad.

Los nuevos conocimientos que adquirió en este desenvolvimiento aumentaron, haciéndole conocer su superioridad sobre los otros animales. Adiestróse en armarles trampas o lazos y a burlarse de ellos de mil maneras, aunque muchos le sobrepujasen en fuerza o en agilidad convirtiéndose con el tiempo en dueño de los que podían servirle y en azote de los que podían hacerle daño. Fue así como, al contemplarse superior a los demás seres, tuvo el primer movimiento de orgullo, y considerándose el primero por su especie, se preparó con anticipación a adquirir el mismo rango individualmente.

Aunque sus semejantes no fuesen para él lo que son para nosotros, y aun cuando apenas si tenía más comercio con ellos que con los otros animales, no fueron por eso olvidados en sus observaciones. Las conformidades que con el transcurso del tiempo pudo descubrir entre ellos y entre sus hembras, le hicieron juzgar de las que no había percibido, y viendo que se conducían todos como él lo habría hecho en análogas circunstancias, dedujo que su manera de pensar y de sentir era enteramente igual a la suya; importante verdad que, bien establecida en su espíritu, le hizo seguir, por un presentimiento tan seguro y más rápido que la dialéctica, las mejores reglas

de conducta que, en provecho y seguridad propias, conveníale observar para con ellos.

Sabiendo por experiencia que el deseo del bienestar es el único móvil de las acciones humanas, encontróse en estado de distinguir las raras ocasiones en que por interés común debía contar con el apoyo de sus semejantes, y las más raras aún en que la concurrencia debía hacerle desconfiar de ellos. En el primer caso, uníase con ellos formando una especie de rebaño o de asociación libre que no obligaba a nadie a ningún compromiso y que no duraba más que el tiempo que la necesidad pasajera había impuesto. En el segundo, cada cual trataba de adquirir sus ventajas, ya por la fuerza, si se creía con el poder suficiente, ya por la destreza y sutilidad si se sentía débil.

He allí cómo los hombres pudieron insensiblemente adquirir alguna imperfecta idea de las obligaciones mutuas y de la ventaja de cumplirlas, aunque solamente hasta donde podía exigirlo el interés sensible y del momento, pues la previsión no existía para ellos; y lejos de preocuparse por un remoto porvenir, no soñaban siquiera en el mañana. Si se trataba de coger un ciervo, cada cual consideraba que debía guardar fielmente su puesto, pero si una liebre acertaba a pasar al alcance de algunos de ellos, no cabía la menor duda que la perseguía sin ningún escrúpulo, y que apresada, se cuidaba muy poco de que sus compañeros perdiesen la suya.

Fácil es comprender que un comercio semejante no exigía un lenguaje mucho más perfeccionado que el de las cornejas o el de los monos que se agrupan más o menos lo mismo. Gritos inarticulados, muchos gestos, y algunos ruidos imitativos debieron constituir por largo tiempo la lengua universal, la que adicionada en cada comarca con algunos sonidos articulados y convencionales, de los cuales, como ya he expresado, no es muy fácil explicar la institución, ha dado origen a las lenguas particulares, rudas, imperfectas y semejantes casi a las que poseen todavía hoy algunas naciones salvajes.

Recorro con la velocidad de una flecha la multitud de siglos transcurridos, impulsado por el tiempo que se desliza, por la abundancia de cosas que tengo que decir y por el progreso casi insensible del hombre en sus orígenes, pues mientras con más lentitud sucédense los acontecimientos, con mayor prontitud se describen.

Estos primeros progresos pusieron al fin al hombre en capacidad de realizar otros más rápidos, pues a medida que la inteligencia se cultiva y desarrolla, la industria se perfecciona. Pronto, cesando de dormir bajo el primer árbol que encontraba o de retirarse a las cavernas, descubrió cierta especie de hachas de piedra duras y cortantes que le sirvieron para cortar la madera, cavar la tierra y hacer chozas de paja que en seguida cubría con arcilla. Constituyó ésa la época de una primera evolución que dio por resultado el establecimiento y la distinción de las familias y que introdujo una como especie de propiedad que dio origen al instante a querellas y luchas entre ellos.

Sin embargo, como los más fuertes han debido ser, según todas las apariencias, los

primeros en construirse viviendas por sentirse capaces de defenderlas, es de creerse que los más débiles consideraron que el camino más corto y el más seguro era el de imitarlos antes que intentar desalojarlos. Y en cuanto a los que poseían ya cabañas, ninguno debió tratar de apropiarse la de su vecino, no tanto porque no le pertenecía, cuanto porque le era inútil y porque no podía apoderarse de ella sin exponerse a una ardiente lucha con la familia que la ocupaba.

Las primeras manifestaciones del corazón fueron hijas de la nueva situación que reunía en morada común marido y mujeres, padres e hijos. El hábito de vivir juntos engendró los más dulces sentimientos que hayan sido jamás conocidos entre los hombres: el amor conyugal y el amor paternal. Cada familia quedó convertida en una pequeña sociedad, tanto mejor establecida, cuanto que el afecto recíproco y la libertad eran los únicos lazos de unión. Fue entonces cuando se fijó o se consolidó por primera vez la diferencia en la manera de vivir de los dos sexos, que hasta aquel momento no había existido. Las mujeres se hicieron más sedentarias y se acostumbraron a guardar la cabaña y los hijos, mientras que el hombre se dedicaba a buscar la subsistencia común. Los dos sexos comenzaron así mediante una vida algo más dulce, a perder un poco de su ferocidad y de su vigor. Mas si cada uno, separadamente, hízose menos apto o más débil para combatir las bestias feroces, en cambio le fue más fácil juntarse para resistirlas en común.

En este nuevo estado, con una vida inocente y solitaria, con necesidades muy limitadas y contando con los instrumentos que habían inventado para proveer a ellas, los hombres, disponiendo de gran tiempo desocupado, lo emplearon en procurarse muchas suertes de comodidades desconocidas a sus antecesores, siendo éste el primer yugo que se impusieron sin darse cuenta de ello, y el principio u origen de los males que prepararon a sus descendientes, porque además de que continuaron debilitándose el cuerpo y el espíritu, habiendo sus comodidades perdido casi por la costumbre el goce o atractivo que antes tenían, y habiendo a la vez degenerado en verdaderas necesidades, su privación hízose mucho más cruel que dulce y agradable había sido su adquisición; constituyendo, en consecuencia, una desdicha perderlas sin ser felices poseyéndolas.

Puede entreverse algo mejor cómo en tales condiciones el uso de la palabra se estableció o se perfeccionó insensiblemente en el seno de cada familia, y aun conjeturarse cómo diversas causas particulares pudieron extenderla y acelerar su progreso haciéndola más necesaria.

Grandes inundaciones o temblores de tierra debieron rodear de agua o de precipicios, comarcas habitadas, y otras revoluciones del globo descender y convertir en islas porciones del continente. Concíbese que entre hombres así unidos y obligados a vivir juntos, debió formarse un idioma común primero que entre aquellos que andaban errantes por las selvas de la tierra firme. Así, pues, es muy posible que después de sus primeros ensayos de navegación, hayan sido los insulares, los que introdujeran entre nosotros el uso de la palabra, siendo al menos muy verosímil que

tanto la sociedad como las lenguas hayan nacido y perfeccionádose en las islas, antes de ser conocidas en el continente.

Todo comienza a cambiar de aspecto. Los hombres que hasta entonces andaban errantes en los bosques, habiendo fijado una residencia, se acercan unos a otros lentamente, se reúnen en grupos diversos y forman al fin en cada comarca una nación particular ligada por los lazos de las costumbres y el carácter, no por reglamentos ni leyes, sino por el mismo género de vida y de alimentación y por la influencia común del clima.

Una vecindad permanente no puede dejar de engendrar con el tiempo alguna relación entre diversas familias. Jóvenes de ambos sexos habitan cabañas vecinas; el contacto pasajero impuesto por la naturaleza los lleva bien pronto a otro no menos dulce y más duradero, originado por la mutua frecuentación. Acostúmbranse a observar diferentes objetos y a hacer comparaciones, adquiriendo insensiblemente ideas respecto al mérito y a la belleza que producen el sentimiento de la preferencia. A fuerza de verse, llegan a no poder prescindir de hacerlo. Un sentimiento tierno y dulce insinúase en el alma, el cual, a la menor oposición conviértese en furor impetuoso. Con el amor despiértanse los celos, la discordia triunfa y la más dulce de las pasiones recibe sacrificios de sangre humana.

A medida que las ideas y los sentimientos se suceden, que el espíritu y el corazón se ejercitan, el género humano continúa haciéndose más dócil, las relaciones se extienden y los lazos se estrechan cada vez más. Establécese la costumbre de reunirse delante de las cabañas o alrededor de un gran árbol y el canto y el baile, verdaderos hijos del amor y de la ociosidad, conviértense en la diversión, o mejor dicho, en la ocupación de hombres y mujeres reunidos. Cada cual comienza a mirar a los demás y a querer a su vez ser mirado, consagrándose así un estímulo y una recompensa a la estimación pública. El que cantaba o el que bailaba mejor, el más bello, el más fuerte, el más sagaz o el más elocuente fue el más considerado, siendo éste el primer paso dado hacia la desigualdad y hacia el vicio al mismo tiempo, pues de esas preferencias nacieron la vanidad y el desprecio por una parte y la vergüenza y la envidia por otra, y la fermentación causada por estas nuevas levaduras, produjo, al fin, compuestos funestos a la felicidad y a la inocencia.

Tan pronto como los hombres comenzaron a apreciarse mutuamente, tomando forma en su espíritu la idea de la consideración, cada uno pretendió tener derecho a ella, sin que fuese posible faltar a nadie impunemente. De allí surgieron los primeros deberes impuestos por la civilización, aun entre los mismos salvajes y de allí toda falta voluntaria convirtiéndose en ultraje, pues con el mal que resultaba de la injuria, el ofendido veía el desprecio a su persona, a menudo más insoportable que el mismo mal. Fue así como, castigando cada uno el desprecio de que había sido objeto, de manera proporcional al caso, según su entender, las venganzas hiciéronse terribles y los hombres sanguinarios y crueles. He aquí precisamente el grado a que se habían elevado la mayor parte de los pueblos salvajes que nos son conocidos, y que por no

haber distinguido suficientemente las ideas ni tenido en consideración cuán distante estaban ya del estado natural, muchos se han apresurado a deducir que el hombre es naturalmente cruel y que hay necesidad de la fuerza para civilizarlo, cuando nada puede igualársele en dulzura en su estado primitivo; entretanto que, colocado por la naturaleza a distancia igual de la estupidez de los brutos y de los conocimientos del hombre civilizado, y limitado igualmente por el instinto y la razón a guardarse del mal que le amenaza, es impedido por la piedad natural para hacerlo a nadie, sin causa justificada, aun después de haberlo recibido; pues de acuerdo con el axioma del sabio Locke, *no puede existir injuria donde no hay propiedad*.

Mas es preciso considerar que la sociedad organizada y establecidas ya las relaciones entre los hombres, éstas exigían cualidades diferentes de las que tenían en su primitivo estado; que comenzando la idea de la moralidad a introducirse en las acciones humanas, sin leyes, y siendo cada cual juez y vengador de las ofensas recibidas, la bondad propia al simple estado natural no era la que convenía a la sociedad ya naciente; que era preciso que el castigo fuera más severo a medida que las ocasiones de ofender hacíanse más frecuentes y que el terror a la venganza sustituyese el freno de las leyes. Así, aun cuando los hombres fuesen menos pacientes y sufridos y aun cuando la piedad natural hubiese ya experimentado alguna alteración, este período del desarrollo de las facultades humanas, conservando un justo medio entre la indolencia del estado primitivo y la petulante actividad de nuestro amor propio, debió ser la época más dichosa y más duradera. Cuanto más se reflexiona, más se ve que este período fue el menos sujeto a las transformaciones y el mejor al hombre¹⁶, del cual debió salir por un funesto azar que, por utilidad común, no ha debido jamás llegar. El ejemplo de los salvajes que se han encontrado casi todos en este estado, parece confirmar que el género humano fue creado para permanecer siempre en el mismo, que representa la verdadera juventud del mundo, y que todos los progresos ulteriores han sido, en apariencia, otros tantos pasos dados hacia la perfección del individuo, pero en efecto y en realidad hacia la decrepitud de la especie.

Mientras que los hombres se contentaron con sus rústicas cabañas, mientras que se limitaron a coser sus vestidos de pieles con espinas o aristas, a adornarse con plumas y conchas, a pintarse el cuerpo de diversos colores, a perfeccionar o a embellecer sus arcos y flechas, a construir con piedras cortantes algunas canoas de pescadores o toscos instrumentos de música; en una palabra, mientras se dedicaron a obras que uno solo podía hacer y a las artes que no exigían el concurso de muchas manos, vivieron libres, sanos, buenos y dichosos, hasta donde podían serlo dada su naturaleza, y continuaron gozando de las dulzuras de un comercio independiente; pero desde el instante en que un hombre tuvo necesidad del auxilio de otro, desde que se dio cuenta que era útil a uno tener provisiones para dos, la igualdad desapareció, la propiedad fue un hecho, el trabajo se hizo necesario y las extensas selvas transformáronse en risueñas campiñas que fue preciso regar con el sudor de

los hombres, y en las cuales vióse pronto la esclavitud y la miseria germinar y crecer al mismo tiempo que germinaban y crecían las mieses.

La metalurgia y la agricultura fueron las dos artes cuya invención produjo esta gran revolución. Para el poeta, fueron el oro y la plata, pero para el filósofo, fueron el hierro y el trigo los que civilizaron a los hombres y perdieron el género humano. Tan desconocidas eran ambas artes a los salvajes de América, que a causa de ello continuaban siéndolo todavía; los otros pueblos parece también que han permanecido en estado de barbarie, mientras han practicado una de éstas sin otra. Y una tal vez de las mejores razones por la cual la Europa ha sido, si no más antes, al menos más constantemente culta que las otras partes del mundo, depende del hecho de ser a la vez la más abundante en hierro y la más fértil en trigo.

Es difícil conjeturar cómo los hombres han llegado a conocer y a saber emplear el hierro, pues no es creíble que hayan tenido la idea de sacarlo de la mina y de separarlo convenientemente para ponerlo en fusión antes de saber lo que podía resultar de tal operación. Por otra parte, este descubrimiento puede tanto menos atribuirse a un incendio casual, cuanto que las minas no se forman sino en lugares áridos y desprovistos de árboles y plantas; de suerte que podría decirse que la naturaleza tomó sus precauciones para ocultarnos este fatal secreto.

Sólo, pues, la circunstancia extraordinaria de algún volcán arrojando materias metálicas en fusión, ha podido sugerir a los observadores la idea de imitar a la naturaleza; y aun así, es preciso suponerles mucho valor y gran previsión para emprender un trabajo tan penoso y para considerar o pensar en las ventajas que de él podían obtener, lo cual es propio de hombres más ejercitados de lo que ellos debían estar.

En cuanto a la agricultura, sus principios fueron conocidos mucho tiempo antes de que fuesen puestos en práctica, pues no es posible que los hombres, sin cesar ocupados en procurarse su subsistencia de los árboles y de las plantas, no hubieran pronto tenido la idea de los medios que la naturaleza emplea para la generación de los vegetales; mas probablemente su industria no se dedicó sino muy tarde a este ramo, ya porque los árboles, que con la caza y la pesca, proveían a su sustento, no tenían necesidad de sus cuidados, ya por falta de conocer el uso del trigo, ya por carecer de instrumentos para cultivarlo, ya por falta de previsión de las necesidades del mañana, o ya, en fin, por no disponer de los medios para evitar que los otros se apropiasen del fruto de su trabajo. Ya más industriosos, puede suponerse que con piedras y palos puntiagudos comenzaron por cultivar algunas legumbres o raíces alrededor de sus cabañas, mucho tiempo antes de saber preparar el trigo y de tener los instrumentos necesarios para el cultivo grande; sin contar con que para entregarse a esta ocupación y a la de sembrar las tierras, hubieron de resolverse a perder por el momento algo para ganar mucho después, precaución muy difícil de ser adoptada por el hombre salvaje que, como ya he dicho, tiene bastante trabajo con pensar por la mañana en las necesidades de la noche.

La invención de las demás artes fue, pues, necesaria para impulsar al género humano a dedicarse al de la agricultura. Desde que fue preciso el concurso de hombres para fundir y forjar el hierro, hubo necesidad de otros para que proporcionasen el sustento a los primeros. Mientras más se multiplicó el número de obreros, menos brazos hubo empleados para subvenir a la subsistencia común, sin que por ello fuese menos el de los consumidores, y como los unos necesitaban géneros en cambio de su hierro, los otros descubrieron al fin el secreto de emplear éste en la multiplicación de aquéllos. De allí nacieron, de un lado, el cultivo y la agricultura, y del otro, el arte de trabajar los metales y de multiplicar sus usos.

Del cultivo de las tierras provino necesariamente su repartición, y de la propiedad, una vez reconocida, el establecimiento de las primeras reglas de justicia, pues para dar a cada uno lo suyo era preciso que cada cual tuviese algo. Además, comenzando los hombres a dirigir sus miradas hacia el porvenir, y viéndose todos con algunos bienes que perder, no hubo ninguno que dejase de temer la represalia por los males que pudiera causar a otro. Este origen es tanto más natural, cuanto que es imposible concebir la idea de la propiedad recién instituida de otra suerte que por medio obra de la mano, pues no se ve qué otra cosa puede el hombre poner de sí para apropiarse de lo que no ha hecho, si no es su trabajo. Sólo el trabajo es el que, dando al cultivador el derecho sobre los productos de la tierra que ha labrado, le concede también, por consecuencia, el derecho de propiedad de la misma, por lo menos hasta la época de la cosecha, y así sucesivamente de año en año, lo cual constituyendo una posesión continua, termina por transformarse fácilmente en propiedad. Cuando los antiguos, dice Grotius, han dado a Céres el epíteto de legisladora y a una fiesta celebrada en su honor, el nombre de Tesmoforia, han hecho comprender que la repartición de tierras produjo una nueva especie de derecho, es decir, el derecho de propiedad, diferente del que resulta de la ley natural.

Las cosas hubieran podido continuar en tal estado e iguales, si el talento hubiese sido el mismo en todos los hombres y si, por ejemplo, el empleo del hierro y el consumo de las mercancías se hubieran siempre mantenido en exacto equilibrio; pero esta proporción que nada sostenía fue muy pronto disuelta; el más fuerte hacía mayor cantidad de trabajo, el más hábil sacaba mejor partido del suyo o el más ingenioso encontraba los medios de abreviarlo; el agricultor tenía más necesidad de hierro o el forjador de trigo, y, sin embargo, de trabajar lo mismo, el uno ganaba mucho, mientras que el otro tenía apenas para vivir. Así la desigualdad natural fue extendiéndose insensiblemente con la combinación efectuada, y la diferencia entre los hombres, desarrollada por las circunstancias, se hizo más sensible, más permanente en sus efectos, empezando a influir en la misma proporción sobre la suerte de los particulares.

Habiendo llegado las cosas a este punto, fácil es imaginar lo restante. No me detendré a describir la invención sucesiva de las demás artes, el progreso de las lenguas, el ensayo y el empleo de los talentos, la desigualdad de las fortunas, el uso

o el abuso de las riquezas, ni todos los detalles que siguen a éstos y que cada cual puede fácilmente suplir. Me limitaré tan sólo a dar una rápida ojeada al género humano, colocado en este nuevo orden de cosas.

He aquí, pues, todas nuestras facultades desarrolladas, la memoria y la imaginación en juego, el amor propio interesado, la razón en actividad y el espíritu llegado casi al término de la perfección de que es susceptible. He aquí todas las cualidades naturales puestas en acción, el rango y la suerte de cada hombre establecidos, no solamente de acuerdo con la cantidad de bienes y el poder de servir o perjudicar, sino de conformidad con el espíritu, la belleza, la fuerza o la destreza, el mérito o el talento; y siendo estas cualidades las únicas que podían atraer la consideración, fue preciso en breve tenerlas o afectar tenerlas. Hízose necesario, en beneficio propio, mostrarse distinto de lo que en realidad se era. Ser y parecer fueron dos cosas completamente diferentes, naciendo de esta distinción el fausto imponente, la engañosa astucia y todos los vicios que constituyen su cortejo. Por otra parte, de libre e independiente que era antes el hombre, quedó, debido a una multitud de nuevas necesidades, sujeto, por decirlo así, a toda la naturaleza y más aún a sus semejantes, de quienes se hizo esclavo en un sentido, aun convirtiéndose en amo; pues si rico, tenía necesidad de sus servicios; si pobre, de sus auxilios, sin que en un estado medio pudiese tampoco prescindir de ellos. Fue preciso, pues, que buscara sin cesar los medios de interesarlos en su favor haciéndoles ver, real o aparentemente, el provecho que podrían obtener trabajando para él, lo cual dio por resultado que se volviese trapacero artificioso con unos e imperioso y duro con otros, poniéndolo en el caso de abusar de todos de los que tenía necesidad cuando no podía hacerse temer y cuando no redundaba en interés propio servirles con utilidad. En fin, la ambición devoradora, el deseo ardiente de aumentar su relativa fortuna, no tanto por verdadera necesidad cuanto por colocarse encima de los otros, inspira a todos una perversa inclinación a perjudicarse mutuamente, una secreta envidia tanto más dañina, cuanto que para herir con mayor seguridad, disfrázase a menudo con la máscara de la benevolencia. En una palabra; competencia y rivalidad de un lado, oposición de intereses del otro, y siempre el oculto deseo de aprovecharse a costa de los demás; he allí los primeros efectos de la propiedad y el cortejo de los males inseparables de la desigualdad naciente.

Antes de que hubiesen sido inventados los signos representativos de la riqueza, ésta no podía consistir sino en tierras y en animales, únicos bienes reales que los hombres podían poseer. Pero cuando los patrimonios hubieron aumentado en número y extensión hasta el punto de cubrir toda la tierra, los unos no pudieron acrecentarlos sino a expensas de los otros, y los supernumerarios, que la debilidad o la indolencia habían impedido adquirir a su vez, convertidos en pobres sin haber perdido nada, pues aun cambiando todo en torno suyo sólo ellos no habían cambiado, viéronse obligados a recibir o a arrebatar su subsistencia de manos de los ricos, naciendo de aquí, según los distintos caracteres de unos y otros, la

dominación y la servidumbre o la violencia y la rapiña. Los ricos, de su parte, apenas conocieron el placer de la dominación, desdeñaron los demás, y, sirviéndose de sus antiguos esclavos para someter otros nuevos, no pensaron más que en subyugar y envilecer a sus vecinos, a semejanza de esos lobos hambrientos que, habiendo probado una vez carne humana, rehúsan toda otra clase de comida, no queriendo más que devorar a los hombres.

Así resultó que, los más poderosos o los más miserables, hicieron de sus fuerzas o de sus necesidades una especie de derecho en beneficio de los demás, equivalente, según ellos, al derecho de propiedad, y que rota la igualdad, se siguió el más espantoso desorden, pues las usurpaciones de los ricos, los latrocinios de los pobres y las pasiones desenfrenadas de todos, ahogando el sentimiento de piedad natural y la voz débil aún de la justicia, convirtieron a los hombres en avaros, ambiciosos y malvados. Surgía entre el derecho del más fuerte y el del primer ocupante, un conflicto perpetuo que sólo terminaba por medio de combates y matanzas¹⁷. La sociedad naciente dio lugar al más horrible estado de guerra, y el género humano, envilecido y desolado, no pudiendo volver sobre sus pasos, ni renunciar a las desgraciadas adquisiciones hechas, y trabajando solamente en vergüenza suya, a causa del abuso de las facultades que le honran, se colocó al borde de su propia ruina.

*Attonitus novitate mali, divesque misereque,
Effugere optat opes, et quae modo voverat, odit.*
OVID, *Metam.*, lib, XI, v. 127

No es posible que los hombres dejasen al fin de reflexionar acerca de una situación tan miserable y sobre las calamidades que les abrumaban. Los ricos sobre todo debieron pronto darse cuenta de cuán desventajosa les era una guerra perpetua cuyos gastos eran ellos solos los que los hacían y en la cual el peligro de la vida era común y el de los bienes, particular. Además, cualquiera que fuese el carácter que dieran a sus usurpaciones, comprendían suficientemente que estaban basadas sobre un derecho precario y abusivo, y que no habiendo sido adquiridas más que por la fuerza, la fuerza misma podía quitárselas sin que tuviesen razón para quejarse.

Los mismos que se habían enriquecido sólo por medio de la industria, no podían casi fundar sus derechos de propiedad sobre títulos mejores. Podían decir en todos los tonos: yo he construido este muro; he ganado este terreno con mi trabajo; pero ¿quien os ha dado la alineación, podían responderle, y en virtud de qué derecho pretendéis cobraros a expensas nuestras un trabajo que no os hemos impuesto? ¿Ignoráis por ventura que una multitud de vuestros hermanos perecen o sufren, faltos de lo que a vosotros sobra, y que os era preciso un consentimiento expreso y unánime del género humano para que pudieseis apropiaros de la subsistencia común, de todo lo que no teníais necesidad para la vuestra? Careciendo de razones

válidas para justificarse y de fuerzas suficientes para defenderse, aniquilando fácilmente un particular, pero aniquilado él mismo por las tropas de bandidos, solo contra todos, y no pudiendo, a causa de las rivalidades mutuas que existían, unirse con sus iguales para contrarrestar los enemigos asociados por la esperanza del pillaje; el rico, constreñido por la necesidad, concibió al fin el proyecto más arduo que haya jamás realizado el espíritu humano: el de emplear en su favor las mismas fuerzas de los que lo atacaban, de hacer de sus adversarios sus defensores, de inspirarles otras máximas y de darles otras instituciones que le fuesen tan favorables a él como contrario le era el derecho natural.

Con estas miras, después de haber expuesto a sus vecinos el horror de una situación que les obligaba a armarse y a luchar los unos contra los otros, que convertía sus posesiones en cargas onerosas como sus necesidades, y en la que nadie encontraba seguridad, ya estuviese en la pobreza o ya disfrutase de riquezas, inventó razones especiosas para llevarlos a aceptar el fin que se proponía. "Unámonos, les dijo, para garantizar contra la opresión a los débiles, contener los ambiciosos y asegurar a cada uno la posesión de lo que le pertenece. Instituyamos reglamentos de justicia y de paz a los cuales todos estemos obligados a conformarnos, sin excepción de persona, y que reparen de alguna manera los caprichos de la fortuna, sometiendo igualmente el poderoso y el débil a mutuos deberes. En una palabra, en vez de emplear nuestras fuerzas contra nosotros mismos, unámoslas en un poder supremo que nos gobierne mediante sabias leyes, que proteja y defienda a todos los miembros de la asociación, rechace los enemigos comunes y nos mantenga en una eterna concordia." No fue preciso tanto como lo dicho en este discurso para convencer y arrastrar a hombres rudos, fáciles de seducir y que además tenían demasiados asuntos que esclarecer entre ellos para poder prescindir de árbitros y de señores. Todos corrieron al encuentro de sus cadenas, creyendo asegurar su libertad, porque aun teniendo bastante razón para sentir las ventajas de un régimen político, no poseían la experiencia suficiente para prever sus peligros. Los más capaces para presentir los abusos, eran precisamente los que contaban aprovecharse. Los mismos sabios comprendieron que se hacía indispensable sacrificar una parte de su libertad para la conservación de la otra, como un herido se hace amputar el brazo para salvar el resto del cuerpo.

Tal fue o debió ser el origen de la sociedad y de las leyes, que proporcionaron nuevas trabas al débil y nuevas fuerzas al rico¹⁸; destruyeron la libertad natural indefinidamente, establecieron para siempre la ley de la propiedad y de la desigualdad; de una hábil usurpación hicieron un derecho irrevocable, y, en provecho de algunos ambiciosos, sometieron en lo futuro a todo el género humano al trabajo, a la esclavitud y a la miseria. Compréndese fácilmente que el establecimiento de una sola sociedad hizo indispensable el de todas las demás, y que para hacer frente a fuerzas unidas, fue preciso unirse a su vez. Multiplicándose o extendiéndose rápidamente estas sociedades, pronto cubrieron toda la superficie de

la tierra, sin que fuese posible encontrar un solo rincón del universo en donde pudiera el hombre libertarse del yugo y sustraer su cabeza a la cuchilla, a menudo mal manejada que cada uno veía perpetuamente suspendida sobre sí. Habiéndose convertido así el derecho civil en la regla común de los ciudadanos, la ley natural no tuvo efecto más que entre las diversas sociedades bajo el nombre de derecho de gentes, atemperado por ciertas convenciones tácitas para hacer posible el comercio y suplir la conmisericordia natural que, perdiendo de sociedad a sociedad casi toda la fuerza que tenía de hombre a hombre, no reside más que en determinadas almas grandes y cosmopolitas que franquean las barreras imaginarias que separan los pueblos, y que, a semejanza del Ser Supremo que las ha creado, abrazan a todo el género humano en su infinita benevolencia.

Permaneciendo de esta suerte los cuerpos políticos en el estado natural, pronto se resintieron de los mismos inconvenientes que habían obligado a los individuos a apartarse de él, resultando tal estado más funesto todavía entre estos grandes cuerpos que lo que lo había sido antes entre los ciudadanos que los componían. De allí surgieron las guerras civiles, las batallas, las matanzas, las represalias que hacen estremecer la naturaleza y hieren la razón, y todos esos horribles prejuicios que colocan en el rango de virtudes el derramamiento de sangre humana. Las gentes más honradas contaron entre sus deberes el de degollar a sus semejantes; vióse en fin a los hombres matarse por millares sin saber por qué, cometiéndose más asesinatos en un solo día de combate y más horrores en la toma de una ciudad, que no se habían cometido en el estado natural durante siglos enteros, en toda la faz de la tierra. Tales fueron los primeros efectos de la división del género humano en diferentes clases. Volvamos a sus instituciones.

Sé que muchos han dado otros orígenes a las sociedades políticas, así como a las conquistas del poderoso o la unión de los débiles; pero la selección entre estas causas es indiferente a lo que yo me propongo establecer. Sin embargo, la que acabo de exponer me parece la más natural, por las razones siguientes:

1) Que, en el primer caso, no siendo la conquista un derecho, no ha podido fundarse sobre él ninguno otro, permaneciendo siempre el conquistador y los pueblos conquistados en estado de guerra, a menos que la nación en libertad escogiese voluntariamente por jefe su vencedor. Hasta aquí, algunas capitulaciones que hayan hecho, como sólo han sido efectuadas por la violencia, y por consiguiente resultan nulas por el hecho mismo, no puede existir, en esta hipótesis, ni verdadera sociedad, ni cuerpo político, ni otra ley que la del más fuerte.

2) Que la palabra *fuerte* y *débil* son equívocos en el segundo caso, pues en el intervalo que media entre el establecimiento del derecho de propiedad o del primer ocupante y el de los gobiernos políticos, el sentido de estos términos queda mejor expresado con los de *pobre* y *rico*, puesto que en efecto, un hombre no tenía, antes que las leyes hubieran sido establecidas, otro medio de sujetar a sus iguales que el de atacar sus bienes o cederle parte de los suyos.

3) Que los pobres, no teniendo otra cosa que perder más que su libertad, habrían cometido una gran locura privándose voluntariamente del único bien que les quedaba para no ganar nada en cambio; que por el contrario, siendo los ricos, por decirlo así, sensibles en todos sus bienes, era mucho más fácil hacerles mal; que tenían, por consiguiente, necesidad de tomar mayores precauciones para garantizarlos, y que, en fin, es más razonable creer que una cosa ha sido inventada por los que utilizaran de ella, que por quienes recibieran perjuicio.

El nuevo gobierno no tuvo en absoluto una forma constante y regular. La falta de filosofía y de experiencia no dejaba percibir más que los inconvenientes del momento, sin pensarse en poner remedio a los otros sino a medida que se presentaban. A pesar de todos los trabajos de los más sabios legisladores, el estado político permaneció siempre imperfecto, porque había sido casi obra del azar y porque mal comenzado, el tiempo no pudo jamás, no obstante haber descubierto sus defectos y aun sugerido los remedios, reparar los vicios de su constitución. Modificábase sin cesar, en vez de comenzar, como debió hacerse, por purificar el aire y descartar o separar los viejos materiales, a semejanza de los efectuados por Licurgo en Esparta, para construir en seguida un buen edificio. La sociedad sólo consistió al principio en algunas convenciones generales que todos los individuos se comprometieron a observar y de las cuales la comunidad se hacía garante para con cada uno particularmente. Fue preciso que la experiencia demostrase cuán débil era una constitución semejante y cuán fácil era a los infractores evitar la convicción o el castigo de sus faltas, de las cuales sólo el público debía ser testigo y juez a la vez; que la ley fuese eludida de mil distintas maneras; que los inconvenientes y los desórdenes se multiplicasen continuamente, para que se pensase al fin en confiar a algunos ciudadanos el peligroso depósito de la autoridad pública y se confiriese a los magistrados el cuidado de hacer cumplir las deliberaciones del pueblo; pues decir que los jefes fueron elegidos antes de que la confederación estuviese constituida y que los ministros existían antes que las leyes, es suposición que no merece ser combatida seriamente.

No sería más razonable tampoco creer que los pueblos se arrojaron desde el primer momento en los brazos de un amo absoluto sin condiciones y por siempre, y que el primer medio de proveer a la seguridad común, imaginado por hombres audaces e indomables, haya sido el de precipitarse en la esclavitud. En efecto, ¿por qué se dieron jefes si no fue para que los defendieran contra la opresión, y protegieran sus bienes, sus libertades y sus vidas, que son, por decirlo así, los elementos constitutivos de su ser? Esto supuesto, en las relaciones de hombre a hombre, como lo peor que podía ocurrirle a uno era encontrarse a discreción de otro, ¿no habría sido contrario al buen sentido comenzar por despojarse entre las manos de un jefe de las únicas cosas para cuya conservación tenían necesidad de sus auxilios? ¿Qué habría podido éste ofrecerles como equivalente por la concesión de tan bello derecho? Y si hubiese osado exigirla con el pretexto de defenderlos, no habría

recibido inmediatamente la respuesta del apólogo: "¿Qué más nos hará el enemigo?" Es pues incontestable, y ello constituye la máxima fundamental de todo el derecho político, que los pueblos se han elegido jefes para que defiendan su libertad y no para que los esclavicen. *Si tenemos un príncipe*, decía Plinio a Trajano, *es para que nos preserve de tener un amo*.

Los políticos sostienen respecto al amor a la libertad los mismos sofismas que los filósofos respecto al estado natural: por las cosas que han visto juzgan muy diferentemente de las que no han observado, atribuyendo a los hombres una inclinación natural a la esclavitud por la paciencia con que la soportan los que tienen ante sus ojos, sin pensar que ocurre con la libertad lo que con la inocencia y la virtud, cuyo valor no se aprecia mientras se disfruta de ellas y cuyo gusto deja de sentirse tan pronto como se las ha perdido. "Yo conozco las delicias de tu país, decía Brasidas a un sátrapa que comparaba la vida de Esparta a la de Persépolis, pero tú no puedes conocer los placeres del mío." Como el indomable corcel que eriza la crin, se encoleriza, patea la tierra y se resiste y agita impetuosamente a la sola aproximación del bocado, mientras el caballo adiestrado sufre pacientemente el látigo y la espuela, así el hombre bárbaro no doblega jamás la cerviz al yugo que el civilizado soporta sin murmurar, prefiriendo la más borrascosa libertad a una tranquila sujeción. No es, pues, por el envilecimiento de los sojuzgados, como es preciso juzgar de las disposiciones naturales del hombre en pro o en contra de la esclavitud, sino por los prodigios alcanzados por todos los pueblos libres para garantizarse contra la opresión. Sé que los primeros no hacen más que alabar sin cesar la paz y el reposo de que disfrutaban con sus cadenas y que *miserrimam servitute pacem appellant*; pero cuando veo los otros sacrificar placeres, reposo, poderío y hasta la misma vida por la conservación del único bien tan desdeñado de aquellos que lo han perdido; cuando veo a los animales que han nacido libres y que aborreciendo la cautividad, se destrozan la cabeza contra las barras de sus prisiones; cuando veo las multitudes de salvajes, completamente desnudos, despreciar las voluptuosidades europeas, y desafiar el hambre, el fuego, el hierro y la muerte para conservar su independencia, comprendo y siento que no es a esclavos a quienes corresponde razonar respecto de la libertad.

Respecto a la autoridad paternal de la cual muchos han hecho derivar el gobierno absoluto y toda la sociedad, sin recurrir a las pruebas contrarias de Locke y de Sidney, basta notar que nada en el mundo dista tanto del espíritu feroz del despotismo como la dulzura de esta autoridad, que es siempre más ventajosa al que obedece que útil al que manda; que por ley natural, el padre no es dueño del hijo más tiempo que aquel que éste tiene necesidad de sus auxilios; que pasado ese término, son iguales, y que entonces el hijo, perfectamente independiente del padre, sólo le debe respeto y no obediencia, pues la gratitud es un deber que es preciso cumplir, pero no un derecho que se puede exigir. En vez de decir que la sociedad civil se deriva del poder paternal, debería afirmarse por el contrario que es de ella donde este

poder deriva su principal fuerza. Un individuo no fue reconocido como padre de muchos hijos sino cuando éstos permanecieron reunidos a su alrededor. Los bienes del padre, de los cuales él es el verdadero dueño, son los lazos que retienen a los hijos bajo su dependencia, pudiendo legarlos a sus descendientes en proporción al mérito que cada cual posea y de acuerdo con la deferencia continua observada para con él. Lejos por el contrario, de esperar los esclavos ninguna acción semejante de su déspota, a quien pertenecen como cosa propia, tanto ellos como todo lo que poseen, o como así lo pretende él al menos, se ven reducidos y obligados a recibir como un favor lo que les deja de sus propios bienes, haciendo un acto de justicia cuando los despoja y concediéndoles una gracia cuando les permite vivir.

Continuando así el examen de los hechos de acuerdo con el derecho, no se encontraría ni más solidez ni más verdad que en el establecimiento voluntario de la tiranía, siendo difícil demostrar la validez de un contrato que sólo obligaría una de las partes y que redundaría únicamente en perjuicio del que se compromete. Este odioso sistema está muy distante de ser, aun en nuestros días, el seguido por los sabios y buenos monarcas, y sobre todo por los de Francia, como puede verse por diversos pasajes de sus edictos y en particular por el siguiente de un escrito célebre, publicado en 1667, en nombre y por orden de Luis XIV: "Que no se diga que el soberano no esté sujeto a las leyes de su Estado, pues lo contrario equivaldría a desconocer el principio del derecho de gentes, que la lisonja ha algunas veces atacado, pero que los buenos príncipes han defendido siempre como una divinidad tutelar de sus Estados. ¡Cuánto más legítimo es decir, con el sabio Platón, que la perfecta felicidad de un reino consiste en que el príncipe sea obedecido de sus súbditos, que éste se someta a la ley y que la ley sea recta y encaminada siempre a hacer el bien público!" No me detendré a investigar si, siendo la libertad la más noble de las facultades del hombre, no es degradar su naturaleza colocarse al nivel de las bestias esclavas del instinto, ofender al autor de su propio ser, renunciando sin reserva al más precioso de todos sus dones, someterse a cometer todos los crímenes prohibidos para complacer a un amo feroz o insensato, y si este sublime obrero debe irritarse al ver destruida y deshonrada su más bella obra. Pasaré por alto, si se quiere, la opinión autorizada de Barbeyrac, quien declara terminantemente, según Locke, que nadie puede vender su libertad hasta el punto de someterse a una autoridad arbitraria que le trate a su capricho, pues, añade, *esto equivaldría a vender su propia vida, de la cual no es dueño*. Preguntaré solamente con qué derecho los que no han temido envilecerse hasta tal punto, han podido condenar a su posteridad a la misma ignominia y renunciaren su nombre a los bienes que ésta no recibe de su liberalidad, y sin los cuales la vida misma es onerosa a todos cuantos son dignos de ella. Puffendorff dice que de la misma manera que se transfieren los bienes a otro por medio de convenciones y contratos, puede uno despojarse de su libertad en favor de otro. Éste paréceme un malísimo razonamiento; primeramente, porque los bienes que yo enajene, conviértense en una cosa completamente extraña a mi persona, y de

los cuales me es indiferente el abuso que se haga; pero me importa que no se abuse de mi libertad, no pudiendo, sin hacerme culpable del mal que se me obligará a hacer, exponerme a convertirme en instrumento del crimen. En segundo lugar, no siendo el derecho de propiedad más que de convención y de institución humanas, todo hombre puede a su antojo disponer de lo que posee; pero no así de los dones esenciales de la naturaleza, tales como la vida y la libertad, de los cuales es permitido a todos gozar, pero por lo menos dudoso que haya derecho a despojarse. Quitándose la vida, se degrada el ser; perdiendo la libertad, consúmese totalmente como ningún bien temporal puede indemnizar la privación ni de la una ni de la otra, renunciar a ellas sería ofender a la vez la naturaleza y la razón, a cualquier precio que ello se efectúe.

Mas aun cuando pudiese enajenarse la libertad de igual manera que los bienes, la diferencia sería muy grande con respecto a los hijos, que no disfrutaban de los bienes del padre sino mediante la transmisión de su derecho, en tanto que siendo la libertad un don recibido de la naturaleza en calidad de hombres, sus padres no tienen ninguna facultad para despojarlos de ella. De suerte que, como para establecer la esclavitud fue preciso violentar la naturaleza, ha habido necesidad de cambiarla para perpetuar ese derecho; y los jurisconsultos que con tanta gravedad han sostenido que el hijo de una esclava nacía esclavo, han afirmado, en otros términos, que un hombre no nacía hombre.

Me parece evidente, pues, que no solamente los gobiernos no han comenzado por un poder arbitrario, que no es otra cosa que la corrupción en grado extremo, y que los arrastra al fin a ejercer únicamente la ley del más fuerte, sino que siendo este poder por su naturaleza ilegítimo, no ha podido servir de fundamento a las leyes de la sociedad, ni, por consecuencia, a la desigualdad de institución.

Sin entrar por hoy en las investigaciones, por hacer todavía, acerca de la naturaleza del pacto fundamental de todo gobierno, limítome aquí, siguiendo la opinión común, a considerar el establecimiento del cuerpo político como un verdadero contrato entre el pueblo y los jefes de su elección; contrato por el cual las dos partes se obligan al cumplimiento de las leyes en él estipuladas y que constituyen los lazos de unión. Habiendo el pueblo, respecto a las relaciones sociales, reducido todas sus voluntades a una sola, todos los artículos sobre los cuales esta voluntad se explica conviértense en otras tantas leyes fundamentales que obligan a todos los miembros del Estado sin excepción, regularizando una de ellas la elección y el poder de los magistrados encargados de velar por el cumplimiento de las otras. Este poder se extiende a todo cuanto pueda sostener la constitución, sin atentar a su cambio o modificación. Añádense honores que hacen respetables tanto las leyes como los ministros, y a éstos personalmente, se les otorgan prerrogativas que los indemnizan de los penosos trabajos que ocasiona una buena administración. El magistrado, por su parte, se obliga a no hacer uso del poder que se le ha confiado más que de acuerdo con la intención de los comitentes, a mantener a cada uno en el apacible

goce de lo que le pertenece y a preferir en toda circunstancia la utilidad pública a su interés particular.

Antes que la experiencia hubiese demostrado, o que el conocimiento del corazón humano hubiese hecho prever los abusos inevitables de tal constitución, ha debido parecer tanto mejor, cuanto que los que estaban encargados de velar por su conservación eran los más interesados, pues no estando la magistratura y sus derechos establecidos más que sobre las leyes fundamentales, tan pronto como fuesen éstas destruidas, cesarían los magistrados de ser legítimos y el pueblo dejaría de obedecerles; y como no habría sido el magistrado, sino la ley, la que habría constituido la esencia del Estado, cada uno recobraría de derecho su libertad natural. Por poco que se reflexione atentamente, esto se confirmaría por nuevas y diversas razones; y por la naturaleza misma del contrato se vería que éste no podía ser irrevocable, pues no existiendo poder superior que garantizase la fidelidad de los contratantes, ni que los obligase a cumplir sus recíprocos compromisos, las partes permanecerían siendo los solos jueces de su propia causa, y cada una tendría siempre el derecho de renunciar al contrato tan pronto como considerase que la otra infringía las condiciones estipuladas, o bien que las mismas cesasen de convenirle. Sobre este principio es sobre el cual parece que debió fundarse el derecho de abdicación. Luego, no teniendo en consideración, como lo hacemos, más que la institución humana, si el magistrado, que tiene en sus manos todo el poder y que se apropia todas las ventajas del contrato, tenía, sin embargo, el derecho de renunciar a la autoridad, con mayor razón debería el pueblo, que paga todas las faltas cometidas por los jefes, tener el derecho de renunciar a la dependencia. Mas las execrables disensiones y los infinitos desórdenes que forzosamente acarrearía este peligroso poder, demuestran más que cualquiera otra cosa, cuánto los gobiernos humanos tenían necesidad de una base más sólida que la sola razón, y cuán necesario era para la tranquilidad pública que la voluntad divina interviniese dando a la autoridad soberana un carácter sagrado e inviolable que quitase a los individuos el funesto derecho de disponer de ella.

Aun cuando la religión no hubiese hecho otro bien que éste a los hombres, bastaría para que todos debiesen quererla y adoptarla, aun con sus abusos, pues con todo ella economiza más sangre de la que el fanatismo hace verter. Pero sigamos el hilo de nuestra hipótesis.

Las diversas formas de gobierno tienen su origen en las diferencias más o menos grandes que existían entre los individuos en el momento de su institución. Si un hombre era eminente en poder, en virtud, en riqueza o en crédito, era elegido único magistrado y el Estado convertíase en una monarquía. Si había varios, más o menos iguales entre sí, elevábanlos sobre todos los demás, elegíanlos conjuntamente y constituían una aristocracia. Aquéllos cuya fortuna o cuyos talentos eran menos desproporcionados, y que menos se habían alejado de su estado natural, guardaron en común la administración suprema y formaron una democracia. El tiempo se

encargó de demostrar cuál de estas formas era la más ventajosa para los hombres. Los unos permanecieron sometidos únicamente a las leyes, los otros obedecieron pronto a los jefes. Los ciudadanos quisieron conservar su libertad; los súbditos no pensaron más que en quitársela a sus vecinos, no pudiendo sufrir que otros disfrutasen de un bien del cual ellos no gozaban ya. En una palabra; de un lado las riquezas y las conquistas, del otro la felicidad y la virtud.

En estos diversos gobiernos, todas las magistraturas fueron en un principio electivas; y cuando no era la riqueza la que las determinaba, acordábase la preferencia al mérito que da un ascendiente natural, y a la edad que da la experiencia en los negocios y la calma en las deliberaciones. Los ancianos de los hebreos, los gerontes de Esparta, el senado de Roma y la etimología misma de nuestra palabra *señor*, demuestran cuán respetada era la vejez en otros tiempos. Cuanto más las elecciones recaían en hombres de avanzada edad, más frecuente hacíanse, y más dificultades dejábanse sentir. Introdujéronse las intrigas, formáronse facciones, agriáronse las relaciones entre los partidos, las guerras civiles se encendieron y se sacrificó, en fin, la sangre de los ciudadanos en aras del pretendido bienestar del Estado, exponiéndose a caer de nuevo en la anarquía de los tiempos anteriores. La ambición de los principales se aprovechó de estas circunstancias para perpetuar en sus familias sus cargos; el pueblo, ya acostumbrado a la dependencia, al reposo y a las comodidades de la vida, y sin medios ya de romper sus cadenas, consintió en dejarse aumentar su esclavitud para afirmar su tranquilidad, y así los jefes, convertidos en hereditarios, acostumbráronse a considerar su magistratura como un bien de familia, a conceptuarse a sí mismos como propietarios del Estado, del cual no eran más que los servidores; a llamar a sus conciudadanos sus esclavos; a contarlos como reses, en el número de cosas que les pertenecía y a llamarse ellos iguales a los dioses y reyes de los reyes.

Si seguimos el progreso de las desigualdades en estas distintas revoluciones, encontraremos que el establecimiento de la ley y del derecho de propiedad fue su primer paso; la institución de la magistratura el segundo y el tercero y último el cambio del poder legítimo en poder arbitrario: de suerte que la condición de rico y de pobre fue autorizada por la primera época; la de poderoso y débil por la segunda, y por la tercera la de amo y esclavo, último grado de la desigualdad y fin hacia el cual tienden todas las demás, hasta que nuevas revoluciones disuelvan de hecho el gobierno o le acerquen a la legítima institución.

Para comprender la necesidad de este progreso, es menos preciso considerar las causas que dieron por resultado el establecimiento del sistema político, que la forma que tomó en su ejecución y los inconvenientes que con él surgieron, pues los vicios que hacen necesarias las instituciones sociales son los mismos que hacen inevitable el abuso de ellas, y como, a excepción de Esparta, en donde la ley velaba principalmente por la educación de los niños y en donde Licurgo estableció costumbres que hacían casi superfluas las leyes, siendo éstas, en general, menos

fuertes que las pasiones, y sirviendo sólo de freno a los hombres sin cambiarlos ni modificarlos, fácil sería probar que todo gobierno que, sin corromperse ni alterarse, marchara siempre estrictamente de acuerdo con el fin para que fue instituido, habría sido fundado sin necesidad, y que un país en donde nadie eludiese el cumplimiento de las leyes ni abusase de la magistratura; no habría menester ni de magistrados ni leyes.

Las distinciones políticas acarrearán necesariamente consigo las distinciones civiles. La desigualdad, aumentando sin cesar entre el pueblo y sus directores, hace sentir pronto sus efectos entre los particulares, modificándose de mil maneras según las pasiones, el talento y las circunstancias. El magistrado no podría usurpar un poder ilegítimo sin hacerse antes de cómplices a quienes está obligado a ceder una parte. Además, los ciudadanos no se dejan oprimir sino cuando, llevados de una ciega ambición y con intenciones más bajas que elevadas, háceles más cara y preferible la dominación que la independencia, y consienten en arrostrar cadenas para a su turno imponerlas. Es sumamente difícil reducir a la obediencia a quien no aspira a mandar, y el político más hábil no lograría avasallar a hombres que sólo ambicionasen ser libres. Pero el sentimiento de la desigualdad halla siempre con facilidad cabida en las almas ambiciosas y cobardes dispuestas en todo tiempo a correr los riesgos de la fortuna y a dominar o a ser dominadas casi indiferentemente, según que ésta les resulte favorable o adversa. Fue así como debió llegar un tiempo en que, fascinado el pueblo hasta tal punto, sus conductores sólo tenían necesidad de decir al más inferior de los hombres: "sé grande tú y toda tu generación", para que se distinguiese y elevase a sus propios ojos y a los ojos de todo el mundo, continuando el encumbramiento entre sus descendientes a medida que se alejaban de él, pues cuanto más remota e incierta era la causa, tanto mayor era el efecto; mientras más grande era el número de holgazanes en una familia, más ilustre hacíaase. Si fuese éste el lugar para entrar en detalles, explicaría fácilmente cómo, aun sin la participación del gobierno, la desigualdad de crédito y de autoridad resulta inevitable entre los particulares¹⁹ tan pronto como, reunidos en una misma sociedad, se ven obligados a establecer comparaciones entre ellos y a tener en cuenta las diferencias que observan en las relaciones continuas que tienen entre unos y otros. Estas diferencias son de muchas especies, pero en general, siendo la riqueza, la nobleza o el rango, el poder y el mérito personal, las distinciones principales por las cuales se regula o compara en la sociedad, probaría que el acuerdo o el conflicto de estas diversas fuerzas es la indicación más segura de si un Estado está bien o mal constituido; haría ver que entre estas cuatro clases de desigualdad, siendo las cualidades personales el origen de todas las demás, la riqueza es la última a la cual se reducen al fin, porque siendo la más inmediatamente útil al bienestar y la más fácil de transmitir, sirve cómodamente para comprar todo lo restante, observación que puede servir para juzgar con bastante exactitud cuánto se ha separado cada pueblo de su institución primitiva y el camino que ha recorrido hacia el término extremo de

la corrupción. Haría notar cómo este deseo universal de reputación, de honores y de preferencias que nos devora a todos, ejercita y compara los talentos y las fuerzas; cómo excita y multiplica las pasiones, y cómo haciendo a todos los hombres concurrentes, rivales, o mejor dicho, enemigos, causa reveses a diario, éxitos y catástrofes de toda especie, al impulsar a la misma lid a tantos pretendientes. Demostraría que a ese deseo ardiente de oír hablar de nosotros, a ese furor de distinguarnos, es a lo que debemos lo que hay de mejor y de peor entre los hombres; nuestras virtudes y nuestros vicios, nuestra ciencia y nuestros errores, nuestros conquistadores y nuestros filósofos, es decir, una multitud de cosas malas y un reducido número de buenas. Probaría, en fin, que si se ve un puñado de poderosos y de ricos en la cumbre de las grandezas y de la fortuna, mientras la multitud se arrastra en la oscuridad y en la miseria, es porque los primeros sólo estiman las cosas de que disfrutan, mientras que los otros se hallan privados de ellas, y que, sin cambiar de estado, cesarían de ser dichosos si el pueblo cesase de ser miserable. Pero estos detalles constituirían por sí solos materia para una extensa obra en la cual se pesarían las ventajas y los inconvenientes de todo gobierno en relación con los derechos naturales, y en donde se revelarían todas las diferentes fases bajo las cuales se ha mostrado la desigualdad hasta nuestros días y bajo las cuales pueda mostrarse en los siglos venideros, según la naturaleza de estos gobiernos y las revoluciones que el tiempo determinará ineludiblemente. Veríase a la multitud oprimida por dentro por efecto de las mismas precauciones tomadas en defensa de lo que la amenazaba de fuera; veríase a la opresión acrecentarse continuamente sin que los oprimidos pudiesen jamás saber cuál sería su término ni qué medio legítimo quedábales para detenerla; veríanse los derechos de los ciudadanos y las libertades nacionales extinguirse poco a poco y considerarse como rumores sediciosos las reclamaciones de los débiles; la política restringiendo a una porción de mercenarios del pueblo el honor de defender la causa común, surgiendo de allí la necesidad de los impuestos; veríase al agricultor abatido abandonar su campo, aun durante la paz, y dejar el arado para ceñirse la espada; el nacimiento de las funestas y extravagantes reglas del pundonor; a los defensores de la patria convertirse, tarde o temprano, en sus enemigos, teniendo sin cesar el puñal levantado sobre sus conciudadanos, y venir un tiempo en que se les oiría decir al opresor de su mismo país:

*Pectore si fratris gladium juguloque parentis
Condere me jubeas, plenaque in viscera a partu
Conjugis, invita peragam tamen omnia dextra*
LUCANO, *Farsalia*, lib. I, v. 376

De la extrema desigualdad de las condiciones y de las fortunas, de la diversidad de las pasiones y de los talentos, de las artes inútiles, de las artes perniciosas, de las ciencias frívolas, formaríanse multitud de prejuicios igualmente contrarios a la razón,

a la felicidad y a la virtud.

Se vería a los jefes fomentando todo lo que puede tender a debilitar la unión entre los hombres; sembrando el germen de división real en todo lo que puede dar a la sociedad un aire de concordia aparente; en todo lo que puede inspirar a las diferentes clases la desconfianza y el odio mutuos, por medio de la oposición de sus derechos y de sus intereses, y fortificando, por consecuencia, el poder que abarca a todos.

Del seno de estos desórdenes y de estas revoluciones, el despotismo, elevando por grados su horrible cabeza y devorando todo cuanto hubiera percibido de bueno y de sano en todas las partes del Estado, llegaría por fin a hollar con sus plantas las leyes y el pueblo, y establecerse sobre las ruinas de la república. Los tiempos que precederían a este último cambio, serían de confusión y de calamidades, pero al fin, devorado todo por el monstruo, los pueblos no tendrían ya ni jefes ni leyes, sino solamente tiranos. Desde ese instante cesarían también las costumbres y la virtud, pues en todas partes en donde reina el despotismo, *cui ex honesto nulla est spes*, no hay ni probidad ni deber que consultar ante su voz, ya que la más ciega obediencia es la única virtud que queda a los esclavos.

Es éste el último término de la desigualdad y el punto extremo que cierra el círculo tocando el de donde partimos. Aquí todos los individuos conviértense en iguales, porque no son nada, pues no teniendo los esclavos otra ley que la voluntad del amo, ni éste otra regla que sus pasiones, las nociones del bien y los principios de justicia desvanécense incesantemente. Aquí todo lleva a la imposición de una sola ley: la del más fuerte, y por consiguiente a un nuevo estado natural diferente del primitivo, puesto que mientras el uno representa la naturaleza en toda su pureza, el otro es el fruto de un exceso de corrupción. Hay, además, tan poca diferencia entre estos dos estados y tan disuelto se halla el gobierno por el despotismo, que el déspota es amo solamente mientras es el más fuerte, pues tan pronto como pueden expulsarlo, no tiene derecho a reclamar contra la violencia. El motín que acaba por extrangular o destronar un sultán es un acto tan jurídico como aquellos por los cuales él disponía la víspera de las vidas y de los bienes de sus vasallos. La fuerza únicamente lo sostenía; la fuerza lo derriba. Todas las cosas suceden así según el orden natural, y cualquiera que sea el resultado de estas cortas y frecuentes revoluciones, nadie puede quejarse de la injusticia de los otros, sino solamente de su propia imprudencia o de su desgracia.

Descubriendo y siguiendo de esta suerte los olvidados y perdidos derroteros que del estado natural, han debido conducir al hombre al estado civilizado; restableciendo con las condiciones intermediarias que acabo de exponer, las que la premura del tiempo me ha hecho suprimir, o que la imaginación no me ha sugerido, todo lector atento no podrá menos que sorprenderse al considerar el inmenso espacio que separa estos dos estados. En esta lenta sucesión de las cosas, se verá la solución de una infinidad de problemas de moral y de política que los filósofos no

pueden resolver. Se comprenderá que el género humano de una edad no es el mismo que el de otra, a la vez que la razón por la cual Diógenes no encontraba un hombre, pues buscaba entre sus contemporáneos el hombre de una época que ya no existía. Catón, se dirá, pereció con Roma y la libertad, porque vivió en un siglo que no era el suyo; y el más grande de los hombres no hizo más que asombrar el mundo que hubiera gobernado quinientos años antes. En una palabra, se explicará por qué el alma y las pasiones humanas, modificándose insensiblemente, cambian por decirlo así de naturaleza; por qué nuestras necesidades y nuestros placeres cambian de objetivo a la larga; por qué eliminándose gradualmente el hombre original, la sociedad no ofrece a los ojos del sabio más que un conjunto de hombres artificiales y de pasiones ficticias que constituyen la obra de todas estas nuevas relaciones y que no tienen ningún verdadero fundamento en la naturaleza. Lo que la reflexión nos enseña, la observación nos lo confirma perfectamente: el hombre salvaje y el hombre civilizado difieren tanto en sus sentimientos y en sus inclinaciones, que lo que hace la felicidad suprema en uno reduciría al otro a la desesperación. El primero no aspira más que por el reposo y la libertad; desea sólo vivir y permanecer ocioso, sin que la misma ataraxia del estoico pueda igualarse a su profunda indiferencia por todo. Por el contrario, el ciudadano, siempre activo, suda, se agita, se atormenta sin cesar en busca de ocupaciones más laboriosas siempre; trabaja hasta la muerte, corre, si se quiere, tras ella para colocarse en estado de vivir, o renuncia a la vida para alcanzar la inmortalidad; obsequia a los grandes que odia y a los ricos que desprecia, sin excusar ningún medio para alcanzar el honor de servirles; jactase orgullosamente de su bajeza y de la protección que recibe, y ufano de su esclavitud, habla con desdén de los que no tienen el honor de compartirla. ¡Qué espectáculo para un caribe el de los penosos trabajos y envidias de un ministro europeo! ¡Cuántas muertes crueles no preferiría este indolente salvaje al horror de una vida semejante, que a menudo no es dulcificada ni siquiera por el placer de hacer el bien! Pero, para poder comprender o apreciar el fin de tantos cuidados e inquietudes, sería preciso que las palabras *poder y reputación* tuviesen algún sentido en su espíritu; que supiese que hay una clase de hombres que tienen en mucho las miradas del resto del universo, que se consideran más dichosos y están más contentos de sí mismos con la aprobación de los demás que con la suya propia. Tal es, en efecto, la verdadera causa de todas estas diferencias: el salvaje vive en él mismo; el hombre sociable, siempre fuera de sí, no sabe vivir más que en la opinión de los otros, de cuyo juicio, por decirlo así, extrae el sentimiento de su propia existencia. No es mi objeto demostrar cómo de tal disposición nace tanta diferencia por el bien como para el mal, con tan bellos discursos de moral; cómo, reduciéndose todo a las apariencias, conviértese todo en ficticio y ridículo, honor, amistad, virtud y a menudo hasta los mismos vicios, de los cuales se encuentra al fin el secreto de gloriarse; cómo, en una palabra, preguntando siempre a los demás lo que somos, y no atreviéndonos jamás a interrogarnos a nosotros mismos, en medio de tanto filósofo, de tanta humanidad, de tanta

cortesanía y de tantas máximas sublimes, no tenemos sino un exterior engañoso y frívolo, honor sin virtud, razón sin sabiduría y placer sin dicha. Bástame haber probado que éste no es el estado original del hombre, y que sólo el espíritu de la sociedad y la desigualdad que ésta engendra son las causas que cambian y alteran así todas nuestras inclinaciones naturales.

He procurado exponer el origen y el progreso de la desigualdad, el establecimiento y el abuso de las sociedades políticas, hasta donde es posible deducir tales cosas de la naturaleza humana, e independientemente de los dogmas sagrados que dan a la autoridad soberana la sanción del derecho divino. De lo expuesto se deduce que, siendo la desigualdad casi nula en el estado natural, su fuerza y su crecimiento provienen del desarrollo de nuestras facultades y del progreso del espíritu humano, convirtiéndose al fin en estable y legítima por medio del establecimiento de la propiedad y de las leyes.

Infiérese, además, que la desigualdad moral, autorizada por el solo derecho positivo, es contraria al derecho natural, toda vez que no concurre en la misma proporción con la desigualdad física; distinción que determina suficientemente lo que debe pensarse a este respecto, de la clase de desigualdad que reina entre todos los pueblos civilizados, ya que es manifiestamente contraria a la ley natural, cualquiera que sea la manera como se la define, el que un niño mande a un anciano, que un imbécil conduzca a un sabio y que un puñado de gentes rebose de superfluidades mientras la multitud hambrienta carezca de lo necesario.

Notas

1. Refiere Herodoto que después del asesinato del falso Esmerdis, habiéndose congregado los siete libertadores de Persia para deliberar acerca de la forma de gobierno que deberían dar al Estado, Otanes opinó decididamente por la república; opinión tanto más extraordinaria en la boca de un sátrapa, cuanto que además de la pretensión que podía tener al imperio, los grandes temen más que a la muerte una forma de gobierno que los obligue a respetar los hombres. Otanes, como bien puede creerse, no fue escuchado, y viendo que iban a proceder a la elección de un monarca, él, que no quería ni obedecer ni mandar, cedió voluntariamente a los otros concurrentes su derecho a la corona, pidiendo por toda compensación ser libre e independiente, tanto él como su posteridad, lo cual le fue acordado. Aun cuando Herodoto no nos instruyese acerca de la restricción puesta a tal privilegio, sería preciso suponerla; de otro modo Otanes, no reconociendo ninguna ley ni teniendo que rendir cuenta a nadie de sus acciones, habría sido omnipotente en el Estado y más poderoso que el rey mismo.

Pero no había probabilidad de que un hombre capaz de contentarse, en caso semejante, con tal privilegio, llegase a abusar de él. En efecto, jamás se vio que este derecho ocasionara el menor desorden o disensión en el reino, ni por causa del sabio Otanes, ni por ninguno de sus descendientes

2. Desde mis primeros pasos apóyome con confianza en una de esas autoridades respetables para todos los filósofos, por provenir de una razón sólida sublime que sólo ellos saben escudriñar y sentir.

Cualquiera que sea el interés que tengamos en conocernos a nosotros mismos, no sé si conocemos mejor todo lo que no forma o constituye parte de nuestro individuo. Provistos por la naturaleza de órganos destinados únicamente a nuestra conservación, no los empleamos más que en percibir las impresiones exteriores; no procuramos más que exteriorizarnos y existir fuera de nosotros. Demasiado ocupados en multiplicar las funciones de nuestros sentidos y en aumentar la dilatación exterior de nuestro ser, raramente hacemos uso de ese sentido interior que nos reduce a nuestras verdaderas dimensiones y que separa de nosotros todo lo que no nos toca o afecta de alguna manera. Es, sin embargo, de ese sentido del cual debemos servirnos si queremos convencernos, y el único por medio del cual podemos juzgarnos. Mas, ¿cómo dar a este sentido su actividad y toda su extensión? ¿Cómo desprender nuestra alma, en la cual reside, de todas

las ilusiones de nuestro espíritu? Hemos perdido la costumbre de emplearlas, dejándola sin ejercicio en medio del tumulto de nuestras sensaciones corporales; la hemos consumido por el fuego de nuestras pasiones: el corazón, el espíritu, los sentidos, todo ha trabajado contra ella." (Hist. Nat. de la Naturaleza del hombre.)

3. Las modificaciones que el prolongado uso de andar en dos pies ha podido producir en la conformación del hombre, las relaciones que se observan todavía entre sus brazos y las piernas anteriores de los cuadrúpedos, y la introducción sacada de su manera de andar, han hecho surgir dudas respecto a la que debía ser la más natural. Todos los niños comienzan a andar gateando, teniendo necesidad de nuestro ejemplo y de nuestras lecciones para aprender a tenerse de pie. Hay aún naciones salvajes, tales como los hotentotes, que cuidándose poco de los hijos, los dejan andar con las manos tanto tiempo, que después cuesta trabajo hacerlos enderezar. Otro tanto acontece con los hijos de los caribes de las Antillas. Cuéntanse diversos ejemplos de hombres cuadrúpedos, pudiendo entre otros citar el del niño que fue encontrado, en 1344, cerca de Hesse, que había sido alimentado por lobos, y el cual decía después, en la corte del príncipe Enrique, que si de él hubiese dependido, habría preferido volverse con ellos que vivir entre los hombres. De tal suerte había adquirido el hábito de andar como los animales, que fue preciso atarle pedazos de palo para que se sostuviera de pie y guardase el equilibrio. Sucedió lo mismo con el niño que fue hallado, en 1694, en las selvas de Lituania, que vivía entre los osos. No daba, dice Condillac, ninguna señal de razón, andaba con los pies y con las manos, no hablaba ningún idioma, produciendo sólo sonidos que en nada se semejaban a los del hombre. El pequeño salvaje de Hanover, que fue llevado hace muchos años a la corte de Inglaterra, con las mayores penas del mundo lograba sostenerse y caminar con los pies. Encontróse también, en 1719, otros dos salvajes en los Pirineos, los cuales corrían por las montañas al igual de los cuadrúpedos. En cuanto a lo que podría objetarse respecto a la privación de las manos, cuyo uso nos proporciona tantas ventajas, además de que el ejemplo de los monos demuestra que éstas pueden perfectamente emplearse para ambos fines, ello probaría solamente que el hombre puede dar a sus miembros un destino más cómodo que el indicado por la naturaleza y no que ésta le ha destinado a andar de manera diferente a la que le enseña.

Pero hay, así me parece, mejores razones que aducir en sostenimiento de que el hombre es bípedo. Primeramente, aun cuando se quisiera

hacer ver que ha sido configurado de manera distinta de la que tiene, y que, sin embargo, ha llegado a ser o que es, tal cosa no bastaría para sacar en conclusión que así ha ocurrido, toda vez que, después de haber demostrado la posibilidad de estas modificaciones, sería preciso, aun antes de admitirlas, probar al menos su verosimilitud. Además, si aceptable es que los brazos del hombre han podido servirle de piernas en caso de necesidad, también es cierto que ésta es la única observación favorable a tal sistema, sobre un gran número de otras que le son contrarias. Las principales son: que la manera como está colocada la cabeza del hombre, en vez de dirigir su vista horizontalmente, como lo hacen los demás animales y como él mismo andando de pie, la habría tenido, caminando a gatas, constantemente fija en la tierra, situación muy poco favorable a la conservación del individuo; que la cola de que carece, de ningún servicio, al andar como anda, en dos pies, es útil a los cuadrúpedos, y de la cual ninguno de ellos esté privado; que el seno de la mujer, muy bien situado para un animal bípedo, que lleva el hijo en sus brazos, lo está tan mal para un cuadrúpedo, que ninguno de ellos lo tiene en esta forma; que siendo de una altura excesiva la parte posterior, en proporción a las piernas delanteras, al estar en cuatro pies, estaríamos obligados a andar con las rodillas, resultando un animal, en conjunto, mal proporcionado y con muy poca comodidad para caminar; que si hubiese colocado el pie plano, como la mano, habría tenido en la pierna posterior una articulación de menos que los otros animales, o sea la que une el peroné con la tibia, y que colocando sólo la punta del pie, como habría estado, sin duda, constreñido a hacer; el tarso, sin hablar de la pluralidad de huesos que lo componen, parecería demasiado grueso para reemplazar el peroné, y sus articulaciones con el metatarso y la tibia demasiado unidas para dar a la pierna humana, en esta situación, la misma flexibilidad que tienen las de los cuadrúpedos. El ejemplo de estos niños, tomados en una edad en que las fuerzas naturales no están todavía desarrolladas ni los miembros fortalecidos, no prueba nada absolutamente, ya que equivaldría lo mismo decir que los perros no están destinados a andar, porque durante algunas semanas después de haber nacido no hacen más que arrastrarse. Los hechos particulares tienen poca fuerza contra la práctica universal de los hombres, y aun de las naciones que, no habiendo tenido ninguna comunicación con las otras, no pudieron imitar nada de ellas. Un niño abandonado en una selva antes de poder caminar, y alimentado por una bestia, seguirá el ejemplo de su nodriza ejercitándose a andar como ella, dándole la costumbre facilidades que no había adquirido de la naturaleza, y de la

misma manera que los mancos llegan, a fuerza de ejercicios, a hacer con los pies todo cuanto nosotros hacemos con las manos, así el niño llega a poder emplear las manos como los pies.

4. Si se encontrase entre mis lectores algún físico bastante malo para hacerme objeciones respectó a la suposición de esta fertilidad natural de la tierra, le contestaré con el siguiente párrafo: "Como los vegetales absorben para su sustento mayor cantidad de substancias del aire y del agua que de la tierra, resulta que al pudrirse devuelven a la tierra más de la que han extraído; además, una selva determina o atrae la lluvia deteniendo los vapores. Así, en un bosque que se conservase por mucho tiempo intacto y bien, la capa de tierra que sirve para la vegetación aumentaría considerablemente, pero como los animales devuelven a la tierra menos de lo que de ella extraen, y los hombres consumen cantidades enormes de madera y de plantas, ya para el fuego, ya para otros usos, resulta que la capa de tierra vegetal de un país habitado debe constantemente disminuir hasta convertirse al fin como el terreno de la Arabia Petrea y como el de tantas otras provincias del Oriente, en cuyos climas siendo, en efecto, el más antiguamente habitado, no se encuentra más que sal y arena, pues todas las demás partes o componentes se volatilizan." (Hist. Nat., *Pruebas de la teoría de la tierra*, art. 7.) Puede añadirse a lo anterior la prueba irrefutable de la cantidad de árboles y de plantas de toda especie de que estaban llenas casi todas las islas desiertas que se han descubierto en estos últimos siglos, y la que la historia nos presenta respecto de las inmensas selvas que ha sido preciso derribar en toda la tierra a medida que se ha poblado y civilizado. Con relación a esto podría hacer aún las tres observaciones siguientes: la primera, que si hay una especie de vegetales que pueden compensar la merma de dicha materia ocasionada por los animales, según el razonamiento de Buffon, son particularmente los bosques cuyas cimas reúnen y se apropian mayor cantidad de agua y de vapores que las demás plantas; la segunda, que la destrucción del suelo, es decir, la pérdida de la substancia propia a la vegetación, debe acelerarse a medida que la tierra es más cultivada y que los habitantes, más industriosos, consumen en mayor abundancia sus diferentes productos, y la tercera y más importante, es que los frutos de los árboles proporcionan al animal una alimentación más abundante que los otros vegetales; experiencia llevada a cabo por mí mismo, comparando los productos de dos terrenos iguales en extensión y en calidad, cubierto el uno de castañas y el otro sembrado de trigo.

5. Entre los cuadrúpedos, las dos distinciones más universales de las especies voraces consisten: la una, en la forma o figura de los dientes, y la otra, en la conformación de los intestinos. Los animales que sólo se alimentan con vegetales tienen todos los dientes planos, como el caballo, el buey, el carnero, la liebre; en tanto que los carnívoros los tienen puntiagudos, como el gato, el perro, el lobo, el zorro. En cuanto a los intestinos, los animales frugívoros tienen algunos como el colón, de que carecen los voraces. Parece, pues, que el hombre teniendo los dientes y los intestinos como los tienen los animales frugívoros, deberían naturalmente ser incluidos en esta clasificación, confirmando esta opinión no solamente las observaciones anatómicas, sino también las obras o escritos de la antigüedad, las cuales le son muy favorables "Dicearco, dice San Jerónimo, narra en sus libros sobre *Antigüedades griegas*, que bajo el reinado de Saturno, cuando la tierra era todavía fértil por sí misma, ningún hombre comía carne, sino que todos vivían de las frutas y legumbres que crecían espontáneamente." (Lib. II, *adv. Jovinian*.) Esta opinión puede ser apoyada por las relaciones de varios viajeros modernos. Francisco Correal, entre otros, afirma que la mayor parte de los habitantes de las Lucayas, que los españoles transportaron a las islas de Cuba, de Santo Domingo y otras, murieron a consecuencia de haber comido carne. Por esto puede verse que paso por alto muchas razones que podría hacer valer en comprobación de mi aserto, ya que, siendo la presa el único motivo de lucha entre los animales carnívoros y viviendo los frugívoros en continua paz, si la especie humana perteneciese a este último género, es claro que habría tenido muchas más facilidades para subsistir en el estado primitivo y muchas menos necesidades y ocasiones de salir de él.

6. Todos los conocimientos que exigen reflexión, todos los que no se adquieren sino por medio del encadenamiento de las ideas y que sólo se perfeccionan sucesivamente, parecen estar enteramente fuera del alcance o comprensión del hombre salvaje, falto de comunicación con sus semejantes, es decir, falto del instrumento que sirve para esta comunicación y de las necesidades que la hacen indispensable. Su saber y su industria se limitan a saltar, a correr, batirse, lanzar piedras y escalar los árboles. Pero si no conoce más que estas cosas, en cambio las conoce mucho mejor que nosotros, que no tenemos la misma necesidad de ellas que él; y como las mismas dependen únicamente del ejercicio del cuerpo y no son susceptibles de ninguna comunicación ni de ningún progreso de un individuo a otro, el primer hombre pudo ser tan hábil como el último de sus descendientes.

Las narraciones de los viajeros están llenas de ejemplos de la fuerza y del vigor de los hombres en las naciones bárbaras y salvajes en las cuales hacen no poco alarde de su destreza y agilidad; y como no es preciso más que tener ojos para observar estas cosas, nada impide que se dé crédito a lo que certifican, al respecto, testigos oculares. Presento al azar algunos ejemplos sacados de los primeros libros a la mano:

"Los hotentotes, dice Kolben, entienden mejor la pesca que los europeos del Cabo. Su habilidad es igual a la de una red, a la del anzuelo, a la del dardo, lo mismo en las enseñadas que en los ríos. Cogen con no menos habilidad los peces con la mano. Tienen una destreza incomparable para la natación. Su manera de nadar tiene algo de sorprendente y que les es enteramente peculiar. Nadan conservando el cuerpo recto y las manos extendidas fuera del agua, de tal suerte que parece que anduvieran en tierra. Cuando más agitado se halla el mar, cuando el flujo y reflujo forman como una especie de montaña, danzan, hasta cierto punto, sobre la superficie de las ondas, subiendo y descendiendo como un pedazo de corcho

"Los hotentotes, continúa el mismo autor, tienen una destreza maravillosa en la caza, y su ligereza para correr, traspasa los límites de lo creíble." Se extraña que no hagan más a menudo mal uso de su agilidad, aunque así acontece algunas veces, como puede juzgarse por el siguiente ejemplo que presenta. "Un marinero holandés, al desembarcar en el Cabo, encargó, dice, a un hotentote de seguirle a la ciudad con un rollo de tabaco de unas veinte libras aproximadamente. Cuando estuvieron ambos a alguna distancia del sitio donde había gente, el hotentote preguntó al marinero si sabía correr. ¿Correr? -respondió el holandés-, sí y muy bien. -Veamos -replicó el africano-, y huyendo con el tabaco, desapareció casi instantáneamente. El marinero, confundido de tan maravillosa rapidez, no pensó siquiera en perseguirle, no volviendo a ver más ni al hotentote ni a su tabaco." "Tienen una vista tan perspicaz y la mano tan certera, que los europeos no le semejan en nada. A cien pasos de distancia harían blanco con una piedra en un objeto del tamaño de un medio centavo; y lo que hay de más sorprendente aún es que, en vez de fijar como nosotros los ojos en el blanco, ejecutan movimientos y contorsiones continuos. Parece como que su piedra fuese dirigida por una mano invisible." El padre del Tertre dice, más o menos, acerca de los salvajes de las Antillas, lo mismo que acabo de citar con relación a los hotentotes del cabo de Buena Esperanza. Pondera sobre todo su precisión en disparar sus flechas sobre los pájaros volando y sobre los peces, que cogen en seguida zambulléndose. Los salvajes de la América septentrional no

son menos célebres por su fuerza y destreza que los anteriores. He aquí un ejemplo que servirá para juzgar las de los indios de la América meridional.

Habiendo sido condenado a galeras en Cádiz, el año 1746, un indio de Buenos Aires, propuso al gobernador comprar su libertad exponiendo la vida en una fiesta pública. Prometió que atacaría solo, sin otra arma en la mano que una cuerda, al toro más furioso, que lo echaría por tierra, que lo amarraría con ella por la parte del cuerpo que se le indicara, que lo ensillaría, lo embridaría, lo montaría y que montado, combatiría con otros dos toros de los más valientes que hicieran salir del toril, matándolos todos uno después de otro en el instante que le fuese ordenado y sin auxilio de nadie; lo cual le fue acordado. El indio sostuvo su palabra cumpliendo todo cuanto había prometido. Respecto a la manera como lo hizo y demás detalles del combate, puede consultarse el tomo primero de las *Observaciones sobre la Historia Natural*, de M. Gautier, de donde se ha copiado este hecho, pág. 262.

7. "La duración de la vida de los caballos, dice Buffon, es, como en todas las demás especies de animales, proporcional a la duración del tiempo de su crecimiento. El hombre, que crece hasta los catorce años, puede vivir seis o siete veces otro tanto, es decir, noventa o cien años; el caballo, cuyo crecimiento se efectúa en cuatro, puede vivir también seis o siete veces más, es decir, veinticinco o treinta años. Los casos contrarios a esta regla son tan raros, que no debe siquiera considerárseles como una excepción, de la cual puedan deducirse razonadas consecuencias; y como los caballos corpulentos crecen en menos tiempo que los de raza fina viven también menos, siendo viejos a la edad de quince años." (*Hist. Nat.*, del caballo.)

8. Creo observar entre los animales carnívoros y los frugívoros, otra diferencia más general aún que la señalada en la nota 5., puesto que ésta se hace extensiva hasta a los pájaros. Ella consiste en el número de los pequeñuelos, que no excede jamás de dos en cada nidada en las especies que sólo viven de vegetales, y que ordinariamente traspasa ese número en los animales voraces. Es fácil conocer a este respecto, el destino dado por la naturaleza a cada especie, el cual es sólo de dos en las hembras frugívoras, como la yegua, la vaca, la cabra, la cierva, la oveja, etc., y de seis u ocho siempre en las otras hembras, como la perra, la gata, la loba, la tigresa, etc. La gallina, la pata, la ánade, que son aves voraces, como el águila, el gavilán, la lechuza, ponen y empollan un gran número de huevos, lo que jamás ocurre a la paloma,

a la tórtola ni a los pájaros que no comen absolutamente más que granos, que sólo ponen y empollan dos a la vez. La razón que puede darse de esta diferencia, es que los animales que sólo viven de hierbas y de plantas, permaneciendo casi todo el día dedicados a buscarse la comida y obligados, por consiguiente, a emplear más tiempo para alimentarse, no podrían dar abasto para amamantar muchos pequeñuelos; en tanto que los voraces, comiendo casi en un instante, pueden más fácilmente y más a menudo ir y volver de la caza, y reparar las pérdidas de tan gran cantidad de leche.

Podrían hacerse acerca de estas cuestiones multitud de observaciones y reflexiones especiales, mas no es éste el lugar apropiado y me basta haber demostrado en esta parte el sistema que sugiere un nuevo argumento para afirmar que al hombre no debe clasificársele entre los animales carnívoros y sí contarlo entre los de la especie frugívora.

9. Un autor célebre, calculando los bienes y los males de la vida humana y comparando las sumas de ambos, ha encontrado que la última sobrepaja o excede en mucho a la primera, y que bien examinado todo, ésta es para el hombre un presente suficientemente desagradable. No me sorprende su conclusión, ya que ella es la consecuencia de investigaciones hechas acerca de la constitución del hombre civilizado, pues si se hubiese remontado hasta el hombre primitivo, sin duda alguna que los resultados obtenidos habrían sido muy diferentes. Habríase dado cuenta de que el hombre no sufre otros males que aquellos que él mismo se proporciona, y de los cuales la naturaleza es irresponsable. No sin gran pena hemos llegado a hacernos tan desgraciados.

Cuando se considera de un lado los inmensos trabajos del hombre, tantas ciencias profundizadas, tantas artes inventadas, tantas fuerzas empleadas, abismos salvados, montañas arrasadas, peñascos destruidos, ríos hechos navegables, tierras descujadas, lagos excavados, pantanos cegados, construcciones enormes elevadas sobre la tierra, el mar cubierto de navíos y de marinos, y del otro investigase con meditación acerca de las verdaderas ventajas obtenidas en beneficio de la especie humana, mediante tantos esfuerzos realizados, no puede uno menos que sorprenderse de la extraordinaria desproporción que reina en tales cosas y deplorar la ceguera del hombre, el cual, por alimentar y satisfacer su loco orgullo y no sé qué vana admiración de sí mismo, corre impetuosamente tras de tantas miserias de que es susceptible, y de las cuales la bienhechora naturaleza había procurado alejarle.

Los hombres son malos: una triste y continuada experiencia no exime de la prueba; sin embargo, el hombre es naturalmente bueno, según creo haberlo demostrado. ¿Qué puede entonces haberlo depravado a tal punto, sino los cambios o modificaciones efectuados en su constitución, los progresos realizados y los conocimientos adquiridos? Admírese tanto como se quiera la sociedad humana, no por ello será menos cierto que ella lleva necesariamente a los hombres a odiarse mutuamente a medida que sus intereses aumentan todos los males imaginables. ¿Qué puede pensarse de un comercio en el cual la razón de cada individuo le dicta máximas directamente opuestas a las que la razón pública predica en el seno de la sociedad, y en donde cada cual busca y encuentra su provecho en el infortunio o en el detrimento de los demás? No hay quizás un solo hombre acomodado a quien herederos ávidos y a menudo sus propios hijos, no le deseen en secreto la muerte, ni un buque en el mar cuyo naufragio no venga a constituir una agradable noticia para algún comerciante; ni una casa cuyo deudor de mala fe no quisiera verla arder con todos los documentos que contiene; ni un pueblo que no se regocije de los desastres de sus vecinos. Así resulta que nuestras ventajas son en perjuicio de nuestros semejantes y que la pérdida del uno hace casi siempre la prosperidad del otro.

Pero lo que hay de más peligroso aún es que en las calamidades públicas fundan su esperanza y porvenir multitud de particulares: los unos desean enfermedades, otros mayor mortalidad; éstos el hambre, aquéllos la guerra. Yo he visto hombres execrables llorar de dolor ante las probabilidades de un año fértil. El terrible y funesto incendio de Londres, que costó la vida y los bienes a tantos desgraciados, hizo tal vez la fortuna de más de diez mil personas. Sé que Montaigne vitupera al ateniense Demades por haber hecho castigar a un obrero que, vendiendo muy caros los ataúdes, ganaba mucho con la muerte de los ciudadanos; mas la razón que Montaigne alega, diciendo que sería preciso castigar a todo el mundo, no hace más que confirmar las mías. Penétrese, pues, a través de nuestras frívolas demostraciones de benevolencia en lo más íntimo de los corazones y reflexiónese acerca de lo que debe ser un estado de cosas en el cual todos los hombres se hallan obligados a acariciarse y a destruirse mutuamente, y en donde nacen enemigos por deber y embusteros por interés. Si se me responde que la sociedad está de tal suerte constituida que cada hombre se beneficia sirviendo a los demás, replicaré que ello sería muy aceptable si no ganase mucho más aún perjudicándolos. No hay ningún beneficio legítimo que no sea excedido por el que puede hacerse ilegítimamente,

así como el mal ocasionado al prójimo es siempre más lucrativo que los servicios que pueda proporcionársele. No se trata, pues, más que de encontrar los medios de asegurar la impunidad, en persecución de lo cual, los poderosos emplean todas sus fuerzas y los débiles todas sus astucias.

El hombre salvaje cuando ha comido, hállase en paz con la naturaleza y es amigo de todos sus semejantes. Si alguna vez se trata de disputar los alimentos, no se viene jamás a las manos sin haber antes comparado la dificultad de vencer con la de procurarse en otra parte su subsistencia; y como el orgullo no interviene en lo más mínimo en la pelea, ésta termina con algunos puñetazos: el vencedor come, el vencido se marcha en busca de fortuna, y todo queda pacificado. En el hombre civilizado las circunstancias son otras: trátase primeramente de suministrar lo necesario, después lo superfluo; en seguida vienen los placeres; luego inmensas riquezas, más tarde súbditos, y por último esclavos. Ni un solo momento de descanso. Y lo más singular es que cuanto menos naturales y urgentes son las necesidades, tanto más se aumentan las pasiones y más difícil es poder satisfacerlas; de suerte que después de largas prosperidades, después de haber absorbido multitud de tesoros y arruinado a una gran cantidad de hombres, nuestro héroe acabará por destruir todo, hasta convertirse en un único amo del universo. Tal es en compendio el cuadro moral, si no de la vida humana, al menos de las secretas aspiraciones del corazón de todo hombre civilizado.

Comparad sin prejuicios el estado del hombre civilizado con el del hombre salvaje, e investigad, si podéis, aparte de su maldad, de sus necesidades y de sus miserias, cuántas puertas ha abierto el primero hacia el dolor y hacia la muerte. Si consideráis los sufrimientos del espíritu que nos consumen, las violentas pasiones que nos aniquilan y nos desolan, los trabajos excesivos que oprimen al pobre, la molicie más peligrosa aún a que los ricos se abandonan, que hacen morir al uno de necesidad y a los otros de exceso; si pensáis en las monstruosas mezclas de alimento, en sus perniciosos condimentos, en los artículos dañados, en las drogas falsificadas, en las bribonadas de los que las venden, en los errores de los que las administran, en el veneno contenido en las vasijas en que se preparan; si ponéis atención y tenéis en cuenta las enfermedades epidémicas engendradas por el aire malsano que despiden las multitudes de hombres hacinados, en las que ocasionan la delicadeza de nuestra manera de vivir, los cambios alternativos de temperatura al salir de nuestras casas, el uso de vestidos puestos o quitados sin tomar la suficiente precaución, y todos

los cuidados que nuestra excesiva sensualidad ha convertido en necesidades habituales y cuya negligencia o privación nos cuesta la pérdida de la salud o de la vida; si adicionáis los incendios y los temblores de tierra que, consumiendo o arruinando ciudades enteras, hacen perecer millares de habitantes; en una palabra, si reunís los peligros que todas estas causas sostienen continuamente levantados sobre nuestras cabezas, comprenderéis cuán caro nos hace pagar la naturaleza el desprecio con que hemos recibido sus lecciones.

No repetiré aquí lo que acerca de la guerra he dicho en otra parte; pero quisiera que las personas instruidas en la materia se atreviesen a dar al público los detalles de los horrores que se cometen en el ejército por los empresarios de víveres y de hospitales; veríase cómo sus maniobras, no muy ocultas, son causa de que los más brillantes ejércitos queden reducidos a nada, haciendo perecer más soldados que los que mata el fuego enemigo. Otro cálculo no menos sorprendente es el de los hombres que el mar se traga todos los años, ya por efecto del hambre, del escorbuto, de los piratas, del fuego o de los naufragios. Es evidente que debe también hacerse responsable a la propiedad establecida, y por consecuencia a la sociedad, de los asesinatos, los envenenamientos, los robos en los caminos, y los castigos mismos de estos crímenes, castigos necesarios para prevenir mayores males, pero que no por eso dejan de constituir una doble pérdida para la especie humana, toda vez que la muerte de un hombre cuesta la vida a dos o más. Cuántos medios vergonzosos se emplean para impedir el nacimiento de hombres y engañar la naturaleza, ya mediante esos brutales y depravados gustos que son un insulto a la más encantadora de sus obras, gustos que ni los salvajes ni los animales conocieron jamás, y que sólo son propios de países civilizados e hijos de imaginaciones corrompidas, ya por esos abortos secretos, dignos frutos del libertinaje y de la deshonra, ya por la exposición o muerte de una multitud de niños, víctimas de la miseria de sus padres o de la bárbara vergüenza de sus madres; ya, en fin, por la mutilación de estos desgraciados de quienes se sacrifica parte de su existencia y toda su posteridad ejercitándolos en vanos cantos, o lo que es peor aún, entregándolos a la brutal concupiscencia de ciertos hombres, mutilación que, en este último caso, constituye un doble ultraje a la naturaleza, tanto por el trato que reciben los que la sufren, cuanto por el uso a que son destinados.

Pero, ¿no existen miles de casos que se repiten con frecuencia y que son más peligrosos todavía, en donde los derechos paternales ofenden arbitrariamente a la humanidad? ¿Cuántos talentos enterrados y cuántas inclinaciones forzadas por la imprudente violencia de los

padres! ¿Cuántos hombres que se habrían distinguido viviendo en un medio adecuado, mueren desgraciados y deshonorados al vivir en otro por el cual no tenían la menor inclinación! ¿Cuántos matrimonios dichosos, pero desiguales, han terminado siendo desgraciados y cuántas castas esposas deshonoradas, por esas mismas causas siempre en contradicción con la naturaleza! ¿Cuántas raras y extravagantes uniones realizadas, cuyo sólo móvil ha sido el interés no obstante ser rechazadas por el amor y por la razón! ¿Cuántos esposos nobles y virtuosos ven convertida su existencia en un suplicio a causa de la falta de armonía! ¿Cuántas jóvenes y desgraciadas víctimas de la avaricia de sus padres se hunden en el vicio o pasan sus tristes días entregadas al llanto y gimiendo bajo el yugo de lazos indisolubles que el corazón rechaza! ¿Felices las que con valor y virtud prefieren la muerte a inclinarse ante la bárbara violencia que les obliga a vivir en el crimen o en la desesperación! ¿Perdonadme, padres nunca bien sentidos, si exaspero a mi pesar vuestro dolor, mas ojalá puedan ellas servir de eterno y terrible ejemplo a todo el que ose, en nombre de la naturaleza, violar el más sagrado de sus derechos! Si no he hablado más que de esas uniones mal formadas, obra de nuestra civilización, no por ello se piense que las que el amor y la simpatía han presidido estén exentas también de inconvenientes. ¿Qué sería si emprendiese la tarea de demostrar que la especie humana atacada desde su base u origen hasta el más santo de los lazos, no escucha la voz de la naturaleza sin haber antes consultado la fortuna, y que el desorden originado por la civilización, confundiendo la virtud con el vicio, ha convertido la continencia en precaución criminal y la negativa de dar la vida a su semejante en el acto de humanidad! Pero sin desgarrar el velo que cubre tantos horrores, contentémonos con señalar el mal al cual otros deben aportar el remedio.

Añádase a todo esto la gran cantidad de oficios malsanos que abrevian la existencia o destruyen el organismo, tales como los trabajos de minas, las diversas preparaciones de metales, de minerales, particularmente la del plomo, la de cobre, la del mercurio, la del cobalto, la del arsénico, la del rejalgá, etc., etc.; y los demás oficios peligrosos que ocasionan la muerte a un considerable número de obreros, entre ellos a los plomeros, a los carpinteros, a los albañiles y a otros que trabajan en las canteras; reúnanse, digo, todas estas causas, y podrá descubrirse en el establecimiento y perfección de las sociedades las razones que motivan la disminución de la especie, observada ya por más de un filósofo.

El lujo, imposible de evitar entre los hombres ávidos de comodidades

y ansiosos de alcanzar la consideración de los demás, perfecciona en breve el mal comenzado por las sociedades; y so pretexto de aliviar las necesidades de los pobres, que no deberían existir, arruina a todos despojando tarde o temprano el Estado. El lujo es un remedio mucho peor que el mal que pretende curar; o más bien, es el peor de todos los males que puedan sobrevenir a cualquiera nación, grande o pequeña, pues para sostener o alimentar turbas de servidores y de miserables por él creadas, abruma y arruina al labrador y al ciudadano, a semejanza de esos ardientes vientos del Mediodía que, cubriendo la hierba y la verdura de voraces insectos, arrebatan la subsistencia a animales útiles y llevan el hambre y la muerte a todos los sitios en donde su presencia se hace sentir.

De la sociedad y del lujo que ésta engendra nacen las artes liberales y las mecánicas, el comercio, las letras y todas esas inutilidades que hacen florecer la industria, enriqueciendo y perdiendo a los Estados. La razón de esta decadencia es muy sencilla. Es fácil comprender que, por su naturaleza misma, la agricultura debe ser la menos lucrativa de todas las artes, porque siendo el uso de sus productos el más indispensable para todos los hombres, su precio debe ser también proporcional a los recursos de los más pobres. Del mismo principio puede sacarse esta regla: que en general las artes son lucrativas en razón inversa de su utilidad, y que las más necesarias deben llegar a ser al fin las más descuidadas. Por lo dicho, puede juzgarse de las verdaderas ventajas de la industria y del efecto real que resulta de sus progresos.

Tales son las causas sensibles de todas las miserias a que la opulencia arrastra y precipita al fin a las naciones más admiradas. A medida que la industria y las artes se extienden y florecen, el agricultor es despreciado, cargado de impuestos necesarios para el sostenimiento del lujo, y condenado a pasar su vida entre el trabajo y el hambre abandona al fin sus campos para ir a las ciudades en busca del pan que debería traer a ellas. Mientras más admiración causen las capitales a los ojos estúpidos del pueblo, más tendremos que sufrir viendo las campiñas abandonadas, las tierras sin cultivo y los caminos inundados de desgraciados ciudadanos convertidos en mendigos o en ladrones, destinados a terminar un día su miseria bajo el suplicio de la rueda o en un estercolero. Así como el Estado, enriqueciéndose de un lado, se debilita y despuebla del otro, y es así como las más poderosas monarquías después de grandes trabajos para hacerse opulentas, acaban por ser presa de naciones pobres que sucumben a la funesta tentación de invadir a las demás, enriqueciéndose y debilitándose a su vez, hasta que son ellas mismas invadidas y destruidas por otras.

Desearíamos que se nos explicasen las causas que hayan podido producir esas invasiones de bárbaros que durante tantos siglos inundaron la Europa, el Asia y el África. ¿Fue a la industria de sus artes, a la sabiduría de sus leyes, a la excelencia de su civilización, a lo que se debió esa prodigiosa población? Dígnense nuestros sabios decirnos por qué, lejos de multiplicarse, esos hombres feroces y brutales, sin conocimientos, sin freno, sin educación, no se degollaban a cada instante para disputarse el alimento o la caza. Que nos expliquen cómo esos miserables tuvieron siquiera el atrevimiento de mirarnos cara a cara, a nosotros hábiles como éramos, con una admirable disciplina militar, con magníficos códigos y sabias leyes, y por qué, en fin, desde que la sociedad se ha perfeccionado en los países del Norte y cuando tanto trabajo ha costado enseñar a los hombres el cumplimiento de sus deberes mutuos y el arte de vivir en agradable y apacible compañía, no se ha visto más salir de ellos multitudes semejantes a las que en otros tiempos surgían. Temo que alguien se decida al fin a responderme que todas estas grandes cosas, sabiduría, artes, ciencias y leyes, han sido hábil y prudentemente inventadas por los hombres como una peste saludable tendiente a impedir la excesiva multiplicación de la especie, por temor de que este mundo, a nosotros destinado, resultase al fin demasiado pequeño para contener sus habitantes.

¡Cómo! ¿Será preciso destruir las sociedades, consumir lo tuyo y lo mío y volver de nuevo a vivir en las selvas con los osos? Consecuencia es ésta propia de mis adversarios, la cual prefiero anticiparles a dejarlos en la vergüenza de deducirla. Vosotros, a quienes la voz del cielo no se ha dejado oír y que no reconocéis para vuestra especie otro destino que el de acabar en paz esta corta vida; vosotros que podéis dejar en el centro de las ciudades vuestras funestas adquisiciones, vuestros inquietos espíritus, vuestros corrompidos corazones y vuestros desenfrenados deseos, recobrad, puesto que de vosotros depende, vuestra antigua y primitiva inocencia; internaos en los bosques y apartad la vista y la memoria de los crímenes de vuestros contemporáneos sin temor de envilecer vuestra especie renunciando a sus conocimientos al renunciar a sus vicios. En cuanto a los hombres como yo, cuyas pasiones han destruido para siempre la original sencillez, que no pueden alimentarse con hierbas y bellotas, ni prescindir de leyes y de jefes; los que fueron honrados por sus primeros padres con lecciones singulares; los que juzguen, con la intención de dar a las acciones humanas una moralidad de que carecen desde tiempo ha, la razón de un precepto indiferente por sí mismo e inexplicable en todo otro sistema; los que, en una palabra, están

convencidos de que la voz divina llama a todo el género humano hacia las luces y hacia la dicha de que gozan las grandes inteligencias, tratarán por el ejercicio de las virtudes que se obligan practicar, aprendiendo a conocerlas, de merecer el premio eterno que deben esperar; respetarán los sagrados lazos de la sociedad, de la cual son miembros; amarán a sus semejantes, sirviéndoles en todo cuanto puedan; obedecerán escrupulosamente a las leyes y a sus autores y ministros; honrarán, sobre todo, a los príncipes buenos y sabios que sepan prevenir, suprimir o aminorar esa serie de abusos y de males que nos consumen; excitarán el celo de esos dignos jefes, mostrándoles, sin temor ni adulación, la grandeza de su misión y lo estricto de su deber, mas no por ello dejarán de despreciar una constitución que sólo puede sostenerse mediante el contingente de tantas gentes respetables más a menudo deseadas que obtenidas, y del cual, a pesar de todos sus esfuerzos, nacen siempre más calamidades reales que ventajas.

10. Entre los hombres que conocemos, ya personalmente o ya por relación de los historiadores o viajeros, unos son negros, otros blancos, otros rojos; con largos cabellos éstos, aquéllos de lana rizada; los unos velludos casi completamente, sin barba siquiera los otros. Ha habido y tal vez existen aún países cuyos habitantes han tenido o tienen una talla gigantesca, y dejando a un lado la fábula de los pigmeos, que puede muy bien no ser más que una exageración, es sabido que los lapones y sobre todo los groenlandeses, son de estatura mucho menor que la talla mediana y general del hombre. Preténdese hasta que existen pueblos enteros en donde los moradores tienen cola como los cuadrúpedos. Y aun sin prestar una fe ciega a las relaciones de Herodoto y Ctesias, puede, al menos, inferirse la deducción, muy verosímil, de que, si se hubiesen podido hacer debidas observaciones en esos tiempos antiguos en los que los diversos pueblos tenían una manera de vivir diferente a la que tenemos hoy, habríase notado en la conformación del cuerpo y en el hábito o costumbres, variedades mucho más sorprendentes.

Todos estos hechos, de los cuales fácil es suministrar pruebas incontestables, no pueden sorprender más que a los que tienen por costumbre fijar su atención sólo en los objetos que les rodean y a aquellos que ignoran los poderosos efectos de la diversidad de climas, del aire, de los alimentos, del régimen de vida de los habitantes en general, y sobre todo de la fuerza maravillosa de las mismas causas cuando obran sin interrupción sobre largas series de generaciones. Hoy que el comercio, los viajes y las conquistas reúnen y acercan los

pueblos entre sí, y que sus modos de vivir tienden sin cesar a confundirse debido a la frecuente comunicación, nótese que ciertas diferencias peculiares que antes distinguían a las naciones, disminuyen sensiblemente. Todos podemos observar que los franceses de nuestra época no son aquellos de fornidos cuerpos, blancos y rubios, descritos por los historiadores latinos, no obstante de que el tiempo, unido al cruzamiento de francos y normandos, blancos y rubios también, ha debido restablecer o contrarrestarla influencia que las relaciones con los romanos hiciera perder a la del clima en la constitución natural y tez de los habitantes.

Todas estas observaciones sobre las variedades que mil causas pueden producir y han, en efecto, producido en la especie humana, hácenme dudar si ciertos animales parecidos al hombre, tomados por los viajeros por bestias, sin detenido examen, o a causa de algunas diferencias notables en la conformación exterior, o únicamente porque estos animales no hablaran, no serían en realidad verdaderos hombres salvajes cuya raza dispersada antiguamente en los bosques, no había tenido ocasión de desarrollar ninguna de sus facultades virtuales ni adquirir ningún grado de perfección, encontrándose todavía en su estado primitivo. Pongamos un ejemplo de lo que digo:

"Hay, dice el traductor de la *Historia de los viajes*, en el reino del Congo, una cantidad de esos grandes animales que se designan con el nombre de orangutanes en las Indias Orientales y que participan por mitad de la especie humana y de los babuinos. Battel refiere que en las selvas de Mayomba, en el reino de Loango, se ven dos especies de monstruos llamados *pongos* los más grandes y *eniocos* los más pequeños. Los primeros tienen un parecido exacto con el hombre, pero son mucho más gruesos y de más alta talla. Tienen el mismo rostro humano, pero con los ojos más hundidos. No tienen pelos ni en las manos, ni en las mejillas, ni en las orejas pero sí en las cejas, en donde los tienen muy largos. Aunque tienen el resto del cuerpo bastante velludo, el pelo no es muy espeso y su color es oscuro. En fin, en la única parte que se distinguen del hombre es en la pierna, la cual carece en ellos de pantorrilla. Caminan rectos, teniéndose con la mano el pelo del pescuezo; viven retirados en los bosques y duermen bajo los árboles en donde se hacen una especie de techo que los pone a cubierto de la lluvia. Su alimento lo constituyen frutas o nueces silvestres, jamás comen carne. Los negros que atraviesan las selvas tienen la costumbre de encender fuego durante la noche, y han observado que en la mañana, al marcharse ellos, los *pongos* ocupan el puesto alrededor del fuego de donde se retiran hasta tanto no está

extinto, pues aunque tienen mucha habilidad, no poseen la suficiente para saber alimentarlo trayendo y echándole leña.

"A veces andan en bandadas y matan a los negros que atraviesan las selvas. Caen también sobre los elefantes que vienen a pacer a los sitios que ellos habitan, incomodándolos tanto a fuerza de puñetazos y de palos que los obligan a emprender la fuga lanzando resoplidos. No se puede coger jamás *pongos* vivos, porque, son tan robustos que diez hombres no bastarían para detener y apoderarse de uno; sin embargo, los negros cogen una cantidad de ellos cuando son pequeños, después de haber matado a las madres, a cuyos cuerpos se pegan fuertemente los hijos. Cuando uno de estos animales muere, los otros cubren su cuerpo con un montón de ramas o de hojas. Purchass agrega que en las conversaciones tenidas con Battel, éste le había dicho que un *pongo* le robó en una ocasión un negrito, el cual pasó un mes entero en compañía de estos animales, pues no hacen ningún mal a los hombres que sorprenden, al menos cuando éstos no los miran atentamente, según había tenido ocasión de observar el negrito. Battel no describió la segunda especie de tales monstruos.

"Drapper confirma que el reino del Congo está lleno de estos animales que en las Indias llevan el nombre de orangutanes es decir, habitantes de los bosques, y que los africanos llaman *quojas-morros*. Esta bestia, dice, es tan semejante al hombre, que algunos viajeros han llegado hasta creer que fuese el fruto de relaciones entre una mujer y un mono, quimera que los negros mismos rechazan. Uno de estos animales fue transportado del Congo a Holanda y presentado al príncipe de Orange, Federico Enrique. Era del tamaño de un niño de tres años, y de gordura mediocre, pero cuadrado y bien proporcionado, muy ágil y muy vivo, con las piernas carnosas y robustas, toda la parte delantera del cuerpo sin vellos y cubierta la trasera de pelos negros. A primera vista, su rostro era muy parecido al de un hombre, pero tenía la nariz chata y encorvada; las orejas eran también como las de la especie humana; el seno, pues era hembra, lleno y redondeado, el ombligo hundido, de espaldas muy unidas, las manos divididas en dedos y sus pantorrillas y talones gordos y carnosos. Andaba a menudo recto, con los dos pies, siendo capaz de levantar y llevar objetos bastante pesados. Cuando quería beber, cogía con una mano la tapa del pote y éste con la otra, enjugándose después graciosamente los labios. Acostábase, para dormir, con la cabeza sobre la almohada, y se cubría con tanta habilidad, que habría podido ser tomado por un hombre. Los negros cuentan extraños episodios de este animal: aseguran que no solamente fuerza a las mujeres y a las niñas, sino que se atreve a atacar a los hombres

armados. En una palabra, hay muchas probabilidades de que sea éste el sátiro de los antiguos. Merolla hace referencia, sin duda, a estos animales cuándo nos relata que los negros cogen a veces en sus cacerías hombres y mujeres salvajes.

Háblase además de estas especies de animales antropomorfos en el tomo tercero de la misma *Historia de los viajes*, bajo el nombre de *beggos* y de *mandrills* ; pero ateniéndonos a las relaciones precedentes, encuéntrase en la descripción de estos pretendidos monstruos semejanzas asombrosas con la especie humana y diferencias más pequeñas que las que podrían señalarse de hombre a hombre. No se ven en estos pasajes las razones en las cuales sus autores se fundan para negar a los animales en cuestión el nombre de hombres salvajes, pero es fácil conjeturar que ello sea a causa de su estupidez y también porque no hablan; razones débiles para aquellos que saben que aunque el órgano de la palabra sea natural al hombre, no lo es, sin embargo, la palabra en sí misma, y para los que conozcan hasta qué punto su perfectibilidad puede haber elevado al hombre civilizado por encima de su estado primitivo. El corto número de líneas que contienen estas descripciones puede servirnos para juzgar cómo estos animales han sido mal observados y con qué prejuicios han sido vistos. Por ejemplo, son calificados de monstruos y no obstante se conviene en que engendran. Por una parte, Battel dice que los *pongos* matan a los negros que atraviesan las selvas; y por otra, Purchass añade que no les hacen ningún mal ni aun cuando los sorprendan, a menos que los negros se dediquen a observarlos con atención. Los *pongos* se reúnen alrededor de los fuegos encendidos por los negros cuando éstos se retiran, y se retiran a su vez cuando el fuego se extingue; he ahí el hecho. Júzguese ahora el comentario del observador: *pues aunque tienen mucha habilidad, no poseen la suficiente para saber alimentarlo trayendo y echándole leña* . Yo querría adivinar cómo Battel, o Purchass, su compilador, han podido saber que la retirada de los *pongos* era efecto más de torpeza que de su voluntad. En un clima como el de Loango, el fuego no es una cosa muy necesaria a los animales; y si los negros lo encienden, es más para espantar a las bestias feroces que para preservarse del frío. Es, pues, muy natural suponer que después de haber estado por algún tiempo regocijados alrededor de las llamas, o haberse calentado bien, los *pongos* se fastidien de permanecer en el mismo lugar y se vayan a pacer, cosa que les exige más tiempo del que necesitarían si comieran carne. Por otra parte, sabido es que la mayoría de los animales, sin exceptuar el hombre, son naturalmente perezosos y que rehúsan toda clase de cuidados que

no sean de una absoluta necesidad. En fin, parece muy extraño que los *pongos*, de quienes se pondera la habilidad y la fuerza, y quienes saben enterrar sus muertos y hacerse techos de ramaje, no sepan atizar el fuego. Yo recuerdo haber visto a un mono hacer esta misma operación que no se quiere que puedan efectuar los *pongos*. Es cierto que no teniendo entonces mis ideas bien coordinadas acerca de este asunto, también cometí la misma falta que reprocho a nuestros viajeros, descuidando examinar si en efecto la intención del mono era alimentar el fuego o simplemente, como lo creo, imitar la acción del hombre. Cualquiera que fuese, está bien demostrado que el mono no es una variedad del hombre, no solamente porque está privado de la facultad de hablar, sino porque sobre todo se sabe de manera cierta que su especie carece de la de perfeccionarse, que es la característica que distingue a la especie humana: investigaciones éstas que no parecen haber sido hechas sobre los *pongos* y orangutanes con bastante cuidado para poder sacar la misma conclusión. Habría, con todo, un momento solemne si el orangután u otros pertenecieran a la especie humana, pues los más toscos observadores podrían asegurarse de ello hasta la demostración, pero además de que una sola generación no bastaría para llevar a cabo esta experiencia, ella debe considerarse como impracticable, porque sería preciso que lo que es solamente una suposición fuese demostrada como verdad, antes que el ensayo que debe comprobar el hecho pueda ser intentado cándidamente.

Los juicios hechos con ligereza o precipitación, que no son fruto de una razón clara, están sujetos a caer en la exageración. Nuestros viajeros convierten sin miramiento en bestias con el nombre de *pongos*, *mandrills* y *orangutanes*, los mismos seres que bajo el nombre de *sátiros*, *faunos* y *silvanos*, los antiguos transformaban en divinidades. Tal vez, después de investigaciones más exactas, se descubrirá que no son bestias ni dioses, sino hombres. Entre tanto, paréceme tan razonable atenerse a las opiniones de Merolla, religioso letrado, testigo ocular quien con toda su ingenuidad no dejaba de ser un hombre de talento, como a las del mercader Battel, a las de Dapper, Purchass y otros compiladores.

¿Qué juicio se cree que hubieran hecho semejantes observadores del niño encontrado en 1694, del cual he hablado anteriormente y que no daba ninguna muestra de razón, andaba a gatas, no hablaba ningún idioma y producía sonidos que no se semejaban en nada a los del lenguaje del hombre? "Pasó mucho tiempo, continúa el mismo filósofo que me suministra este detalle, antes de que pudiese proferir algunas palabras, haciéndolo al fin de una manera bárbara. Tan pronto como

pudo hablar, se le interrogó sobre su primer estado, mas se acordaba de él tanto como nosotros del tiempo que pasamos en la cuna." Si por desgracia suya este niño hubiese caído en manos de nuestros viajeros, no cabe duda que después de haber notado su silencio y estupidez, habrían decidido enviarle nuevamente a la selva o encerrarlo en una casa de fieras, sin dejar de hablar sabiamente de él en sus bellas narraciones, como de una bestia muy curiosa que se parecía mucho al hombre.

Después de tres o cuatrocientos años que los habitantes de Europa inundan las otras partes del mundo, publicando sin cesar nuevos relatos de viajes o colección de narraciones, estoy persuadido que no conocemos otros hombres que los europeos. Diríase que, debido a los ridículos prejuicios no extinguidos aun ni entre los mismos sabios, cada cual no hace más, bajo el pomposo título de estudio del hombre, que el estudio de los hombres de su país. Los individuos pueden ir y venir, pero parece que la filosofía no viaja; así, la de cada pueblo es poco propia para ser seguida por otro. La causa de esto es manifiesta, al menos en los países lejanos. No hay, puede decirse, más que cuatro clases de hombres que realicen viajes de larga duración: los marinos, los comerciantes, los soldados y los misioneros. No debe esperarse que de las tres primeras clases salgan buenos observadores, y en cuanto a la cuarta, llevados de la sublime vocación que los aguijonea, aun cuando no estuviesen sujetos a los prejuicios inherentes a su condición, como todos los demás hombres, debe suponerse que no se entregarían tampoco de buena gana a investigaciones que aparecen a primera vista de mera curiosidad y que les distraería de los trabajos más importantes a que se dedican. Por otra parte, para predicar con utilidad el Evangelio, no es preciso más que celo, Dios proporciona lo demás; en tanto que para estudiar a los hombres, es necesario poseer talentos que Dios se empeña en no conceder a nadie, a veces ni aun a los mismos santos.

No se abre un libro de viajes en el cual no se encuentren descripciones de caracteres y costumbres, pero queda uno admirado al ver que estas gentes que describen tantas cosas, no digan más de lo que cada uno sabía ya, y de que no han sabido percibir, al otro extremo del mundo, de lo que, sólo con haber observado con alguna atención, habrían adquirido sin salir de su propia calle. Y es que los verdaderos rasgos que distinguen a las naciones y que hieren la vista de los que han nacido para ver, se han escapado siempre a sus miradas. De allí proviene este hermoso proverbio de moral, tan combatido por la turba filosofesca: "Que los hombres son en todas partes los mismos"; que

teniendo en todas partes idénticas pasiones e idénticos vicios es inútil tratar de caracterizar los diferentes pueblos; lo cual es equivalente, más o menos, a decir que no es posible distinguir a Pedro de Jaime porque ambos tienen una nariz, una boca y dos ojos.

¿No renacerán jamás aquellos felices tiempos en que los pueblos no se mezclaban en filosofía, pero en los cuales los Platón, los Tales y los Pitágoras, prendados del ardiente deseo de saber, emprendían los más grandes viajes, únicamente para instruirse, yendo lejos a sacudir el yugo de los prejuicios nacionales, a aprender a conocer a los hombres por su conformidad y por sus diferencias y a adquirir esos conocimientos universales que no son el patrimonio de un siglo o de un país exclusivamente, sino que, siendo de todos los tiempos y de todos los lugares, constituyen, por decirlo así, la ciencia común de los sabios? Se admira la magnificencia de algunos curiosos que han hecho o mandado hacer, mediante grandes gastos, viajes a Oriente en compañía de sabios y pintores para dibujar escombros y descifrar o copiar inscripciones; pero cuéstate trabajo concebir cómo, en un siglo que se jacta de poseer hermosos conocimientos, no se encuentren dos hombres bien unidos, ricos, uno en dinero y otro en genio, los dos amantes de la gloria y de la inmortalidad, que sacrifiquen veinte mil escudos de su fortuna, el primero, y diez años de su vida el segundo, en un célebre viaje alrededor del mundo para estudiar, no sólo las piedras y las plantas, sino por una vez los hombres y las costumbres, y quienes, después de tantos siglos empleados en medir y en considerar la casa, se decidieran al fin a querer conocer los habitantes. Los académicos que han recorrido las partes septentrionales de Europa y meridionales de América, tenían más por objeto el visitarlas como geómetras que como filósofos. Sin embargo, como eran a la vez lo uno y lo otro, no pueden considerarse como desconocidas las regiones que han sido vistas y descritas por los La Condamine y los Maupertuis. El joyero Chardín, que ha viajado como Platón, no ha dejado nada por decir acerca de Persia. China parece haber sido bien observada por los jesuitas. Kempfer da una idea medianamente aceptable de lo poco que ha visto en el Japón. Exceptuando estas relaciones, no conocemos los pueblos de las Indias Orientales, frecuentados únicamente por europeos más ávidos de llenar sus bolsas que sus cabezas. África entera y sus numerosos habitantes, tan singulares por sus caracteres como por su color, están todavía por examinar. Toda la tierra se halla cubierta de naciones de las cuales sólo conocemos los nombres. Y así pretendemos juzgar el género humano. Supongamos un Montesquieu, un Buffon, un Diderot, un Duclos, un D'Alembert, un Condillac, u

hombres de este temple, viajando para instruir a sus compatriotas, observando y descubriendo, como ellos saben hacerlo, Turquía, Egipto, Berbería, el imperio de Marruecos, Guinea, el país de los Cafres, el interior del África y sus costas orientales, las Malabares, el Mogol, las riberas del Ganges, los reinos de Siam, de Birmania y de Ava, China, Tartaria, y sobre todo, Japón; después, en el otro hemisferio, México, Perú, Chile, las tierras Magallánicas, sin olvidar los patagones, verdaderos o falsos, el Tucumán, el Paraguay, si fuese posible, Brasil, en fin los caribes, la Florida y todas las comarcas salvajes; viaje el más importante de todos y el que sería preciso hacer con el mayor cuidado. Supongamos a estos nuevos Hércules, de regreso de sus memorables jornadas escribiendo holgadamente la historia natural, moral y política de lo que hubieran visto: contemplaríamos surgir un nuevo mundo de sus plumas, aprendiendo así a conocer el nuestro. Cuando tales observadores afirmasen que tal animal es un hombre y tal otro una bestia, habría que creerles; pero sería una gran tontería fiarse igualmente de lo que dijese viajeros ignorantes, sobre quienes se siente uno a veces tentado de proponer la misma cuestión que ellos pretenden resolver al tratarse de otros animales.

11. Esto paréceme tan evidente que no alcanzo a concebir de dónde puedan nuestros filósofos hacer surgir todas las pasiones con que pretenden revestir al hombre primitivo. Excepto la sola necesidad física que la misma naturaleza impone, todas las demás son engendradas por la costumbre, sin la cual no existirían, o bien por nuestros deseos, y no se desea lo que no se está en estado de conocer. De lo cual se deduce que, no deseando el hombre salvaje más que las cosas que conocía y no conociendo más que aquellas cuya posesión está en su poder o que les son fáciles de adquirir, nada debe existir tan tranquilo como su alma ni nada tan limitado como su espíritu.

12. Encuentro en el *Gobierno civil* de Locke una objeción que me parece demasiado especiosa para dejarla pasar inadvertida. "No siendo el objeto de la unión entre el macho y la hembra, dice este filósofo, simplemente el de procrear, sino también el de continuar la especie, tal unión debe durar aun después de la procreación, por lo menos el tiempo necesario para la nutrición y conservación de los hijos, esto es, hasta que éstos estén en capacidad de proveer por sí mismos a sus necesidades. Esta regla que la sabiduría infinita del Creador ha establecido en sus obras, vémosla observada por los seres inferiores al hombre, constantemente y con exactitud. En los animales que viven de

hierbas, la unión entre el macho y la hembra no dura más tiempo que el del acto de la copulación, porque bastando las tetas de la madre para nutrir a los pequeños, hasta que sean capaces de pacer la hierba, el macho se concreta a engendrar, sin mezclarse más en lo sucesivo, con la madre ni con los hijos, a la subsistencia de los cuales no puede en nada contribuir. Pero en cuanto a los animales de presa, la unión se prolonga más tiempo, a causa de que la madre no puede proveer a su propia subsistencia y alimentar a la vez sus pequeños con su sola presa, medio de nutrición más laborioso y más peligroso que el de alimentarse con hierbas; razón ésta por la cual el concurso del macho se hace absolutamente necesario para el mantenimiento de su común familia, si puede hacerse uso de este término, la cual familia, hasta que pueda estar en posibilidad de buscar alguna presa, no lograría subsistir sin los cuidados del macho y de la hembra. La misma cosa obsérvese en todas las aves, si se exceptúan algunas domésticas que se encuentran en sitio donde la continua abundancia de comida exime al macho del cuidado de alimentar a los pequeños, pues se ve que mientras los pequeñuelos, en el nido, tienen necesidad de alimentos, el macho y la hembra se los traen hasta tanto pueden volar y proporcionarse la subsistencia

"Y en esto consiste, a mi modo de entender, la principal si no la única razón por la cual el macho y la hembra en la especie humana están obligados a prolongar por más tiempo una unión innecesaria en los otros seres. La razón es que la mujer es capaz de concebir y de dar a luz un nuevo hijo mucho antes de que el anterior se halle en estado de prescindir del auxilio de sus padres, y que pueda por sí mismo subvenir a sus necesidades. Así, un padre teniendo la obligación de tomar bajo su cuidado a los que ha engendrado, y durante mucho tiempo, está también en el deber de continuar viviendo en la misma sociedad conyugal con la mujer con quien ha tenido los hijos mucho más tiempo que las otras criaturas cuyos pequeñuelos pueden procurarse la subsistencia por sí mismos, antes de que una nueva procreación se efectúe, y por consecuencia el lazo que unía al macho y a la hembra se rompe de por sí, recobrando ambos su entera libertad hasta la próxima estación habitual que induce a los animales a solicitarse y a unirse obligándolos a formar nuevas parejas. Y jamás sabrá admirarse lo bastante la sabiduría del Creador, que habiendo dado al hombre facultades propias para proveer al porvenir como al presente, ha querido y hecho de manera que la unión del hombre durase más tiempo que la del macho y la hembra de otras especies, a fin de que, de tal suerte, la industria del hombre y de la mujer fuese más animada y que

sus intereses estuviesen mejor unidos, con el propósito de hacer provisiones para sus hijos, a quienes nada podría serles tan perjudicial como una conjunción incierta y vaga, o una disolución fácil y frecuente de la sociedad conyugal."

El mismo amor a la verdad que me ha inducido a reproducir sinceramente esta objeción, me impulsa a acompañarla de algunas observaciones, si no con el objeto de resolverla, al menos con el de esclarecerla:

1. Observaré, en primer lugar, que las pruebas morales no tienen una gran fuerza en cuestiones de física, y que ellas sirven más bien para explicar la razón de hechos existentes, que para probar la existencia real de los mismos. Y tal es el género de prueba que M. Locke emplea en el pasaje que acabo de reproducir, pues aunque pueda ser ventajoso para la especie humana que la unión del hombre y de la mujer sea permanente, ello no prueba que así haya sido establecido por la naturaleza; de otra suerte sería preciso decir que la misma ha instituido también la sociedad civil, las artes, el comercio y todo cuanto se pretende que es útil a los hombres

2. Ignoro en dónde M. Locke ha encontrado u observado que entre los animales de presa la unión del macho y de la hembra dura más tiempo que entre los que se alimentan de hierba, y que el uno ayuda al otro a nutrir a los pequeñuelos, pues no se ve ni al perro, ni al gato, ni al oso, ni al lobo, reconocer su hembra mejor que al caballo, al carnero, al toro, al ciervo ni a los demás cuadrúpedos la suya. Parece, por el contrario, que si el auxilio del macho fuese necesario a la hembra para conservar a sus pequeños, sería sobre todo y con preferencia en las especies que sólo viven de hierbas, por necesitar la hembra mucho más tiempo para pacer, viéndose obligada, durante ese intervalo, a abandonar sus hijos, mientras que la presa de una osa o de una loba, es devorada en un instante y tiene por consiguiente, sin sufrir hambre, mucho más tiempo para amamantar a sus pequeñuelos. Este razonamiento está confirmado por una observación hecha sobre el número relativo de tetas y de hijos que distingue la especie carnívora de la frugívora, de las cuales he hablado en la nota 10.

Si esta observación es exacta y general, la mujer, no teniendo más que dos tetas y no dando a luz regularmente más que un hijo a la vez, es razón poderosa además para dudar de que la especie humana sea naturalmente carnívora, de suerte que, para sacar la conclusión de Locke, sería preciso cambiar por completo su razonamiento. No hay más solidez en la distinción aplicada a las aves; porque, ¿quién podrá persuadirse de que la unión del macho y de la hembra sea más durable

entre los buitres y los cuervos que entre las tórtolas? Tenemos dos clases de aves domésticas, el ánade y la paloma, que nos proporcionan ejemplos totalmente contrarios al sistema de este autor. El palomo, que sólo vive de granos, permanece unido a su hembra y nutren a sus pequeñuelos en común. El pato, cuya voracidad es conocida, no reconoce ni a su hembra ni a sus hijos, ni les ayuda en nada a su subsistencia; y entre las gallinas, especie que no es menos carnívora, no se ve que el gallo se preocupe en absoluto de la pollada. Que si en otras especies el macho comparte con la hembra el cuidado de nutrir a los pequeñuelos, es porque los pájaros en un principio no pueden volar, ni ser amamantados por la madre, y se encuentran mucho menos en estado de prescindir de la asistencia del padre que los cuadrúpedos, a quienes basta la teta de la madre, por lo menos durante algún tiempo.

3. Carece de certeza el hecho principal sobre el cual basa todo su razonamiento M. Locke; pues para saber si, como lo pretende, en el puro estado natural, la mujer concibe de ordinario y da a luz un nuevo hijo mucho tiempo antes de que el precedente se halle en capacidades de proveer a sus necesidades, serían precisos experimentos que seguramente M. Locke no había hecho ni que están al alcance de nadie llevar a efecto. La cohabitación continua del marido y la mujer es ocasión tan propicia que expone a un nuevo embarazo, que es muy difícil creer que el encuentro fortuito o la sola impulsión del temperamento produzcan efectos tan frecuentes en el puro estado natural como en el de la unión conyugal, lentitud que contribuiría quizás a hacer los hijos más robustos y que podría, por otra parte, ser compensada por la facultad de concebir, prolongada hasta una edad mucho más avanzada en las mujeres que hubiesen abusado menos de ella durante su juventud. En cuanto a los niños hay más de una razón para creer que sus fuerzas y sus órganos se desarrollan más tardíamente entre nosotros que en el estado primitivo de que hablo. La debilidad original que heredan de la constitución de sus padres, los cuidados que se toman en atar y embarazar todos sus miembros, la indulgencia excesiva con que son educados, el uso quizás de otra leche distinta de la de las madres, todo contraría y retarda en ellos los primeros progresos de la naturaleza. La aplicación que se les obliga a dar a mil cosas sobre las cuales se fija continuamente su atención, en tanto que no se proporciona ningún ejercicio a sus fuerzas corporales, puede además demorar considerablemente su crecimiento; de suerte que, si en vez de recargar y fatigar sus espíritus de mil maneras, se les dejase ejercitar el cuerpo en los movimientos continuos que la naturaleza parece exigirles, es de creer que estarían mucho más pronto

en estado de andar, de moverse y de proveer a sus necesidades.

4. Prueba, en fin, M. Locke, a lo sumo, que podría existir en el hombre un motivo para permanecer ligado a la mujer cuando tiene un hijo; pero no demuestra en absoluto que ha debido tomarle afecto antes del parto y durante los nueve meses del embarazo. Si tal mujer es indiferente al hombre durante esos nueve meses, si llega hasta a serle desconocida, ¿por qué la auxiliará después del parto, y por qué la ayudará a criar un hijo que no sabe siquiera si le pertenece, y cuyo nacimiento no ha querido ni previsto? Locke supone evidentemente, el caso en cuestión, pues no se trata de saber por qué el hombre vivirá ligado a la mujer después del parto, sino por qué lo hará después de la concepción. Satisfecho el apetito, el hombre no tiene más necesidad de tal mujer, ni la mujer de tal hombre. Este no tiene el menor cuidado ni tal vez la menor idea de las consecuencias de su acción. Cada cual se va por su lado, y no hay siquiera visos de que al cabo de nueve meses recuerden haberse conocido, porque esa especie de memoria por la cual un individuo da la preferencia a otro para el acto de la generación, exige, como lo he demostrado en el texto, más progreso o más corrupción en el entendimiento humano que el que puede suponerse en el estado de animalidad de que aquí se trata.

Otra mujer puede, pues, satisfacer los nuevos deseos del hombre tan cómodamente como la que ya conoció, y otro hombre satisfacer igualmente los de la mujer, en el supuesto de que ésta experimente los mismos apetitos durante el embarazo, hecho del cual puede razonablemente dudarse. Que si en el estado natural la mujer no siente la pasión del amor después de la concepción del hijo, el obstáculo para la unión con el hombre hácese aún mayor, pues entonces ya no tiene necesidad ni del hombre que la ha fecundado ni de ningún otro. No hay, pues, ninguna razón para que el hombre busque de nuevo la misma mujer, ni para que ésta busque al mismo hombre. El razonamiento de Locke queda destruído por su propia base, sin que toda la dialéctica de este filósofo le haya preservado de caer en la misma falta que Hobbes y otros han cometido. Debían explicar un hecho del estado natural, es decir, de un estado en el cual los hombres vivían aislados, y en el que tal hombre no tenía ningún motivo para vivir al lado de tal otro; ni quizás los hombres para vivir en contacto los unos con los otros, lo que es peor aún, y no han pensado en transportarse más allá de los siglos en que existía la sociedad, esto es, a esos tiempos en que los hombres tenían siempre una razón para vivir cerca los unos de los otros y tal hombre, a menudo, para vivir al lado de tal otro o de tal mujer.

13. Me guardaré bien de entraren las reflexiones filosóficas que podrían hacerse sobre las ventajas e inconvenientes de esta institución de las lenguas. No seré yo quien me permita combatir los errores vulgares, y además, las gentes letradas respetan demasiado sus prejuicios para soportar pacientemente mis pretendidas paradojas. Dejemos, pues, hablar a aquellos en quienes no se considera un crimen el que se atrevan algunas veces a tomar el partido de la razón contra la opinión de la multitud. *Nec quidquam felicitati humani generis decederet, si pulsa tot linguarum peste et conjusione, unam artem callerent mortales, et signis, motibus, gestibusque, licitum foret quidvis explicare. Nunc vero ita comparatum est, ut animalium quae vulgo bruta creduntur melior longe quam nostra hac in parte videatur conditio, utpote quae promptius, et torsan felicius, sensus et cogitationes suas sine interprete significant, quam ulli queant mortales, praesertim si peregrino utantur sermone.* (Is. Vossius, de *Poemat. cant. et viribus rhythmici*, pág. 66.)

14. Platón, demostrando cuan necesarios son los principios de la cantidad discreta y de sus relaciones hasta en las artes más insignificantes, se burla con razón de los autores de su tiempo, que pretendían que Palamedes había inventado los números en el sitio de Troya, como si Agamenón, dice aquel filósofo, hubiese podido ignorar hasta entonces cuántas piernas tenía. En efecto, se comprende la imposibilidad de que la sociedad y las artes hubiesen llegado al estado en que se encontraban durante el sitio de Troya, sin que los hombres conociesen el uso de los números y el cálculo; pero con todo, la necesidad de conocer los números antes que de adquirir otros conocimientos, nos indica que su invención haya sido más fácil. Una vez conocidos los nombres de los números es fácil explicar su sentido y excitar las ideas que estos nombres representan; pero para inventarlos ha sido preciso antes de concebir estas mismas ideas, estar, por decirlo así, familiarizado con las meditaciones filosóficas, haberse ejercitado a considerar los seres por su sola esencia e independientemente de toda otra percepción, abstracción muy penosa, muy metafísica, muy poco natural, y sin la cual, sin embargo, estas ideas no hubiesen jamás podido ser trasladadas de una especie o de un género a otro, ni los números hacerse universales. Un salvaje podía considerar separadamente su pierna derecha y su pierna izquierda, o mirarlas en conjunto bajo la idea indivisible de un par, sin jamás pensar que fuesen dos, pues una cosa es la idea representativa que nos pinta un objeto, y otra la idea numérica que lo determina. Menos podía aún

calcular hasta cinco; y aunque juntando sus manos una sobre otra hubiese podido notar que los dedos se correspondían exactamente, habría estado lejos de pensar en su igualdad numérica. No sabía mejor el número de sus dedos que el de sus cabellos; y si después de haberle hecho comprender lo que eran números, alguien le hubiese dicho que tenía tantos dedos en los pies como en las manos, habría quedado tal vez sorprendido al compararlos y ver que era verdad.

15. No debe confundirse el amor propio con el amor por sí mismo, dos pasiones muy diferentes por su naturaleza y por sus efectos. El amor por sí mismo es un sentimiento natural que lleva a todo animal a velar por su propia conservación, y que, dirigido en el hombre por la razón y modificado por la piedad, produce o engendra el sentimiento de humanidad y el de virtud. El amor propio no es más que un sentimiento relativo, ficticio y nacido en la sociedad, que conduce a cada individuo a apreciarse más que a los demás, que inspira a los hombres todos los males que mutuamente se hacen y que constituye la verdadera fuente del honor

Aceptado lo anterior, digo que en nuestro estado primitivo, en el verdadero estado natural, el amor propio no existe, pues mirándose cada hombre en particular como el único espectador que lo observa, como el solo ser en el universo que se interesa por él, como el único juez de su propio mérito, no es posible que un sentimiento que emana de comparaciones que él no está al alcance de hacer, pueda germinar en su alma. Por la misma razón, este hombre no podría sentir odio ni deseo de venganza, pasiones que no pueden nacer más que de la opinión de alguna ofensa recibida; y como es el desprecio o la intención de dañar, y no el mal, lo que constituye la ofensa, hombres que no saben ni apreciarse ni compararse, pueden hacerse mutuamente muchas violencias cuando ellas les proporcionen alguna ventaja, sin jamás ofenderse recíprocamente. En una palabra, no viendo cada hombre en sus semejantes más de lo que vería en animales de otra especie, puede arrebatar la presa al más débil o ceder la suya al más fuerte, sin el menor movimiento de insolencia o de despecho, y sin otra pasión que el dolor o la alegría que ocasionan un buen o mal resultado.

16. Es una cosa extremadamente notable la que, después de tantos años que los europeos se empeñan y mortifican por persuadir a los salvajes de diferentes países del mundo a seguir su manera de vivir, no hayan podido todavía ganarse uno solo, ni aun con la ayuda del cristianismo, pues nuestros misioneros hacen algunas veces cristianos,

pero jamás hombres civilizados. Nada puede superar la invencible repugnancia que experimentan a avenirse a nuestras costumbres y a nuestra manera de vivir. Si estos pobres salvajes son tan desgraciados como se pretende, ¿por qué inconcebible depravación de juicio rehúsan constantemente civilizarse a imitación nuestra, o a aprender a vivir felices entre nosotros, en tanto que se lee en mil lugares que franceses y otros europeos se han refugiado voluntariamente en esas naciones y han pasado en ellas su vida entera, sin poder abandonar más una manera tan extraña de vivir, y cuando se ve a los mismos misioneros sensatos afligirse al recordar los días apacibles e inocentes que han pasado en esos pueblos tan despreciados? Si se contesta que no tienen bastante inteligencia para juzgar con rectitud de su estado y del nuestro, replicaré que la estimación de la felicidad depende más del sentimiento que de la razón. Además, esa contestación puede reargüirse contra nosotros con mayor fuerza aún, pues distan más nuestras ideas de estar en disposición para concebir el gusto que encuentran los salvajes en su manera de vivir, que las ideas de los salvajes de las que pueden hacerse concebir la nuestra. En efecto, después de algunas observaciones, fácil es ver que todos nuestros trabajos se encaminan a dos solos objetos, a saber: adquirir las comodidades de la vida y la consideración de los demás. Pero, nosotros, ¿qué medio tenemos para imaginarnos la clase de placer que un salvaje experimenta pasando su vida solo en medio de los bosques, entregado a la pesca o soplando en una mala flauta sin saber jamás sacar una sola nota y sin inquietarse por aprenderla? Varias veces se han traído salvajes a París, a Londres y a otras ciudades; se les ha expuesto nuestro lujo, nuestras riquezas y todas nuestras artes, las más útiles y las más curiosas, sin que todo ello haya jamás despertado en su espíritu otra cosa que una admiración estúpida, sin el menor movimiento de codicia. Recuerdo, entre otras, la historia de un jefe de algunos americanos septentrionales que fue conducido a la corte de Inglaterra hace unos treinta años: se le mostraron mil cosas con objeto de hacerle un presente del objeto que le agradase, sin encontrar nada que pareciese interesarle. Nuestras armas le parecían pesadas e incómodas, nuestros zapatos le herían los pies, nuestros vestidos le embarazaban, todo lo rechazaba; al fin, notóse que, habiendo cogido una manta de lana, parecía experimentar placer en cubrirse las espaldas con ella: "¿Convendréis, por lo menos –se le dijo inmediatamente-, en la utilidad de este objeto? Sí -respondió-: me parece casi tan bueno como la piel de una bestia." Ni esto siquiera habría dicho si se hubiera servido de la una y de la otra en tiempo de lluvia

Tal vez se me dirá que es la costumbre la que, apegando a cada uno a su manera de vivir, impide que los salvajes aprecien lo que hay de bueno en la nuestra; y desde este punto de vista, debe parecer, al menos, muy extraordinario el que la costumbre tenga más fuerza para mantener a los salvajes en el gusto de su miseria que a los europeos en la posesión de su felicidad. Mas para dar a esta última objeción una respuesta a la cual no haya una sola palabra que replicar, sin citar todos los jóvenes salvajes que vanamente se ha tratado de civilizar, sin hablar de los groenlandeses y de los habitantes de Islandia, a quienes se ha intentado educar e instruir en Dinamarca, y que la tristeza y la desesperación han hecho perecer, ya de languidez, ya en el mar a donde se habían lanzado con la intención de volver a su país a nado, me contentaré con citar un solo ejemplo bien testimoniado y que entrego al examen de los admiradores de la civilización europea:

"Todos los esfuerzos de los misioneros holandeses del cabo de Buena Esperanza no han sido jamás suficientes para convertir un solo hotentote. Van der Stel, gobernador del Cabo, habiendo tomado uno desde la infancia, lo hizo educar en los principios de la religión cristiana y en la práctica de las costumbres de Europa. Se le vistió ricamente, se le hizo aprender muchos idiomas, y sus progresos respondieron perfectamente a los cuidados que se habían tomado para su educación. El gobernador, esperando mucho de su talento, lo envió a las Indias con un comisario general que lo empleó útilmente en los negocios de la compañía. Volvió al Cabo después de la muerte del comisario. Pocos días después de su regreso, en una visita que hizo a algunos hotentotes parientes suyos, tomó la resolución de despojarse de su vestido europeo para ponerse una piel de oveja. Volvió al fuerte con este nuevo traje cargado con un paquete que contenía sus antiguos vestidos y presentándoselos al gobernador, le pronunció el siguiente discurso: *Tened la bondad, señor, de tomar nota de que renuncio para siempre a este aparato; renuncio también por toda mi vida, a la religión cristiana; mi resolución es de vivir y morir en la religión, costumbres y usos de mis antecesores. La única gracia que os pido, es la de dejarme el collar y la cuchilla que llevo; los guardaré por el amor que os profeso.* Inmediatamente sin esperar la respuesta de Van der Stel, emprendió la fuga sin que jamás se volviese a ver en el Cabo." (*Historia de los viajes*, tomo V, pág. 175.)

17. Se me podría objetar que en semejante desorden, los hombres, en vez de degollarse obstinadamente, se habrían dispersado, si no hubiese habido límites a su dispersión; pero, primeramente esos límites

hubiesen sido, al menos, los del mundo, y si se piensa en la excesiva población que resulta del estado natural, se juzgará que la tierra, en tal estado, no habría tardado en estar cubierta de hombres, obligados de tal suerte a vivir unidos. Además, se habrían dispersado si el mal hubiese sido rápido y que el cambio operado se hubiese hecho de un día a otro; pero nacían bajo el yugo y tenían la costumbre de sufrirlo cuando sentían su peso, contentándose con esperar la ocasión de sacudirlo. En fin, habituados ya a mil comodidades que les obligaban a vivir reunidos, la dispersión no era ya tan fácil como en los primeros tiempos, en los cuales no teniendo ninguno necesidad más que de sí mismo, cada cual tomaba su partido sin esperar el consentimiento de otro.

18. El mariscal de Villars contaba que en una de sus campañas, habiendo las excesivas bribonadas de un contratista de víveres dado ocasión a sufrimientos y murmuraciones en el ejército, lo amonestó duramente amenazándolo de hacerlo ahorcar. "Esa amenaza no me importa, le contestó atrevidamente el bribón; yo puedo decirle que no se ahorca a un hombre que dispone de cien mil escudos. Yo no sé cómo sucedió, añadía ingenuamente el mariscal, pero en efecto no fue ahorcado, aunque merecía cien veces serlo. "

19. La misma justicia distributiva se opondría a esta rigurosa igualdad del estado natural aun cuando fuese practicable en la sociedad civil; y como todos los miembros del Estado le deben servicios proporcionales a sus talentos y a sus fuerzas, los ciudadanos a su vez deben ser distinguidos y favorecidos proporcionalmente también a sus servicios. En este sentido es como se debe interpretar un pasaje de Isócrates, en el cual elogia a los primeros atenienses por haber sabido distinguir bien cuál era la más ventajosa de las dos clases de igualdad, de las cuales una consiste en hacer participar de las mismas ventajas a todos los ciudadanos indistintamente, y la otra en distribuir las según el mérito de cada uno. Estos hábiles políticos, añade el orador, desterrando esta injusta igualdad que no establece ninguna diferencia entre los malos y las gentes de bien, optaron resueltamente por la que recompensa y castiga a cada uno según sus méritos. Pero, primeramente, no ha existido jamás ninguna sociedad, cualquiera que haya sido el grado de corrupción a que haya podido llegar, en la cual no se estableciera ninguna diferencia entre los malos y los buenos; y en cuanto a las costumbres sobre las cuales la ley no puede fijar de manera bastante exacta las medidas que deben servir de regla al magistrado, se ha

previsto muy sabiamente que, para no dejar la suerte o el rango de los ciudadanos a su dirección, les prohiba juzgar a las personas, no dejándoles más que el derecho de intervenir en las acciones.

No hay costumbres tan puras como las de los antiguos romanos, las únicas que podían resistir censores; y semejantes tribunales habrían muy pronto trastornado todo entre nosotros. Es a la estimación pública a la que corresponde establecer la diferencia entre los malos y los buenos. El magistrado no es juez más que del derecho riguroso; pero el pueblo es el verdadero juez de las costumbres, juez íntegro y hasta ilustrado sobre este asunto, de quien se abusa algunas veces, pero a quien no se corrompe jamás. Los rangos de los ciudadanos deben, pues, estar clasificados, no de acuerdo con el mérito personal, que daría a los magistrados el medio de aplicar casi arbitrariamente la ley, sino según los servicios reales que rinden al Estado, y que son susceptibles de una estimación más exacta.